


Helen Bianchin

# MIEDO AL DESEO

# Miedo al deseo

**Sólo podría acostarse con ella si se casaban.**

**En cuanto el empresario Jace Dimitriades conoció a Rebekah surgió entre ellos una atracción incontenible. Jace era consciente de que las mujeres lo encontraban irresistible y seguramente Rebekah no sería ninguna excepción…**

**Entonces ¿por qué no recibía de ella otra cosa que antipatía? A Rebekah, Jace le parecía terriblemente sexy… ¡ese era el problema precisamente! No podía dar rienda suelta a sus sentimientos por temor a que su corazón volviera a resultar herido.**

**Jace estaba empeñado en demostrarle a Rebekah que él era diferente, pero parecía que la única manera de hacerlo iba a ser pedirle que se casara con él.**

# CAPÍTULO I

Hace días que realmente no vale la pena salir de la cama – Rebekah rezongó, enojada, al mirar el reloj digital sobre la mesa de luz.

El pequeño botón rojo titilaba indicando una falla de energía durante la noche, que había interrumpido el mecanismo del despertador. Ella arregló la hora y, en voz baja, murmuró un juramento mientras caminaba perezosamente hasta la ducha.

El chorro frío del agua la despertó completamente, no que fuera el baño más rápido del mundo. Entonces, se vistió deprisa, corrió hasta la cocina, le puso la comida al gato y se tragó un vaso de jugo pronto de naranja. Tomó su cartera, manteniendo su ritmo vertiginoso, y se subió al elevador rumbo al garaje del edificio.

Segundos después, Rebekah se puso tras el volante de la furgoneta de la firma "Flores y Buqués", giró la llave en el encendido y... ¡nada!

No me hagas esto, suplicó al vehículo mudo. Durante los minutos siguientes, ella pidió, imploró, golpeó, prometió, y el motor continuó sin vida.

Rebekah reprimió el impulso de gritar de frustración. Aquella era apenas un martes, pero parecía ser un viernes 13. Todo parecía salir mal aquella mañana.

Le restaba manejar su MG rojo, exhibiendo a disgusto el auto deportivo por las calles de Sydney. No era el vehículo más indicado para transportar flores de la tienda localizada en el Double Bay, de la cual era propietaria junto con su hermana, Ana.

Por suerte el tránsito era tranquilo. La ciudad daba señales de despertar de a poco, con los vehículos de entrega de pan y leche comenzando a circular, los basureros del ayuntamiento terminando de limpiar las calles con sus aterradores chorros de agua y los taxis llevando ejecutivos a los primeros vuelos de la mañana.

A Rebekah le gustaba ese momento del día. Puso la radio del auto en una emisora popular y balanceó su cuerpo al ritmo de las fuertes compases de la música, una manera bastante peculiar de convocar al buen humor.

Luego el sol estaría firme en el horizonte, alejando las últimas nubes grises, inundando todo con luz y color.

En el mercado de flores, una mirada de reojo le bastó para concluir que las mejores rosas ya habían sido llevadas. Ella escogió las flores que le parecieron más atrayentes, llenó la orden de

compra y puso el auto rumbo a Double Bay.

Era un área elegante donde se encontraba su florería. Gracias al espíritu previsor de su finada madre, el negocio además de propio, estaba libre de deudas e hipotecas y era razonablemente lucrativo.

A las seis y media, Rebekah llegó, abrió la puerta externa de enrollar y encendió las luces, pues aún estaba oscuro. Prendió la cafetera, después de abastecerla de polvo, y entonces se sentó para trabajar.

Mientras se hacía el café, ella tuvo tiempo de prender el computador y chequear las encomiendas hechas por e-mail. También verificó la máquina de fax y concluyó que tendría un día totalmente ocupado. Y por teléfono, llamó a un mecánico conocido y le pidió que fuese al edificio donde vivía para arreglar la furgoneta.

El café fuerte y fresco le reforzó las energías. Rebekah estaba en su tercera taza cuando Ana apareció. Observarla era un poco como mirarse al espejo. Ambas poseían estaturas mediana, huesos salientes en el rostro, curvas suaves y cabellos naturalmente rubios. Dos años las separaban, y Ana, la mayor, tenía 27. El detalle de las personalidades, no obstante, era más importante. Se mostraban semejantes en valores y criterios, aunque Rebekah tuviese mayor dificultad en tomar decisiones.

La necesidad de sobrevivir a una relación amorosa negativa le había traído una fuerza de voluntad que ignoraba poseer. Pero también había plantado en ella una radical desconfianza en relación a los hombres.

Un año de noviazgo con Brad Somerville, los planes para una bella boda y una luna de miel perfecta no la habían preparado para la súbita transformación del hombre que ella había jurado amar u honrar.

Al principio, ella juzgó que hizo ó dijo algo que enojara a Brad. La agresión verbal que él pasó a adoptar con hábito ya era suficientemente mala, pero el abuso físico ella no lo pudo soportar. Celoso, posesivo hasta el límite de la obsesión, Brad matara los sentimientos que ella sentía por él. Tres meses después de una convivencia infernal Rebekah simplemente había hecho las maletas y salido de la vida de su marido.

Después del divorcio, volvió a usar su apellido de soltera, compró un pequeño apartamento, adoptó una gata de raza, que bautizó Millie, y pasó a vivir solamente para su trabajo.

Hola –Rebekah saludó a su hermana con una sonrisa, notando el leve aire de fatiga de Ana. – ¿Gran trasnochada? ¿Náuseas

matinales?

Hasta que no sería mal. –Ana cruzó frente a ella y se inclinó delante del monitor para verificar las encomiendas ya agendadas.

Tal vez fuese bueno que escucharas a Luc y trabajaras menos.

¿De qué lado estás? –Ana le lanzó una mirada reprobadora.

Del tuyo, claro. –Rebekah empinó la nariz, de buen humor.

¿Qué haría yo en aquella casa enorme, todo el día? Petrus es el criado perfecto. No deja nada para que yo haga.

El teléfono inalámbrico sonó, Ana tomó el receptor y escuchó. Luego pasó el aparato a Rebekah.

Para ti.

Era el mecánico, avisando que había instalado una nueva batería a la furgoneta y que mandaría la cuenta por correo.

¿Problemas? –Ana quiso saber.

El motor de la furgoneta no quiso arrancar –le resumió, atendiendo al llamado siguiente.

El día avanzó sin que las cosas mejorasen. Un cliente difícil usó tiempo y paciencia de las hermanas, otro reclamó furiosamente de las tasas de entrega. Cuando Rebekah se dio cuenta, ya era mediodía.

Voy a comprar un sándwich, después tú sales a almorzar –avisó.

Puedo comer tan deprisa como tú –Ana retrucó, con la intensión de evitarle a Rebekah que corriera a comer.

Pero no es necesario. Quiero que comas bien y después compres una revista para leer mientras haces la digestión, tomando café.

Té. Acuérdate que estoy embarazada... –Ana cortó con una mueca. – Y, si continúas tratándome como una muñequita de cristal, te voy a dar un pellizcón.

Rebekah rió y sus ojos ganaron un brillo malvado.

¿Petrus aún te llama “Sra. Dimitríades”? –el criado de mediana edad era como parte de la casa de Luc, por muchos años, mismo antes que Ana conociera a su impecable marido.

Ana rió también, defendiendo al criado como, por encima de todo, un hombre respetuoso.

Rebekah adoraba a su hermana y consideraba que el casamiento con Luc Dimitríades, un año antes, había sido uno de sus momentos más felices.

Luc reservó un restaurante para nosotros, esta noche. –Ana dijo el nombre y el lugar, para asombro de Rebekah. – Nos gustaría que fueras con nosotros. Por favor... –agregó. – Dos Dimitríades son demasiado para una pobre mujer.

Un escalofrío recorrió la espina de Rebekah, que sintió los

nervios a flor de piel. Lanzó su pregunta con el tono más natural posible.

¿Uno de los primos de Luc está en la ciudad? –contenta por haber conseguido demostrar calma, Rebekah pidió mentalmente: por favor, que no sea Jace.

Si –fue la respuesta de Ana. – Jace llegó ayer de los Estados Unidos.

¡No!

El grito silencioso murió en la garganta de Rebekah, mientras su cerebro reconstruía la imagen viril de aquel hombre.

Alto, bonito, hombros largos, facciones bien formadas, misteriosos ojos verdes y una boca que pedía ser besada.

Ella no sabía porqué los labios del visitante la atraían tanto. Aún ahora, un año después, era vívido el recuerdo del casamiento de Ana, cuando ella fue su dama de honor y Jace el padrino del novio. Habían sido apenas algunas horas de proximidad, de toques furtivos en la mano, de un abrazo más fuerte en el momento de las fotos, de fricción con su cuerpo a la hora del baile...

Bailar con él, además, había sido un dulce sacrificio. Olas de calor y excitación dominaron el cuerpo de Rebekah. La atracción sexual entre los dos se volvió evidente.

¿Habría sido ese el motivo de su escapada a la terraza, cuando Ana y Luc se prepararon para partir? Jace surgió de repente, casi acorralando a Rebekah contra la baranda cuando ella se volvió para huir.

Grave error, pues el gesto la dejó incluso más próxima a él. En el instante siguiente, los labios del griego se posaron en su mejilla, delicadamente, y con menos calma se deslizaron hasta su boca, sin que Rebekah hiciese algún movimiento para evitar el beso.

La respuesta de sus instintos fue devastadora.

Sorprendida, Rebekah concluyó que nadie antes la besara así. Era como si Jace, en el papel de un general vencedor, explorase las profundidades de su alma, solidificando la conquista. Ella se sintió en lo alto de un precipicio, pronta para caer al vacío. Presentía, no obstante, que él la salvaría, levantándola en brazos antes que alcanzase el suelo.

¿Quién fue el primero en romper el encanto? Hasta aquel día, un año después, Rebekah no estaba segura. Se acordaba del lago inexplicable en los ojos del griego, de un silencio que significaba expectativa. Entonces, brotara en su interior una rabia de doncella ofendida y ella acabó por abofetearlo con fuerza y volvió al salón.

Claro que, en poco tiempo, la rabia se volvió contra si misma,

por su comportamiento tonto. Tal vez Jace Dimitríades, más maduro emocionalmente, la comprendiese y perdonase. Ahora, él estaba de regreso en la ciudad, y Ana y Luc esperaban que Rebekah le sirviese de compañía en una cena formal.

No –retrucó en voz alta.

¿No quieres ó no puedes? –los ojos de Ana se estrecharon al percibir la expresión de su hermana.

Tú elige. Cualquier cosa.

Ana suspiró, desilusionada.

Correcto. ¿Me vas a contar lo que pasó ó tendré que presionarte? –preguntó.

Simplemente agradezco la invitación pero la declino.

Eso no me convence. Tú no ves a Jace desde la fiesta de mi casamiento. –los ojos ganaron un brillo especulativo. – ¿Qué hizo él? ¿Te besó?

Era impresionante la intuición de su hermana. Aún así, Rebekah intentó escapar.

¿En qué te basas para pensar eso?

No es tu estilo huir del asedio de un hombre como Jace.

¿Asedio?

Perdón, pero no quiero discutir contigo ni con nadie. Que él sea feliz.

¿Imaginaste cuan divertido sería salir con él? –Ana intentó ser persuasiva.

Rebekah asimiló el desafío incluido en las palabras y los ojos azules de su hermana. Sus labios se curvaron en una sonrisa indulgente.

Tú eres malvada.

Tu nuevo vestido negro Versace, de cuello alto, iría muy bien.

¡¿Una ropa justa que no recomendaba el uso de sostén?!

Yo no dije que saldría con ustedes.

Pasaremos a las ocho a buscarte y después te dejaremos en casa de regreso...

De inmediato, ella imaginó con que suavidad Jace insistiría para traerla en su taxi, escoltándola hasta su apartamento.

Si yo aceptara –Rebekah comenzó a flaquear – Iré en mi propio aut.

¡Bravo! ¡Así se habla! –de buen humor, Ana se divirtió con la expresión preocupada de su hermana.

Poco antes de las ocho, Rebekah llegó al restaurante y salió de su MG, que dejó a los cuidados del ballet parking. Por enésima vez,

silenciosamente, ella cuestionó su decisión de ir a la cena. Parecía una locura, pero cantar la retirada era algo que no coincidía con su forma de ser.

¿Cómo el año que había pasado afectara a Jace? ¿Tendría una amante? ¿Estaría libre, entre dos relaciones?

Tonta, ella pensó. Hombres de aquella categoría no estaban mucho tiempo solos, se acordó que Ana, de vez en cuando, relataba los viajes de Jace entre Londres, Paris y Atenas. Probablemente, tal cual un marinero, él tenía una novia en cada puerto.

El maître la recibió con una sonrisa educada, agradeció la elección de la casa y la encaminó al bar, donde personas bien vestidas, evidentemente ricas, tomaban sus tragos. El ambiente olía a dinero, mucho dinero. Y Rebekah notó que las flores de los arreglos eran verdaderas, no imitaciones de seda. La música de fondo no era grabada sino que venía de un enorme piano blanco, en el cual el pianista se esmeraba en acordes suaves.

Mucha clase y refinamiento, ella volvió a ponderar, mientras un mozo le indicaba donde estaban sus amigos.

Sr. Dimitríades –llamó al reconocerlo, recibiendo a cambio una sonrisa y un meneo de cabeza.

¡Rebekah! –el griego se adelantó para besarle la mejilla.

Fue un contacto breve, pero lo suficiente para sacarle el aliento por algunos segundos, antes que la rabia creciese.

¿Cómo se atreve? –las palabras se le escaparon en un murmullo casi inaudible.

Se arrepintió. Sería mejor que Jace no hubiese escuchado.

¿Esperabas formalidad? –las cejas de él se arquearon.

Ella no encontró respuesta confiable, por eso se calló. Su atención se concentró en el aspecto físico de Jace, en el caro traje y en el impecable lazo de la corbata, en la estatura que le dejaba la mirada a la altura del hombro masculino.

Él debía tener poco más de 30 años y la estructura del rostro recordaba sus ancestros griegos. También había una cualidad especial en los ojos verdes, que parecían capaces de robarle el equilibrio interior a Rebekah.

No debía estar permitido a ningún hombre poseer tal grado de magnetismo. La alquimia sexual formaba parte de la naturaleza de Jace, pensó Rebekah.

Bastó mirarlo otra vez, y ella se acordó de la noche del casamiento de Ana, del gusto de aquella boca que la había buscado con diabólica persuasión. Explorando, saboreando y… reteniendo una propuesta más osada.

Rebekah se volvió súbitamente conciente de cada bocanada de aire que respiraba, del latir acelerado de su pulso, del ritmo irregular de su corazón entre las costillas.

Era insano sentirse así. Ella precisaba controlarse. Precisaba imponerse a si misma una pausa, ya que parecía imposible impedir que Jace percibiera como la afectaba.

¡Maldición! Había aceptado la invitación de Ana, y ahora debía a su hermana y a su cuñado un comportamiento simpático, como anfitriona. ¿No se había vestido convenientemente, con el modelo Versace, y prometido a si misma que brillaría aquella noche?

CAPÍTULO II

Ostentar relajación y alegría era algo que exigía esfuerzo, y siempre estaba el peligro de exagerar. Una copa de vino ayudaría a sobreponerse de las dificultades, pero Rebekah recordó que estaba con el estómago vacío desde la hora del almuerzo, y por eso una mera copa de agua helada se volvió la elección más sensata. Especialmente cuando ya no podía evitar una conversación social con el encantador primo de Luc.

El chef del restaurante era conocido como de los mejores de la ciudad, conocido hasta nacionalmente. El menú sólo podría ofrecer una selección digna de los más exigentes paladares. Después de una elección deliberadamente lenta, Rebekah pidió ensalada como entrada, un plato de carne como principal y obvió la decisión sobre el postre.

Por fin, se recostó a la silla y encaró a Jace.

Estás en Sydney de negocios, supongo –indagó.

Fue gratificante sentirse más controlada y tomar la iniciativa del diálogo, de modo de conducirlo a su manera.

Si, estás en lo cierto –él la miró fijamente y se preguntó si Rebekah tenía alguna idea de como su comportamiento era transparente. – También voy a Melbourne, a Brisbane y a la Costa Dorada.

Interesante. Tus negocios, presumiblemente, siempre requieren una atención personal.

¿Cómo reaccionaría ella si supiese que él la colocaba entre sus puntos de atención?

Es un defecto, lo sé, pero soy incapaz de delegar funciones, a partir de cierto nivel.

¿Estaría él visitando algunos inmuebles para comprar? Con todo, en la era de la alta tecnología, era posible escanear y transmitir imágenes a la velocidad de la luz, y como Jace compartía ciertas inversiones con Luc, ¿por qué no dejaba a su primo encargado de las negociaciones?

Angustiada, Rebekah no apreció la salada de la manera que el plato merecía, aunque le gustó la combinación de verduras y legumbres, así como también el mojo especial de la casa.

Cuéntame algo sobre la floricultura –pidió Jace con su acento newyorkino, dispuesto a esperar una palabra de Rebekah.

¿Preguntas por preguntar ó te interesa el asunto?

Lo segundo –él afirmó con un brillo divertido en su mirada.

¿El arte, la técnica ó sólo un día en la vida de una florista?

Las tres cosas.

Bueno, el arte de la floricultura exige un buen ojo para los colores y formas, además de talentos para arreglos que corresponden a lo que el cliente quiere para determinada ocasión. – si Jace deseaba hechos, ella se los daría. – Es preciso definir qué flores combinan con el ambiente específico, la iluminación, la temperatura del lugar y el efecto que la persona quiere obtener. – ella irguió levemente los hombros. – También es necesario conocer flores exóticas ó fuera de estación, que pueden ser compradas por fax y enviadas por avión. Claro, eso involucra fletes aéreos. Infelizmente, los clientes en general prefieren el mínimo costo posible.

Pero con certeza tú consigues convencerlos que la cualidad tiene su precio.

No te engañes con el físico frágil de Ana y Rebekah –intervino Luc, con una sonrisa. – Ellas esconden una tenacidad férrea, sobretodo con la habilidad verbal. –se volvió hacia Ana y le acarició el rostro con los dedos. – Especialmente mi mujer.

Es apenas un mecanismo de defensa –contestó Ana, sin parecer enojada con el comentario del marido.

El mozo retiró los platos de la entrada y sirvió el principal. Rebekah intercambió con Jace una mirada de aprobación delante del apetitoso filete con mojo de mostaza. El saco de él, bien cortado, enfatizaba el largo de los hombros, y la camisa azul, con un impecable nudo en la corbata de seda, resaltaba el bronceado de su piel.

Le bastaba a Rebekah con observarlo, y una ola incómoda de calor la invadía, trayendo recuerdos del beso que recibiera. Su mente entraba en una espiral de emociones indefinidas, imaginando el deslumbramiento que vendría después, con la continuidad de la cena. De cualquier modo, no había sido un beso convencional.

Para, no continúes, ella se suplicó mentalmente, valorando lo que había de malo en desear a un hombre con tanta intensidad. Nadie, ni siquiera su marido, en el auge de la pasión pre-nupcial, había despertado una reacción tan poderosa.

Ella era conciente que, a cada respiración, a cada corte sin ganas en la carne que comía, su ser interior se consumía de tensión nerviosa.

¿Estaría Jace notando ese torbellino interior? Por Dios, ella esperaba que no.

Rebekah se obligó a pensar en ese momento. Sólo cenaba con el griego y ni siquiera estaba sola con él... Además, Jace Dimitríades

era solamente un hombre, como cualquier otro. Al comienzo de la relación, ¿acaso Brad no era el encanto personificado? Lobo en piel de cordero, descubrió después, pero eso era otra historia.

Su intuición, no obstante, le alertó que la comparación de Jace con Brad no cabía. No se podía comparar un animal insensible con una pantera digna de ser admirada.

Una parte de Rebekah deseaba depositar los cubiertos en la mesa, salir deprisa del restaurante y retirarse a la seguridad de su auto y su apartamento, con su paz mental intacta. Pero notó que esa actitud sería la que repercutiría en su paz mental, y para eso no habría disculpa.

Ella se dispuso a actuar a la defensiva, acordándose que lidiaba con los más variados tipos de personas en la florería y que recurría a la psicología para tratar con los clientes más exigentes. ¿Sería tan difícil pasar con Jace algunas horas? Y aún tenía la ventaja que Ana y Luc estaban presentes, para proporcionarle un reconfortante apoyo.

De nada valió tanta determinación. Rebekah continuó sintiéndose tan relajada como un gato sobra brasas. Podría, eso si, haber escuchado sus presentimientos y rehusado la invitación a cenar. Justificó a si misma la aceptación, alegando que no quería decepcionar a su hermana. Respuesta demasiado simple para lo complejo de las emociones que ahora enfrentaba.

Nuevamente pensó en tomar un poco de vino y llamó al mozo, que le llenó la copa. Fue una buena idea, porque segundos después Rebekah sintió el delicado sabor a uva corriendo por sus venas.

Sin apetito, ella sintió alivio cuando los otros terminaron, pero el mozo vino con otro plato, preciosamente decorado, que Luc había pedido junto con Jace.

Otra vez Rebekah intentó desconectarse de la situación, pero pensando todo el tiempo en disfrazar su incomodidad. Si al menos se concentrase en la comida, el tiempo pasaría más rápido. De todos modos, ella rezó para que la noche terminase pronto.

¿Ustedes comenzaron muy temprano hoy? –Luc indagó.

Excelente pregunta. Le daría un pretexto para retirarse pronto y dormir.

Yo debía estar en el mercado de flores a las cinco de la mañana, pero me atrasé una hora y perdí las rosas más bonitas –explicó Rebekah.

¿Tan temprano? ¿Todos los días? –Jace se extrañó.

Los días hábiles. Menos los domingos. –no le molestaba que fuera vista como una persona madrugadora. Con todo, con menos

de seis horas de sueño por noche y una jornada de 14 horas en la tienda, Rebekah se encontraba agotada.

Voy a pedir café, si nadie quiere postre. –Luc hizo una señal al mozo.

Como de costumbre, Ana prefirió té, temiendo que el café le quitara el sueño. Rebekah, con su vicio por el café, no rehusó. Calculó cuanto tiempo estaban en el restaurante: ¿una, dos horas? Treinta minutos más, como máximo, y estaría libre para buscar su coche e ir a casa.

¡Maravilloso! El drama ya va a acabar, pensó cuando vio a Luc pedir la cuenta y sacar la tarjeta de crédito. Fue la primera en levantarse, y Ana la siguió hasta la entrada. Pero los hombres las alcanzaron y la piel de Rebekah se erizó con la proximidad de Jace, con el calor que él transmitía.

Voy a acompañarte hasta tu auto –anunció.

Gracias, pero no es preciso. Tienen ballet parking.

Agitada, levantó la mejilla para recibir un beso de despedida de Ana.

Calma –ella pidió en voz baja. Enseguida, en tono más alto dijo – Luc y yo vamos a llevar a Jace de regreso al hotel.

Espero que a Rebekah no le importe. –Jace lanzó a su primo una mirada significativa. – Me pondré en contacto mañana.

Rebekah murmuró una oración para que Luc no intercediese, haciendo que tuviera que ver con el transporte Jace. Fue escuchada. Ana se inclinó para besar el rostro de la hermana, que oyó un afectuoso “buenas noches” en griego, mientras él se dirigía al auto de Luc.

Por más extraño que pudiese parecer, Rebekah se sintió manipulada por sus acompañantes. El hotel de Jace quedaba de camino a su apartamento, mientras Luc tendría que desviarse de su trayecto para dejarlo. Así, en el último segundo, antes que el muchacho le entregara el MG, ella sugirió aquello que su mente condenaba: alcanzar a Jace. ¿Por qué, si no había coqueteado con él ni prestado más atención que la educación recomendaba?

¡Maldición! Ahora, sólo le restaba entrar en el auto deportivo, llevar a Jace al hotel y celebrar el fin de la noche. Diez, quince minutos más, y tendría paz.

No había espacio de sobra en la cabina para las largas piernas del griego. A propósito ó no, él tuvo que recostar una de ellas en la cadera derecha de Rebekah. Sin pérdida de tiempo, ella metió la marcha y salió, vía Double Bay. Ni siquiera se preocupó en mantener una conversación, por más fútil que fuese, y no

intercambió una palabra con su invitado, mientras violaba los límites de velocidad en las avenidas de Sydney.

Era una bonita noche. El cielo oscuro exhibía vetas azul claras, llenas de estrellas. La temperatura amena prometía otro día agradable, y Rebekah dirigió su mente a la tienda, las encomiendas, las rosas que tendría que comprar en el mercado bien temprano.

No funcionó, porque ella se mantenía sumamente conciente del hombre a su lado. En el espacio estrecho del MG, ella sintió el aroma de la colonia masculina que Jace usaba, junto con un olor que parecía pertenecer exclusivamente a él.

Sin querer, su piel se erizó en respuesta y su cuerpo entero acusó el calor intenso que le aceleraba el corazón.

Cerca de la palanca de cambios, la mano de Jace reposaba en la rodilla, tan próxima que era casi imposible no rozarla cuando Rebekah cambiaba de marcha. Evitar ese contacto, sin parecer calculadora, ocupó el pensamiento de la florista el resto del trayecto.

¿Y si él tomase la iniciativa de tocarla, rompiendo el silencio que parecía divertirlo hasta allí?

Sólo conduce, ella se exigió a si misma. Cinco más minutos, y estaría libre de aquella perturbadora presencia. Un cruce más de semáforos, y ella dobló en Double Bay, parando frente al hotel. Una sensación de alivio se apoderó de ella cuando el portero fue al encuentro de ellos y abrió la puerta para que Jace descendiera.

Buenas noches –ella dijo, con prisa por escapar.

Entonces, en un movimiento fluido, casi imperceptible, él capturó el rostro de ella entre las manos y le dio un beso provocativo, capaz de encantar, seducir...Todo muy breve, como si contuviera la promesa de más y mayores contactos.

Chocada y sorprendida, Rebekah mantuvo los labios entreabiertos, en un ofrecimiento para ella incomprensible. Jace murmuró una despedida y salió rumbo a la entrada del zaguán. En los ojos de él, ella pensó ver un brillo irónico.

¿Qué juego él estaba pensando que hacía?

Con innecesaria fuerza, Rebekah metió primera y volvió a la pista. Su apartamento estaba a dos cuadras de allí, y ella las cruzó en tiempo record. En el elevador, se censuró por no haber previsto el gesto del griego. ¡Él apostara en el elemento sorpresa, y ganó!

¿Pero qué le importaba? Era improbable que viese a Jace de nuevo, sólo no soportaba haber sido encontrada desprevenida. Con eso, no sólo se mostró vulnerable, sino sensible a las iniciativas de aquel hombre. Podría haberle dado una cachetada, repitiendo el

gesto de la boda. No obstante, tal acción sería demasiado infantil, además de inconsecuente.

Rebekah consultó su reloj. Diez de la noche, no era tan tarde. Podría dormir más de seis horas, si fuera directo a la cama. Pero ella se sacó los zapatos de taco alto y se puso a caminar por el apartamento, muy afectada emocionalmente para conseguir dormir.

Usó el control remoto de la televisión y no encontró nada interesante. Hojeó una revista, sin gran empeño, y concluyó que estaba solamente alimentando su disgusto. Resolvió acostarse, aún sin sueño, y prendió las luces del cuarto.

Casi pudo sentir a Jace Dimitríades tocarla mientras se sacaba la ropa. Cuando se quitó el maquillaje, fue como si él hiciese eso con su boca, antes de besarla ardientemente una vez más. El gusto de él permanecía en sus labios y sólo desapareció después que ella cepillara sus dientes.

La imagen de Jace era tan viril, tan poderosa, que ella podría jurar que él estaba en el cuarto con ella, esperando que se acostara para acariciarla en la oscuridad.

Cuanto más avanzaba la noche, más se acordaba del beso que la había trastornado, despertando su imaginación a juegos amorosos que imposibilitaban a cualquier persona a conciliar el sueño.

Jace Dimitríades terminó de desayunar en su cuarto. Recogió la billetera y el celular. Se puso el saco y salió a la calle, sintiendo el calor del sol matinal. Aún tenía una hora hasta el encuentro marcado con Luc, una reunión de negocios en el centro de la ciudad. Tiempo suficiente para conseguir su objetivo.

La tienda Flores & Buqués realmente tenía una ubicación privilegiada. Las platerías visibles en la vitrina contenían una explosión de colores y formas, floreros sabiamente dispuestos en variadas alturas, de modo que todos los productos quedaran a la vista del cliente. En el fondo, se notaba una masa compacta de ramos verdes y flores más grandes, que iban prácticamente del piso al techo.

El efecto visual era agradable, y también un testimonio que las dos hermanas sabían como arreglar su establecimiento.

Él abrió la puerta de vidrio, y fue anunciado por un timbre eléctrico, y saludó a Ana de lejos, girando la cabeza para incluir a Rebekah en el saludo. Distraída, ella arreglaba y acomodaba orquídeas en su mesa de trabajo.

¡Jace! ¡Que bueno verte! –exclamó Ana detrás del computador. Se levantó para recibir al visitante. – ¿Es una visita social ó viniste a

comprar flores?

Él balanceó la cabeza antes de besar Ana en la mejilla.

¿Cómo estás? –la sonrisa transmitió un caluroso afecto. – Visita social y de negocios.

Entonces, deja la parte de los negocios para después.

El teléfono sonó, proporcionando una interrupción providencial.

Puedes atender –Jace avisó. – Rebekah se encarga del resto.

¿Será que ella lo conseguiría? En el momento que Jace entró en la tienda, sus sentidos se pusieron en alerta total. Era inexplicable, casi loco, aquella reacción a la simple visión de Jace. ¿Y pensar en él, entonces? Por causa de eso pasara la noche en vela.

No había opción. Mientras Ana anotaba un pedido por teléfono, Rebekah tuvo que dejar de lado el arreglo de orquídeas y prestarle atención al incómodo cliente. Él se presentaba increíblemente atractivo, como siempre con la corbata en el lugar y el traje bien planchado. Pero era el hombre en si que le sacaba la compostura y la hacía soñar.

Ella no apreciaba esa sensación. No racionalmente, por lo menos. Le tomó dos años reponerse de los daños causados por Brad Somerville en su intimidad y restaurar un poco de confianza en el género masculino.

Con alguna dificultad, Rebekah reasumió su lado profesional.

¿Tienes alguna flor particular en mente? –preguntó.

¡Dios! La presencia de él la perturbaba. Por más que Rebekah fingiese calma, sus manos temblaban, y a esa altura Jace ya reunió suficientes señales que ella tenía problemas en lidiar con él.

Cualquier caminata comienza con el primer paso, Jace pensó con la mente alerta. Sin conocer el origen de la frase, sabía que iba colmo anillo al dedo en este caso.

Rebekah Stanford lo intrigaba. Él admiraba su apariencia, la obvia fuerza de carácter. Claro, también era conciente de la química sexual que los acercaba. Había más, no obstante, que una mera atracción física. Existía un misterio en torno a ella, algo que él no conseguía definir.

A lo largo de un año, Jace fue incapaz de sacársela de la cabeza. Las facciones, su aroma, su sabor, todo agudizaba sus sentidos. Lo asombraba la reacción desmedida de aquella mujer a cada roce, a cada beso. Y así Rebekah destruyera cualquier sentimiento que él pudiese sentir por otra. Por otras, él se corrigió, tomando en cuenta las pocas compañías que buscaba para llenar el vacío.

Ahora él estaba de regreso en Sydney, pretendiendo combinar negocios con placer. ¿Ó sería apenas una nueva ronda del mismo

juego? Para responder, Jace precisaba determinar si la emoción que recordaba aún existía. Precisaba saber si uno ó dos besos eran el principio ó el fin de una aventura romántica y sensual.

Rosas –él dijo después de una larga pausa. Le gustaba la textura, el perfume, la manera peculiar como los pétalos tan juntas se abrían.

¿Algún color preferido?

Rebekah lo condujo a una cabina de temperatura controlada y le indicó diversos floreros, que ostentaban una gloriosa perfección de rosas blancas, amarillas, rosa y rojas.

Las rojas –él no titubeó.

Ella abrió la puerta del compartimiento y trajo el jarrón elegido a la mesa de trabajo.

¿Cuántas vas a querer? –indagó Rebekah con aparente firmeza – El precio es de...

No importa –Jace cortó. – Dos docenas.

Admirada, Rebekah vio que tendría de buscar más flores en la cabina refrigerada.

¿Quieres que las mande entregar? Hay un cargo extra de...

Yo mismo me encargo.

Bueno, el destinatario sólo podría ser una mujer, y de las más exigentes, fuese anfitriona, amiga ó novia. En este último caso, Jace habría dado pasos rápidos y certeros. Sólo estaba en Australia hacía dos días.

Rebekah le pasó una carpeta con varios modelos de tarjetas, pidiéndole que escogiese una. Ya venían con frases impresas para cualquier ocasión. En vez de esperar, ella fue donde el papel celofán y seleccionó una hoja para rematar el buqué.

En minutos, las flores estaban prontas y Rebekah engrampó en el papel la tarjeta que Jace le entregó. Recibió el pago en efectivo y pasó las rosas a las manos de él.

El griego reservó algunos segundos para admirar la habilidad y el buen gusto con que ella había arreglado el buqué. Entonces, dijo repentinamente:

Son para ti.

En medio de un torbellino de emociones, ella no consiguió imaginar cual expresión su rostro había asumido, si agradable ó despreciable.

¿Cómo?

Las rosas son para ti. ¿Por qué no lees la tarjeta?

Ella acató el pedido, a pesar de estar incrédula.

Cena hoy a las siete, leyó.

Te recojo en tu casa –él afirmó.

No sabes donde vivo –fue la respuesta seca. ¿Qué estaba diciendo ella? No aceptó la invitación ni pretendía salir nuevamente con Jace.

Ana me dará la dirección.

¡No!

Él levantó las cejas, con aire juguetón.

¿No? Está bien, entonces tú misma me la dices.

No acepto la invitación.

Prometo no morder.

Gracias, pero no. –ella esbozó una sonrisa. – Por favor, llévate las rosas. No puedo aceptarlas.

¿No puedes ó no quieres? –el humor de Jace y su acento de Nueva York sólo le agregaban encanto y seducción.

¿Ana? ¿Dónde estaba su hermana cuando tanto la precisaba?

Una mirada de reojo al frente de la tienda bastó. Ana continuaba al teléfono.

No estoy saliendo con nadie –ella dije como autodefensa, pero Jace ya dejaba al establecimiento, con las manos vacías, y perecía sordo a sus alegatos.

A las siete, Rebekah –él reiteró, mientras ella maldecía a los hombres en general y a aquel en particular.

¡Mi Dios! –Ana se extrañó, después de colgar. – ¿Qué hizo? ¿Alguna propuesta indecente?

Me pidió para salir y cenar con él. –la voz de Rebekah fue un murmullo.

¿Y eso es un crimen?

Rebekah depositó el buqué de rosas rojas en la mesa.

No voy a ir.

Claro que no –dijo Ana con ironía.

¡Que audacia venir aquí, encargar dos docenas de rosas y después dármelas a mí!

Ana meneó la cabeza, totalmente perpleja. Con el comportamiento de su hermana, bien entendido, no con el de Jace.

Realmente, ¡mucha audacia y mal gusto! –continuó con la ironía.

No las acepté. –Rebekah pasó las flores a las manos de Ana. – Aquí están. Llévalas a casa ó deshaz el buqué y devuelve las rosas al florero.

¿Por qué no las quisiste? –Ana indagó, seria.

Sería una pena deshacer el trabajo, hecho por Rebekah con ojos de artista. Además de eso, ¿hace cuánto tiempo que a ella no le

daban flores? ¿Ni cualquier otra cosa?

¿Quién se piensa él que es?

Claro, no era una cuestión para ser respondida, y Ana fue a atender un nuevo cliente que entraba. Feliz con la interrupción, Rebekah permaneció en silencio por el resto del día. Una sucesión de escenarios cruzó su mente. Algunos de ellos muy gratificantes, pero que podrían llevar la pareja a prisión, por atentado violento al pudor.

Al final del día, Rebekah pareció volver al mundo de los mortales.

¿Tienes algún número de teléfono para que entre contacto?

¿Con Jace? –Ana provocó, pronta para partir.

Claro, ¿con quién más?

Ana asumió una expresión pensativa.

Hace dos años que te divorciaste. ¿Ya es tiempo de intentar otra vez?

¿Estás defendiendo la idea de una aventura mía con Jace?

¿Y de qué tienes miedo? ¿De Jace ó de ti misma? –Ana anotó un número en un pedazo de papel y se lo entregó a Rebekah con una sonrisa cariñosa. – Aterriza en la vida real, nana, y piensa en el asunto.

Como frase de salida, esa era inigualable.

CAPÍTULO III

Pasaban de las seis cuando Rebekah estacionó su auto en el garaje y entró corriendo al edificio, donde tomó el elevador para su piso, el séptimo.

Nadie diría que la indecisión fuese un de sus rasgos, pero en los últimos sesenta minutos ella había cambiado de idea una docena de veces.

Al entrar en el apartamento, Rebekah pasó por la mesita del teléfono, se sentó preocupada y buscó en su cartera el número de teléfono del hotel en el que Jace estaba hospedado. Tecleó los dígitos, ansiosa, sólo para descubrir que el griego no estaba en su cuarto. Preguntó a quien la atendiera el número del celular del huésped y su pedido fue educadamente rechazado.

¡Maldición! La falta de contacto significaba que Rebekah sólo tenía una opción: tomar un baño y vestirse en tiempo record. Ó entonces dejaría a Jace esperando.

Vamos, ella pensó reforzando su decisión, mientras se arreglaba. Dos horas de compañía, buena comida y conversación agradable... ¿Qué tenía que perder?

Su paz mental, concedió, ya pronta para bajar. Prendió el contestador automático, recogió las llaves del coche junto con la cartera, y salió disparada al zaguán del edificio.

Allá estaba él, la propia imagen del vigor masculino, emanando una sensación de poder que sólo las personas muy seguras de si mismas serían capaces de enfrentar. Jace la examinó con una leve sonrisa, provocando un sobresalto en su interior.

Rebekah entonces dudó que pudiese sobrevivir al desafío de salir con Jace. La poca seguridad que le restaba comenzó a disiparse. Pero era demasiado tarde para cambiar nuevamente de actitud.

Para Jace, el conflicto de emociones de su acompañante fue evidente. Podría listarlas y definirlas. Con naturalidad, surgió en él una sensación de orgullo machista, al percibir como la afectaba.

Rebekah... –él murmuró al adelantarse, apreciando el estilo de su ropa. El maquillaje era mínimo y un toque de oro en las orejas, en el par de aros discretos, sumaba elegancia a la figura. Los cabellos estaban presos en un leve recogido, poco más que una ondulación, y Jace ansió por desprenderlos enteramente.

¿Qué sucedería si avanzase, tomase a Rebekah en sus brazos y le cubriese la bonita boca con la suya? Sin duda, ella huiría, asustada como una gacela en campo de caza.

Desistiendo del beso, Jace ponderó que le habría hecho su ex-

marido para matarle la natural espontaneidad. El corazón del griego se endureció de repente, ante una lista de posibilidades, y eso resultó en una creciente rabia hacia rival que nunca había conocido.

Vamos en mi auto –ella propuso, bajo la mirada curiosa del portero.

Alquilé uno durante mi permanencia aquí –Jace explicó suavemente, notando la desilusión de Rebekah antes que ella la ocultara.

En verdad, ella quería mantener el control de la situación. Guiar su propio vehículo, ir y volver cuando lo desease, eran detalles que le daban confianza. La confianza posible ante alguien que poseía la increíble habilidad de desestabilizarla.

Caminaron hasta la entrada del edificio, donde Jace mostró el brillante Jaguar que contratara. Abrió la puerta a Rebekah y esperó que ella se acomodase hasta contornear el auto y asumir el volante.

Era curioso que una mujer adulta e independiente como Rebekah, con cierta experiencia amorosa, no consiguiese desconectarse de la imagen imponente de Jace. El espacio mínimo dentro del Jaguar sólo le aumentó la tensión nerviosa. Se puso difícil hasta incluso conversar normalmente, por causa del latir acelerado de su corazón.

Pura locura, ella definió. Debía haber tenido el coraje de rechazar la invitación, a tiempo de escapar. Si eso fallase, podría trancarse en casa en vez de descender corriendo al zaguán del edificio. De cualquier modo, al volante, Jace parecía inaccesible, lo que no le dio la mínima chance de desistir.

En el restaurante, él declinó su preferencia en cuanto al vino y pidió el menú.

Rebekah, a su vez, juzgó que no conseguiría comer nada debido a su ansiedad. Pero sabía que debería intentarlo.

Otra vez ella se determinó a proseguir y aprovechar la noche con Jace. No podría ser algo tan penoso. Menos penoso que la noche anterior, cuando había testigos próximos. ¿Ó si?

Presentes, Luc y Ana habían representado un punto de apoyo, en caso Rebekah lo precisase. Ahora, estaba sola con Jace, por su cuenta y riesgo. Se consideraba desentrenada en situaciones de este tipo, habiendo abandonado la vida social hacía cierto tiempo.

Dos años antes, con Brad, ella brillaba al demostrar su sociabilidad en fiestas y reuniones. Después del divorcio, el encuentro formal con un grupo probó ser desastroso, y ella no deseaba repetir el fiasco.

Ahora cuéntame –Jace comenzó. – ¿Qué te llevó a ser una

florista?

Rebekah tomó un trago del soberbio vino Chardonnay que él eligiera, esperando animarse. Hablar de trabajo, de Flores & Buqués, representaba un providencial alivio para sus nervios.

No sé cuando pasé a admirar flores cultivadas con profesionalismo. La perfección de las texturas, colores y aromas realmente me encantan. Acabé descubriendo que tenía un don natural para cuidarlas y hacer arreglos.

A Jace le gustó ver Rebekah más relajada. Los ojos azules de ella ganaron un brillo de topacio. Las preguntas ahora eran: ¿ella sabía como era de atractiva? ¿Sabía como la apreciaba él?

Las flores proporcionan belleza, placer, consuelo y compañía –ella continuó, sonriendo ante la reflexión que acabara de hacer, como si todos sus días fuesen soleados y alegres.

¿No hay ninguna desventaja en tu trabajo? –Jace provocó, mientras ella fruncía la frente.

Levantarme temprano, estar casi todo el día de pie, lastimarme los dedos con espinas y que se arruguen con el uso constante de agua. –Rebekah sonrió. – Sin contar a los clientes maníacos y antipáticos, imposibles de complacer. Ó los pedidos urgentes, cuando tenemos que correr y, a veces, descubrir que fue una broma ó nos dieron la dirección equivocada. Como en todos los negocios, existen ventajas y problemas.

El mozo sirvió las entradas y Jace consumió su cóctel de camarón con obvio placer.

Rebekah se preguntó si a él le gustaban las mujeres tanto como la comida. De repente se sintió intrigada por tal pensamiento.

Ella tomó un trago más de vino, manteniendo la copa en la mano.

Es tu turno de contarme tu vida –incitó.

Nací y crecí en Nueva York, de padres griegos, inmigrantes. Me formé en administración, con una maestría y todo.

Administración abarca muchas especialidades. Resumiste demasiado –Rebekah se sintió mejor por conservar la compostura, al menos exteriormente.

Me especialicé en inmuebles y en fusiones y adquisiciones de empresa.

¿Grandes empresas amenazadas de quiebra?

Más ó menos.

Combina contigo –ella dijo sin énfasis.

¿En qué te basas para esa conclusión? –Jace quiso saber.

Tienes una forma firme y decidida de comportarte. –una

audacia, ella pensó en agregar, al lado de un sentido animal de poder. Él vencería a cualquier adversario que quisiese. – Imagino que tratas con sus clientes con la punta de una espada.

Eses es un análisis interesante. –Jace concordó con divertido cinismo.

La música de fondo, con piano en vivo, proveía un ambiente agradable al diálogo.

¿Aún tienes familia en Nueva York? –Rebekah prosiguió.

Padres, un hermano, dos hermanas, muchos sobrinos y sobrinas.

¿Mantendría Jace buenas relaciones con sus familiares ó estaba involucrado apenas con el trabajo y su propia vida?

Mi madre insiste en reunir todos cada quincena, para una cena en familia. Debo decir, no obstante, que esos encuentros se tornan una exhibición de neurosis.

¿Son divertidos, por lo menos? –ella visualizó la imagen de adultos conversando, criaturas riendo y jugando, mucho barullo y una mesa llena de golosinas.

Son si, bastante.

¿Habría Jace llevado alguna novia a algunas de esas reuniones?

Raramente –él afirmó, sonriendo.

Sorprendida, Rebekah se recostó en la silla.

¿Lees mis pensamientos?

Es una táctica que desarrollé en mi trabajo.

Pareces ser bueno en eso.

Jace inclinó la cabeza, agradeciendo, pero sin arrogancia. Transmitía solo la confianza de un hombre versado en la naturaleza humana y hábil en lidiar con ella.

Fue durante el postre que Rebekah miró a la entrada del restaurante. ¿Instinto, tal vez? ¿Una dosis secreta de protección contra algún peligro inminente?

A lo largo de una perturbadora pausa, ella rezó por estar equivocada. Pero podía reconocer aquella figura en cualquier lugar, en cualquier momento.

¿Qué pasó?

Rebekah registró el tono preocupado de Jace e intentó disfrazar su malestar.

¿Rebekah? –el griego insistió.

Piensa, ella se pidió a si misma. Existe una gran chance que él no te vea, y si te ve, ¿qué te puede hacer?

Mucho.

Jace atestiguó la palidez de su acompañante. Su piel perdía el color al mismo tiempo que sus ojos quedaban velados por sombras.

¿Qué había causado aquella extraña reacción?

¿Te gustaría irte? –él propuso, sintiéndose responsable por Rebekah.

A ella le gustaría decir “si” y después partir, deprisa y quieta. Protegida.

Excepto que ese sería un acto cobarde, incoherente con el que ella demostrara al cortar legalmente todos los lazos con Brad Somerville, impidiéndole de intimidarla de nuevo.

Mi ex-marido acaba de entrar –explicó finalmente.

Jace no dudó, pero encontró inexplicable que eso la afectase tanto.

¿Y es un problema?

Si ella le dijera la verdad, ¿cómo la recibiría Jace? Una risa irónica nació y murió en su garganta. ¿Por qué, a fin de cuentas, él debería conocer su triste pasado amoroso?

No –mintió con firmeza, temiendo que la perspicacia de Jace descubriese el fondo de su alma.

Los ojos del griego se estrecharon, observando junto con Rebekah el avance del ex-marido rumbo a una mesa reservada. Fue testigo de ka expresión ambigua de la florista en el momento en que Brad notó su presencia y se aproximó. No se trataba de incomodidad ni de remordimiento, sino de miedo.

Hola.

Rebekah mantuvo la cabeza erecta y los ojos bien abiertos. Tenía práctica en esa actitud, pues mientras vivía con Brad nunca sabía cual sería su próximo paso.

Hola, Brad –ella saludó en tono remoto y distante.

¿No me presentas a tu...acompañante?

Jace Dimitríades. –él mismo se anticipó, en tono peligrosamente ríspido. No se preocupó en sonreír, levantarse ó extenderle la mano a Brad.

Rebekah reconoció en la mirada de su ex-marido aquel brillo perverso que daba una señal clara de su temperamento. Su aprehensión aumentó.

Por lo visto, estás manteniendo todo en familia –Brad se burló, focalizando a su ex-mujer con insistencia.

El maître está esperando para indicarle su mesa –intervino Jace con falsa humildad. Quien lo oyese, jamás pensaría que él estaba echando a Brad con efectivo autoritarismo. Pero esa era una de sus cualidades: explotar los puntos débiles de los demás con frialdad aguda, debajo de una apariencia cálida.

Claro –Brad meneó la cabeza y suavizó el tono de voz – Ya estoy

yendo. Ten cuidado, Rebekah.

Ella casi no notó que contenía el aliento hasta que su ex-marido se distanció. Retomó los cubiertos y saboreó el postre de frutas frescas con crema. Procuró aparentar calma.

¿Calma? En verdad, sentía lo opuesto. Pero había aprendido buenas lecciones y encontraba mejor mostrar normalidad en su conducta. En el comienzo de su vida de casada, después del choque de descubrir la personalidad violenta de Brad, había ingresado en un torbellino de emociones conflictivas. Lágrimas, rabia, remordimiento, desprecio... Todo eso sólo había puesto las cosas peores.

Podemos tomar un café expreso en otro lugar –Jace sugirió.

Rebekah concordó, contenta por ver que conseguía con mano firme sostener la copa de agua.

Está bien.

Sólo que no estaba todo bien, bajo el criterio del griego. Su acompañante continuaba pálida y las acciones eran visiblemente controladas con un esfuerzo exagerado para su gusto.

Por favor, no –se corrigió Rebekah, espantando a Jace que se preparaba para pedir la cuenta al mozo.

La presencia de él te está incomodando –él argumentó.

Obvio. Era la declaración del año, ella pensó.

Tú no comprendes –dijo, encarando a Jace a los ojos. – ¿No crees que, si salimos, él nos habrá vencido con su antipatía?

Si, pero no me importa. –la perspicacia del griego era demasiado para la paz de espíritu de Rebekah. – Lo único que me importa es que te sientas bien, sin forzar el postre garganta abajo y acabar teniendo dolor de estómago.

Ella conocía el modo de actuar sibilino de Brad. Anticipar sus reacciones salvajes se había convertido en parte integrante de su supervivencia como su esposa.

Nos vamos a quedar –completó fríamente. – Es mejor así.

No para ti –Jace enmendó, con una certeza reconfortante en caso ella estuviese en condiciones de asimilar aquellas palabras.

Rebekah escuchó al griego pedir café al mozo y, enseguida, la cuenta. Él esperó pacientemente que ella terminase y, entonces, se levantó y la condujo del brazo.

Voy a tomar un taxi –avisó Rebekah, evitando la mirada sombría y reprobadora de Jace.

No vas, no –él se impuso, un tanto enojado.

Ella no contestó, mismo porque estaba tan nerviosa que no conseguía hablar con coherencia. Se limitó a caminar al lado de

Jace hasta el estacionamiento, donde ocupó el asiento del pasajero del Jaguar ni bien él destrancó la puerta.

Poco demoró para que llegasen a su edificio. Durante el trayecto, en silencio, Rebekah permaneció observando por la ventana el tránsito de Sydney y el escenario que le era tan familiar.

Su mente, sin embargo, se abasteció de las escenas del restaurante, de la entrada de Brad y de la magnética presencia del hombre que estaba en el asiento de al lado, al alcance de su mano.

Gracias por la cena –ella declaró. Se enorgullecía de ser una persona educada. Con todo, en el instante en que fue a abrir el pestillo del coche, la mano de Jace la capturó de la muñeca.

¿Piensas que tu ex-marido te puede perseguir? –cuestionó él.

Rebekah demoró para responder.

¿Por qué él lo haría? No tiene control sobre mi vida.

Jace guardaba muchas más preguntas, pero juzgaba que la ocasión no era propicia. A menos que, espontáneamente, ella le contase algo más sobre su sufrimiento en el pasado.

Estaré en Melbourne con Luc, algunos días. Te llamaré.

No hay necesidad.

Él vino más cerca de ella, mantuvo una de sus manos en la de ella y usó la otra para empujarla contra si, de la nuca, moviéndole el rostro de modo que pudiese mirarlo.

Si, es preciso –habló calmadamente.

Para ella, fue como si el tiempo se parara. Todo indicaba que Jace la besaría, y así retuvo el aliento mientras entreabría los labios. Concientemente ó no, Rebekah anticipaba el placer de ese contacto, del cual no pretendía huir.

De hecho, existía un hambre, una avidez que ella no sabía como superar. Estaba trémula, esperando el momento de ser consumida por el deseo de él. Quería viajar mentalmente con Jace, a algún lugar en que pudiese olvidar temporalmente la vida infernal que tuvo con Brad y su espíritu vengativo. Sólo a partir de ese olvido ella conseguiría cicatrizar definitivamente las heridas abiertas en su corazón.

Los ojos de Jace no revelaban sus intenciones. Apenas transmitían tensión e inseguridad. Rebekah supo, instintivamente, que le correspondía el siguiente movimiento.

Todo lo que precisaba hacer era recostar sus labios a los de él y usar la punta de su lengua para invitarlo, sin margen de duda a un beso ardiente.

¡Dios! Ella lo deseaba. Más que su boca, lo deseaba por entero, pero titubeó demasiado, permitiendo que Jace entendiese lo

contrario. Por eso, pensó ver en él una sonrisa forzada cuando alejó la cabeza y se recostó en el asiento.

Entonces, él realmente sonrió y retiró la mano del cuello de Rebekah. Ella se recostó también, y la tensión entre ambos se amenizó después de pocos segundos. Aunque libre, ella se sintió de pies y manos atadas, sin movilidad, conciente de la sensualidad explícita que los electrizaba. Era algo tan explosivo, tan primitivo, que exigía una fuerza sobrehumana para ser contenido. El frágil corazón de la florista no soportó sano y salvo tanta presión.

Buenas noches. –la despedida sonó estrangulada por el esfuerzo de escapar. Era fácil percibir que ella también agitaba.

Se estremeció cuando Jace avanzó la mano a su vientre, pero él sólo soltó el cinturón de seguridad y volvió a la posición anterior, demasiado lejos para quién parecía pronto para un acto de lujuria.

En cuestión de segundos, Rebekah descendió del auto y casi subió a la disparada los pocos escalones de la entrada de su edificio. Podrían ser pasos hacia el paraíso, ella imaginó, si hubiese llevado adelante sus intenciones. Empuñó las llaves sacadas de la cartera, usó la que correspondía al portón principal y todavía tuvo que digitar un código de seguridad para poder alcanzar el zaguán.

Había tres elevadores, y ella aún temblaba al entrar en el primero. Continuó trémula al abrir la puerta del apartamento y, una vez adentro, lo primero que hizo fue ir a la cocina, sacar de la heladera una jarra de agua y beber algunos tragos con ansiedad, como si fuese la sobreviviente de un naufragio.

Tal vez se tratase exactamente de eso: naufragio, supervivencia. No obstante, los instintos le susurraban que el caso con Jace estaba lejos de acabar. Y de comenzar también...

La figura viril del griego, despertaba un grito primitivo en su sensibilidad. La parte más racional de su ser cuestionaba cualquier concepto metafísico, pero el lado ilógico y sentimental se preguntaba si los dos no habían compartido una vida pasada y si sus corazones no buscaban el reconocimiento de una fuerte conexión interior.

Pero Brad había resurgido, trayendo más recuerdos, angustia y dolor. Dos años habían representado el plazo de Rebekah para respirar, su ventana al mundo. En esa época, ese había sido el consejo de psicóloga que contratara. Después de ese tiempo, ella estaría pronta para nuevas y prometedoras relaciones.

El sonido agudo del teléfono la asustó. Sentada, se levantó con dificultad y alcanzó el aparato un segundo antes que el contestador automático saltara.

Murmuró un saludo mecánicamente, pero eso no le obvió un enorme susto. ¿Quién estaría llamándola a aquella hora de la noche?

¿Divirtiéndote con tu nuevo novio, querida?

La ofensa, ó amenaza. Fue seguida del clic cuando colgaron del otro lado de la línea. La sangre huyó de las mejillas de Roberta.

Era Brad. No había posibilidad de equivocación. La sorpresa en sus sentidos fue rápidamente substituida por un miedo enfermizo.

Su número de teléfono no estaba en el directorio. ¿Qué expediente habría usado Brad para obtenerlo? Sería fácil, en ese caso, descubrir también el número de su celular.

Ella cruzó los brazos en su pecho y los apretó en actitud defensiva, mientras su mente vagaba, desorientada, en medio de hechos y posibilidades.

Todavía estaba vigente una orden judicial contra Brad, impidiéndolo de verla ó buscarla. Si él escogiese incumplirla, tendía que enfrentar las consecuencias legales de su acto.

Ya era algo, pero no todo. Trémula, Rebekah buscó una silla y se sentó. Pidió mentalmente que el desastre representado por Brad no le destruyera la vida de nuevo.

Apenas una vez, una sola después del divorcio, ella había salido con un hombre. Inmediatamente después, Brad dio inicio a una serie de llamados insultantes. En un asomo de altivez, Rebekah tomó acciones: avisó a la policía, escribiera un informe al juez y obtuvo las restricciones que estaban ahora en vigor.

Ahora, el encuentro fortuito en un restaurante, cuando él la vio acompañada por Jace, despertara nuevamente la furia de su ex-marido.

Por suerte podía sentirse segura en su apartamento. Había elegido a propósito un edificio dotado de dispositivos de seguridad. Había instalado una doble tranca, además de una correa en su puerta.

Levantó sus rodillas y las enlazó con sus brazos. La inquietud la dominaba. El encuentro había sido una coincidencia. ¿Ó no? ¿Brad correría el riesgo de seguirla aquella noche? ¿Y por qué?

Lo que era más aterrador: él podría haber monitoreado cada movimiento de Rebekah, desde que saliera de la tienda de flores.

## CAPÍTULO IV

Como cualquier otro día, este comenzó con la visita matutina de Rebekah al mercado de flores, seguida por la colocación de ramos y pimpollos en potes y floreros dentro de la tienda.

Rebekah prendió el computador, accedió a la página con pedidos registrados durante la noche, imprimió dos copias y fue a supervisar si tenía stock suficiente para atender los pedidos.

Ana llegó alrededor de las nueve y la ayudó con los pedidos, las tarjetas y varios llamados dejados para contactar.

Nada indicaba que aquel sería un día atípico en Flores & Buqués.

¿Me vas a contar como te fue en la cena con Jace, ayer, ó tendré que sacarte esa información con tirabuzón? –preguntó Ana en un intervalo.

Rebekah roció con agua el arreglo que estaba montado, hizo los últimos retoques y buscó una hoja de celofán para envolverlo.

Todo salió bien.

¿Sólo eso? ¿Todo bien? –Ana provocó.

Si quieres saber si pasó algo más... más íntimo, la respuesta es "no".

Ana lo aprobó. Jace era demasiado astuto para hacer movimientos precipitados.

Dijo que me llamaría, de Melbourne –Rebekah completó. – Pero creo que no nos veremos de nuevo.

¿Por qué no?

Porque eso causaría problemas que, según Rebekah, no tenían solución. Por la misma razón, ella había llevado su vida al nivel más simple y recatado posible.

Buen, él sólo está por poco tiempo. Debe volver pronto a Nueva York. ¿Cuál es la ventaja de comenzar algo sin futuro?

En el fondo, Rebekah estaba ansiosa para hablar del encuentro con Brad en el restaurante, del llamado insultante tarde a la noche, del hecho perturbante que él consiguiera sus números particulares.

Un resto de sensatez le retuvo la confidencia. Ana estaba embarazada, lo que preocupaba a su hermana. Además, era temprano para definir si Brad practicara apenas una travesura, para enojarla, ó pretendía partir para a la persecución y la venganza.

Sólo le restaba rezar para que Brad no volviera a ser agresivo.

En aquel momento, una cliente entró en la tienda y en minutos todo se transformó en un infierno. La antigua amante de Luc, la encantadora e imprevisible Celine, empezó a atacar a Ana verbalmente, después le dio un empujón, tan rápido que Rebekah

no pudo evitar ni prevenir.

La escena de horror continuó con Celine tirando un jarrón con flores al piso, haciéndolo pedazos. Procedió a un nuevo empujón que lanzó a Ana entre los pedazos de cerámica.

Rebekah gritó alto y corrió a socorrer a su hermana, mientras castigaba a Celine con pesadas ofensas verbales. La intrusa se dio por satisfecha y se fue.

Después de eso, la confusión en la tienda prosiguió. Rebekah llamó a Petrus, el criado fiel de Luc, contactó al propio cuñado al celular y entonces cerró la tienda, manejando velozmente hasta el hospital más próximo, con Ana acostada en el asiento trasero. Allí, impaciente, permaneció en la sala de espera mientras su hermana recibía cuidados profesionales, destinados a definir sus reales condiciones. Mirando en retrospectiva, todo recordaba una pesadilla.

Su hermana está bien –el médico dijo finalmente. – Hicimos un ultrasonido y el bebé se encuentra bien, sin haber sufrido ningún trauma. Voy a transferirla a un cuarto y luego la enfermera vendrá a buscarla para visitar la paciente.

El alivio de Rebekah fue casi palpable y se derramó en oraciones de agradecimiento. Dentro de segundos, reflexionó y avisó Luc de la buena noticia y supo que él ya se encontraba por volar de regreso a Sydney.

La florista se acordó también de llamar a la tienda vecina a la suya, para explicar lo que estaba pasando y pedir a la amiga colgar un aviso en su puerta, informando del cierre temporal en función de una emergencia familiar.

Con las providencias tomadas, Rebekah comenzó a relajarse. Vio una máquina de café en un rincón de la sala y, utilizando algunas monedas, obtuvo un vaso grande de esa bebida revitalizante. El café sirvió para suavizar la hora traumática que acababa de vivir.

Con sorprendente eficiencia, hizo una serie de llamadas por el celular. Arregló la sustitución de Ana, durante el tiempo que quedaría incapacitada para trabajar, y avisó a algunos clientes fieles que sus pedidos se atrasarían. Reprimió las lágrimas en el instante en que, autorizada a entrar al cuarto, vio a su hermana reclinada en la cama, con vendas cubriéndole las manos y el antebrazo.

No te atrevas a llorar –Ana la previno, acompañando la alerta con una sonrisa afectuosa. – Yo estoy bien, y el bebé también.

Pero podrías no estarlo. –Rebekah le dio un abrazo cauteloso, reculó y percibió que sus emociones ya estaban bajo control. Pensar en el ataque enloquecido de Celine apenas la dejaba con rabia.

La tienda… –Ana se preocupó.

Cerrada, con un aviso en la puerta que nuestra vecina Joana colgó. No oses sugerir que yo vuelva y te deje sola en el hospital. Me quedaré hasta que el médico ó la enfermera me saquen a patadas para afuera. Por lo menos hasta que Luc llegue.

Ana suspiró hondo, agradeciendo mentalmente que Rebekah hubiese llamado a su marido.

Tú también precisas descansar –comentó.

No te aflijas. Estoy habituada a estar despierta hasta tarde. –una pequeña trasgresión a la verdad no le haría mal a nadie en aquel momento.

Deliberadamente, Rebekah no tocó el nombre de Celine. Si Ana quería hablar del asunto, todo bien. En lo que le parecía a su hermana, sin embargo, el tema debería ser dejado para otro momento. Sin duda, Luc sabría hacer lo que fuese más apropiado.

Después de una nueva rutina de exámenes y medicamentos, ejercida por un batallón de enfermeras, la cúpula del hospital mandó una bienvenida bandeja con té y biscochos.

Poco más tarde, Ana comenzó a cabecear y Rebekah salió al corredor para usar su celular. Una figura alta y morena se aproximó a ella, y por una fracción de segundo su corazón se disparó. Los dos Dimitríades eran parecidos, no en tanto, era el marido de Ana, no Jace.

Rebekah… –Luc le tomó rápidamente la mano – ¿Cómo está?

Naturalmente, esas palabras constituían una difícil pausa en la urgencia de Luc por ver a su mujer.

Bien –Rebekah aseguró, estrechando los ojos. – ¿Pretende halar con Celine?

La expresión de Luc se volvió dura, casi letal.

Ya me encargué.

Ella evitó preguntar qué medida él había tomado. Cualquiera que fuese, se quedó contenta por no ser la única en sentir rabia de Celine. Luc mantenía la mirada de un depredador, pronto para matar y dejar apenas en los huesos a su víctima.

Ana está durmiendo un poco –le informó. – Voy hasta la tienda y volveré más tarde.

Gracias. –momentáneamente aliviado, Luc giró el cuerpo y entró al cuarto.

Cuando Rebekah llegó a Flores & Buqués, agradeció a su vecina por la ayuda, abrió la puerta y, respirando hondo, se puso a trabajar. Dispuesta a atender a los clientes más exigentes, a los

cuales ofreció la entrega gratis de los pedidos, como compensación por la demora. Los otros, conociendo ó no las circunstancias, podrían esperar.

En medio de la actividad, consiguió tiempo para llamar al hospital. Habló con Ana, con Luc, y supo que su hermana sería dad de alta a la mañana siguiente.

Pasaba de las siete cuando Rebekah notó, con un retorcijón en el estómago, que no había comido nada durante el día. En el pequeño refrigerador de la tienda, descubrió un vaso de yogurt y una manzana, que devoró antes de continuar su trabajo.

Alrededor de las nueve, cerró la tienda y empezó las entregas que, felizmente, eran todas próximas. En consecuencia, a las diez y media Rebekah ya estaba de vuelta en su apartamento, donde dio la ración a Millie y tomó una ducha caliente que la ayudó a combatir el nerviosismo de un día largo y poco común.

Vestida con su bata de seda, sintió hambre y fue a explorar a cocina. Era tarde para una cena, improvisándola allí mismo ó pidiéndola por teléfono. Se contentó con una taza de té, tostadas y queso. Mientras preparaba ese copetín, volvió a la sala y vio que la luz del contestador automático titilaba. Apretó el botón para rebobinar la cinta y, como le gustaba hacer, intentó saber la cantidad de mensajes. Cinco, determinó, en el instante en que la primera comenzó a sonar.

Un amigo sugería que fuesen juntos a un festival de películas de arte, el domingo. LA recepcionista de su médico le recordaba la consulta marcada para su chequeo anual. Luc también llamó, actualizándola sobre el estado de Ana y censurándola por trabajar hasta tarde.

El cuarto recado hizo que su corazón se disparara una vez más.

¿Dos noches consecutivas, querida? ¿Es poco usual para ti no? – siguió un click, pero el quinto mensaje no tardó y era la misma persona. – ¿Ya llevaste a tu novio a la cama?

¡Brad!

Ella apretó las manos entrelazadas hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

Inmóvil, perpleja, fue sacudida por el sonido del teléfono. Solamente la esperanza que fuese Luc la hizo descolgar el teléfono, pero colapsó en la silla al oír la voz de Brad filtrada por el aparato.

Fue bueno que hayas atendido, querida.

Rebekah colgó de inmediato, sacó el teléfono de la base y, por el celular, accedió al servicio de atención las 24 horas de la compañía telefónica. Reportó lo que llamó “cortes continuados” y consiguió el

cambio del número. Anotó los dígitos de la nueva línea privada.

De regreso en la cocina, terminó de preparar su copetín y después prendió la televisión, en busca de algo leve y divertido para ver. A medianoche, cayó en la cama. Más cansada de lo que imaginaba estar se durmió inmediatamente, hasta que el despertador la despertó cuatro horas más tarde.

En gestos mecánicos, retomó la rutina de tomar un baño, vestirse, alimentar el gato y hacer un café fuerte. Los hábitos largamente cultivados prevalecían sobre su ruina interior.

En las calles aún oscuras, encontró un tráfico mínimo y llegó al mercado de flores como una de las primeras clientes del día. Como estaba con la furgoneta, pudo escoger y transportar un stock variado y de alta calidad hasta Double Bay.

Trabajó con rapidez, previendo una pausa a las siete y media para llamar a Luc, obtener noticias de Ana y pasar su nuevo número de teléfono.

¿Por causa de Brad? –Luc adivinó cuando ella llamó, transmitiendo preocupación.

No le cuentes a Ana, ¿está bien? Ya encontraré la manera. Tal vez tenga que cambiar también el celular.

¿Precisas ayuda? ¿Quieres que interfiera en el problema?

No, gracias. Dile a Ana que la adoro y que iré a verla a la casa, después de cerrar la tienda.

Espera. Voy a llevarla del hospital directo a la casa de la playa, por algunos días.

Excelente idea. Entonces, llamo más tarde.

Rebekah, no te hagas la heroína. –la voz de Luc sonó seria. – Si Brad llama de nuevo, quiero que me avises.

Quédate tranquilo. –ella colgó y llamó al hospital, esta vez al propio cuarto de Ana, que atendió personalmente en tono alegre, reconfortante.

Voy a volver a la tienda el martes. –informó.

No te apures.

Oh, Dios, no me hagas sentir enferma ni inútil –Ana reclamó. – Ya basta Luc con su exceso de cuidados.

Del otro lado, Rebekah meneó la cabeza, desaprobando a su hermana.

Ir para a playa es una excelente idea –declaró.

Tengo que ir. Luc consiguió el apoyo de los médicos, que ahora ya se están entrometiendo en nuestra vida personal.

Pero debe ser gracioso –Rebekah rió.

¿Ah, si? Espera a que llegue tu turno.

Por un momento, Rebekah vio un vislumbre de la futura familia de su hermana: Luc y Ana vigilando a sus hijos, dos criaturas pequeñas jugando en la arena, ella sosteniendo una más en brazos, y atrás de la pareja la sombra de un hombre con el semblante ofuscado por el sol del crepúsculo. ¿Jace?

La imagen se fue apagando y desapareció, mientras Rebekah se estremecía.

El reciente embarazo de su hermana despertó en Rebekah el deseo de tener un hijo.

Tonterías, le pareció escuchar la voz ahogada por la realidad. Volvió a su mesa de trabajo y se puso a trabajar en las entregas del día.

La sustituta de Ana llegó a las ocho. Era una morena delgada, graciosa, de unos veinte años. Se llamaba Suzie. Bastó una hora de servicio para Rebekah comprobar la eficiencia de la joven y respirar aliviada.

Juntas, atendieran clientes, prepararon buqués, y Suzie se encargó de llenar sola el cubo cerrado de la furgoneta. Rebekah aprovechó para hacer algunos llamados y se asustó cuando, en una pausa, el teléfono sonó con insistencia.

Desconfiada, demoró en atender. Pero ganó coraje y, en el quinto llamado, empuñó el receptor.

¿Rebekah?

El acento newyorkino era inconfundible y el timbre cariñoso de la voz la sobresaltó una vez más, sólo que era un tipo diferente de aflicción.

¿Jace?

Escucha, volveré a Sydney esta noche. ¿Qué tal una cena e ir al cine conmigo? Me gustaría verte.

Ella apretó los dedos alrededor del receptor.

No es una buena idea. No hoy, por lo menos.

¿Qué no es una buena idea? ¿Cenar ó el cine?

Ambos. –Oh, Dios, ¿qué le impedía decir "si"? cerró los ojos, imaginando que de ese modo perdería a Jace más pronto de lo que pensaba. – Tengo que trabajar –anunció antes de colgar sin demoras.

Ana llamó en medio de la tarde, con la voz caliente y eufórica. Era maravilloso oírla tan feliz. A disgusto, Rebekah envidió a su hermana.

¿Cómo están las cosas en la tienda? ¿Sin problemas? ¿Mi sustituta es competente?

Preguntas demasiado –Rebekah rebatió. – Está todo bien, no hay

problemas.

¿Y tú? ¿Estás bien? —-la pregunta saltaba, pues entre las hermanas parecía haber un sexto sentido.

Claro, claro. Puedo encargarme de todo y de mí misma.

¡Ah! –la intuición de Ana le decía que no era verdad.

Espero, Ana, que le des a tu marido la atención que él merece. –el insólito pedido fue acompañado de una risa aún más extraña.

Eso es fácil, no te preocupes. Llamo de nuevo el domingo. Chau.

Las entregas terminaron, al final. Las dos mujeres pudieron descansar un poco, dentro de la tienda, y Suzie se despidió a las cinco y media, con la promesa de llegar más temprano al día siguiente.

Antes de cerrar, Rebekah debía recoger, de diversas platerías, los jarrones decorados que decoraban la fachada. No se olvidó de regar las plantas restantes y, a la hora de partir, sintió alivio por llegar al final de un día tenso.

En aquel instante, no obstante, el teléfono sonó, encima de la suave música de fondo que había sintonizado en la radio.

Te crees muy inteligente cambiando de número.

La entonación desagradable de Brad la afectó más que las palabras. Respirando hondo, Rebekah consiguió mantener la calma. Rápidamente, planeó decir algunas verdades a su ex-marido y entonces colgar.

Lo que estás haciendo es un asedio, junto con amenazas, y existen medidas legales para impedirte que sigas molestándome. ¿Por qué desafiar a la ley y buscarte problemas?

Se sorprendió con su tono firme y enseguida colgó, sin esperar respuesta. Se apresuró en salir, mientras el teléfono sonaba de nuevo, como esperaba.

No en tanto, la puerta de la tienda se abrió y Rebekah vio, enmarcada entre las helechos, la figura adorable de Jace. Aquel no era un buen momento. Silenciosamente, ella deseó encontrarlo en cualquier lugar, menos allí.

¿No vas a atender? –la voz de Jace llenó el vacío del ambiente y tuvo el poder de reducir los escalofríos que los nervios enviaban a todo su cuerpo.

Brad y Jace, ¿uno de cada lado? ¿Uno en vivo y directo, otro en el teléfono? Era demasiado para la paz mental de Rebekah. Pero ella no tuvo alternativa sino atender.

Pareces agitada, querida. ¿Finalmente estoy consiguiendo perturbarte?

Estás solamente perdiendo tu tiempo. Y usando el mío –ella

agregó antes de colgar de nuevo, con rabia.

¿Problemas? –Jace preguntó delicadamente.

No, el griego jamás entendería como la afectaba. Ni sería deseable que se involucrare en la triste vida de Rebekah. Pero, cuando ella se volvió hacia el visitante, no pudo esconder la tensión en su rostro, la sombra en sus ojos, la presencia creciente de un dolor profundo.

¿Qué haces aquí? –consiguió preguntar.

¿Es así que me recibes? –Jace estaba paralizado en el mismo lugar, sin esbozar un paso. Experimentado, percibía que aquel no era el momento de insinuársele ni de ejercer su papel de seductor.

Ya estaba cerrando y yendo a casa –ella informó.

Él corrió a mirar por el interior de la tienda, viendo que todo se encontraba realmente arreglado para cerrar. Después, se concentró en Rebekah.

¿Puedo hacer algo para ayudar?

Puedes. Irte y dejarme en paz –ella osó decir, constatando que apenas despertaba una sonrisa irónica en Jace.

No considero esa una opción válida.

Una nueva y angustiante llamada del teléfono sonó. Ella la ignoró.

¿Quieres que yo atienda? ¿Es el tal Brad? –vio que Rebekah palidecía, lo que le evitó cualquier confirmación.

Si él oye tu voz, las cosas se pondrán peor –ella lo alertó.

Jace endureció su mirada, asumiendo una expresión implacable.

Eso no me asusta.

Tú no puede saberlo ni quiero que lo descubras. Ese vaticinio, sin embargo, no llegó a los labios de Rebekah.

Toma tu cartera y vamos a salir de aquí –ordenó más que pidió.

Tú eres quien debe salir –ella dijo con calma. ¿Por qué Jace no entendía que ella no tenía condiciones de acompañarlo en nada?

Yo me voy cuando tú salgas –él avisó firmemente.

El sonido insistente del teléfono se volvió el factor preponderante en la decisión de Rebekah. Tomó su cartera, vació la caja registradora y se dirigió a la puerta con las llaves de la furgoneta en la mano. Jace la siguió, callado, y se mantuvo impasible mientras la florista abría el vehículo y tomaba asiento.

Pensé en comer una pizza, en algún lugar de camino –propuso.

Hazlo, pero solo. Tuve un día duro. –Rebekah tenía perfecta conciencia que se estaba evadiendo. – Ayer, fue aún peor. Y mañana tengo dos casamientos en la agenda.

Precisas alimentarte.

Es lo que pretendo hacer, pero sola. –prendió el motor.

En ese caso, ¿me podrías dejar en el hotel? Te queda de paso. Es que entregué el Jaguar.

Sin respuesta directa, ella empuñó el celular y tecleó nerviosamente algunos números. Llamada equivocada. Mientras eso, Jace acompañaba sus cambios de expresión. No tardó en abrir la puerta del lado del pasajero.

¿De qué tienes miedo, Rebekah? Prometo no tocar uno sólo de tus cabellos.

¿Por qué aquella súbita sensación de falta de aire?

Tal vez no sea eso que me preocupa. –se dio de hombros y se rindió, pensando que, al final, precisaba comer y Jace apenas había sugerido una pizza. ¿Por qué no?

¿Sólo una pizza? –quiso certificar

Él balanceó la cabeza afirmativamente y terminó de acomodarse.

Conozco un lugar, en King's Cross –informó Rebekah al meter primera y arrancar.

No era lejos y, a aquella hora, encontrarían mesa sin dificultad. Sólo alrededor de la medianoche aquel punto de Sydney parecía vestirse de vida nueva, con mendigos, prostitutas, guitarras haciendo música en la calle. En la rotondas, había hoteles modestos e insalubres para encuentros rápidos. También se volvió un lugar peligroso, con asaltantes prontos a recostar una daga ó un revólver en las costillas de un turista descuidado.

Gracias a las acciones del gobierno, no obstante, todo eso comenzaba a cambiar. Viejas y graciosas residencias, con terrazas, estaban siendo reformadas y trayendo un nuevo tipo de habitantes, sobre todo familias, el refuerzo de la seguridad pública redujera la criminalidad.

¿Me estás queriendo mostrar otro lado de Sydney?

Esta pizzería es famosa. Ana y yo comimos aquí, algunos días atrás.

¿Luc lo supo?

Imagino que ella le haya contado.

Jace observó con cuidado los alrededores.

¿Por qué después, y no antes?

Tú eres un snob, querido.

No. En Nueva York existen áreas equivalentes a ésta. Andar por allí de noche es un peligro asumido. No me gustaría que mi mujer y mi cuñada corriesen tal riesgo.

Mientras yo pueda correr y gritar... –Rebekah le lanzó una

sonrisa irónica. –Basta que una mujer no se quede parada, para no recibir una propuesta y una consulta sobre el precio del programa.

En verdad, el amplio espacio de calle y de la plaza adjascente estaba desierto. Rebekah indicó a Jace una pequeña puerta, que escondía una cantina amplia y limpia, con mesas cubiertas por toallas impecables y botellas de vino Chianti colgadas de ganchos del techo.

¡Rebekah! ¿Come stà? –un italiano corpulento, con certeza el dueño del lugar, se mostraba encantado por volver a ver a su cliente en el plazo de pocos días – ¿Volviste sólo por la comida ó también para verme?

Ella produjo una risa suelta y alegre, que Jace aún no había escuchado. Parecía que la tensión había quedado en la tienda y que el maduro italiano ayudaba a disiparla.

¡Ángelo! –Rebekah saludó con afecto, a pesar de la mirada aprehensivo de Jace.

Estoy viendo que no es el caso –el dueño reconoció, abriendo los brazos mientras examinaba al acompañante de Rebekah. – Si viniste a pedir mi aprobación, la tienes toda.

Más relajado, el griego consiguió sonreír.

Jace Dimitríades, Ángelo Benedetti –presentó.

Intercambiaron un apretón de manos y Ángelo los condujo a una mesa en la ventana, de donde tendían la vista a la calle. Murmuraba que era amigo de Rebekah y que prepararía para los dos una pizza especial.

Supongo que la mesa en la ventana sea un lugar de honor –Jace comentó después.

Nadie se sienta aquí sin la invitación personal de Ángelo.

¿Qué recomiendas? –el griego tomó el menú.

No te preocupes. Déjalo a la cuenta de Ángelo.

Como por un pase de magia, surgieron delante de Jace y Rebekah platos con maravillosos ajedreas caseros. Poco después, él pudo saborear la aromática pizza que el dueño sirvió en persona, junto con el vino Chianti.

Fantástico –comentó Jace. – Valió la pena venir.

Ella abrió una larga sonrisa, a fin de romper el aire serio del griego.

¿En serio te parece?

Él simplemente remusgó una respuesta, ocupado en disfrutar la buena comida. No en tanto, observando a Rebekah sonreír, le admiró la boca tentadora y se preocupó con sus frágiles emociones. Por un momento, deseó darle una paliza a Brad por el daño que le

había hecho a aquella mujer. Las pocas informaciones que obtuvo de Luc lo habían dejado furioso.

El silencio entre ellos duró hasta que Rebekah puso su plato de lado. Ella parecía determinada en mantener el diálogo, si existiese alguno, en un plano seguro.

¿Cómo fue tu viaje a Melbourne?

Productivo. Tengo algunas reuniones marcadas para el principio de la semana que viene, en Brisbane, después sigo a otras ciudades.

Conversación fútil, Rebekah pensó, pero mejor que el silencio que sólo le alimentaba la tensión interior.

Después de eso, ¿vuelves a Nueva York?

Si.

No había explicación racional para el súbito disgusto que le pesó en el corazón, la sensación de pérdida inminente y definitiva. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué fantaseaba tanto? Jace Dimitríades no tenía lugar para ella en su vida, y la reciprocidad parecía verdadera. Vivían en continentes distintos y la atracción sexual no bastaba para construir una relación.

¿El qué? El simple devaneo sobre una relación íntima con Jace fue suficiente para aumentarle el flujo sanguíneo. Su sistema nervioso, ya sobrecargado, amenazaba con entrar en colapso.

Falló, no en tanto, la tentativa de contener la fantasía. Rebekah imaginó aquel cuerpo masculino sobre el suyo, sin ropa, vibrando de excitación e instintiva necesidad. El roce de la lengua en su vientre, las manos acariciándole los senos...

¿Tendría Jace algún resquicio de la brutalidad de Brad? ¿Buscaría su satisfacción sin pensar en la de ella? ¿Usaría la crueldad para compensar la incompetencia?

Si existía algo que Rebekah no dudaba, era de la habilidad de Jace como amante. La auto confianza que él demostraba debía prevalecer también en el plano sexual. Debía conocer, intuitivamente, todo lo que agradaba a una mujer, para llevarla al paraíso de los sentidos saciados.

¿Cómo, sin embargo, explicar el deseo secreto que llevaba a Rebekah a ansiar por tal descubrimiento? Entregarse incondicionalmente a la seducción de Jace, exultar con el placer que él era capaz de darle, compartir un clímax entre gemidos, seguidos de un infinito estopor anidada en el pecho de él...

¿La pizza está buena?

La voz de Ángelo se entrometió para traerla, toda trémula, a la realidad. Pero Rebekah sólo precisó de un segundo para domar sus pensamientos y esbozar una sonrisa aprobadora.

Excelente, como siempre –ella afirmó, mirando a Jace y no a su amigo.

¿Puedo traer café ó té? –el italiano indagó.

Té –Rebekah decidió, previendo un largo y profundo sueño.

Dos –Jace enmendó, sacando la billetera del bolsillo.

Esta vez pago yo –dijo ella antes de volverse a Ángelo. – No aceptes el dinero ni la tarjeta de crédito de él.

Rechazaré cualquiera –Ángelo inclinó la cabeza. – Hoy es por cuenta de la casa, amiga. Para que vuelvas siempre. –se dirigió a Jace: – Cuida bien de ella, por favor.

Quédate tranquilo –el griego confirmó en tono suave.

El té tipo Ceilán llegó enseguida y completó con clase la apreciable comida. Sobre la taza, las manos en concha de Jace llamaron la atención de Rebekah. Le gustaba la forma, de la fuerza, de la textura marcada por los pocos pelos. Sintió un escalofrío al acordarse de aquellas manos soltando sus cabellos, capturando su nuca, trayendo sus labios al encuentro de los de él. Pura magia. Jace poseía el roce capaz de derretir a cualquier mujer.

No ella, determinó Rebekah con discreta convicción.

Puedo dejarte en tu hotel –ella ofreció en el momento de la salida, después de una calurosa despedida de Ángelo.

Aún estaba claro, pero el cielo adquiría de a poco una pátina de niebla seca. Faltaba poco para que las luces de los postes se encendieran automáticamente, y entonces King's Cross retomaría sus patones normales.

Cruzaron la calle y Rebekah colocó la furgoneta en movimiento, entrando en el tráfico intenso de la hora pico.

¿Cómo te vas a encargar de la tienda hasta que Ana vuelva? – Jace quiso saber, apreciando el desempeño de Rebekah al volante.

Ya conseguí una sustituta, por algunos días. –ella paró en un semáforo. – Es competente y estoy pensando en proponerle trabajo a media jornada. Pero aún preciso discutir eso con Ana.

¿Y en cuánto a Brad? –él la pinchó, dispuesto a descubrir lo que pudiese.

Bajo control –ella aseguró.

¿Estás segura?

Rebekah miró a Jace mientras la luz cambiaba.

Ya estoy en contacto con las autoridades, a través de mi abogado.

No era mucho, según el griego. Para él, había una maldad intrínseca en Brad Somerville, debajo de su aparente sofisticación. Obviamente bien disfrazada, para no le obstaculizaba el contacto

con mujeres ingenuas.

Cerca de Double Bay, Rebekah tomó la calle lateral del hotel, desviándose de los autos en exceso en la pista. Fue con alivio que llegó a la entrada del Ritz-Carlton, pero no entendió porqué Jace sacaba la billetera y buscaba algo en ella antes de saltar.

Mi número de celular. –le pasó una tarjeta. –Accesible en todo el país. Llámame si me precisas.

Jace ya estaba con la mano en la palanca cuando se volvió hacia Rebekah, aproximó la boca, humedeció los labios con la lengua y le dio un beso ardiente y sensual.

¿Cuánto tiempo duró? Rebekah no sabría decirlo. Pero, por más que durase, ella quería una prórroga. Jace rompió el contacto, salió del vehículo y saludó a un chofer, antes de desaparecer en el zaguán del hotel.

CAPÍTULO V

Rebekah accionó las trabas existentes en la puerta de su apartamento y prendió la alarma sonora que había instalado desde el reencuentro con Brad. En la cocina, alimentó a la gata Millie y le hizo un cariño.

Se sentía aún bajo el efecto de la excitación causada por Jace, pero cambió de humor al verificar el contestador automático, gracias a Dios, la pequeña luz continuaba apagada. Rebekah respiró hondo, aliviada. Había cambiado de número y, técnicamente, sería muy difícil Brad llamar. Difícil, pero no imposible.

Ella levantó los brazos al aire, alongando los músculos doloridos de su cuerpo, y pensó en un baño de inmersión, como mínimo de media hora, mientras leía una revista.

Funcionó como un bálsamo para el día agitado que tuvo. Cuando alcanzó la cama y apagó la portátil, se sintió anticipadamente bendecida con un sueño reparador. En la oscuridad, no obstante, la imagen de Jace poblaba los desvaríos de su mente.

Se durmió con el vívido recuerdo del último beso. Exhausta, sólo despertó con la llamada del despertador, a la mañana siguiente.

Era sábado, el día más movido de la semana en la tienda. Suzie había sido un verdadero hallazgo, pues trabajó intensamente en la separación, arreglo y remesa de flores para dos casamientos. En este caso, estaba autorizada a llamar un servicio de entregas rápidas.

No hubo tiempo para intervalos ni para que Rebekah pensara, a no ser en la eficiencia de su ayudante.

Ana pasó por la tienda alrededor del mediodía y Rebekah quedó encantada con la felicidad que emanaba de su hermana. Tal vez aquella fuese la oportunidad que esperaba para hablarle de sus planes sobre Suzie. Ana apresuró la decisión diciendo que concordaba con la idea de contratarla.

Deberá venir de mañana, los viernes y sábados todo el día –sugirió, pasando a discutir el valor del salario.

Suzie aceptó la propuesta con entusiasmo. Para Rebekah, fue un instante de satisfacción. Ana le transmitía seguridad en los negocios y su regreso definitivo garantizaba que a Flores & Buqués tendría una larga vida, continuando su operar con eficiencia.

Para un gol hecho, otro sufrido. La imagen preocupante de Brad planeaba como un fantasma en la vida de Rebekah. Ella rezó para que él la dejase en paz.

Estaba Jace Dimitríades, claro. Pero ella no tenía la menor idea

de lo que podría pasar entre ambos. Lo cierto, si aún contase con un mínimo de sentido de auto preservación, sería no volver a salir con él y sacarlo de su mente.

Remotas esperanzas, sin embargo. Él ya estaba firmemente enclavado en los más recónditos rincones de su ser. Había despertado algo en materia de deseo y pasión, que Rebekah se creía impedida de sentir. Así, en vez de imaginarse sola, ella fantaseó sobre la posibilidad de vivir con Jace.

Podría, por lo menos, dar un paso coherente con el delirio sensual que asaltaba, aunque eso la llevase a la destrucción.

La voz de su hermana la trajo de vuelta al presente.

Bueno, estoy volviendo a la playa. Te veo el martes –Ana se despidió con un leve abrazo y le sonrió a Suzie.

Aprovecha –deseó Rebekah, y miró significativamente el computador de la tienda.

Más tarde, ella resolvió grabar los datos en un disquete y llevarlos a casa. Tal vez trabajara el domingo, usando su laptop. La lista de cuentas estaba atrasada.

Tres clientes de última hora entraron, demandando atención. Rebekah se quedó con uno y Suzie, más rápida, con dos. Con los pedidos arregladas y pagadas, ella descendió la puerta de la tienda. Se preparaba para trancarla cuando Jace apareció.

La simple visión de él puso su pulso a un ritmo acelerado, mientras un calor increíble se difundía por su cuerpo. Tuvo que controlar su respiración para no sufocarse.

Ya estamos cerrando –consiguió decir después de dominar la emoción – ¿Viniste a busca alguna flor?

Si, a ti –la sonrisa de él le sacó el equilibrio. – Cena conmigo.

Imposible de mantener el autocontrol. La manera como Jace pronunció “a ti” lanzó su imaginación a un desfile de imágenes lascivas, entre sábanas y cuerpos desnudos, el de él y el de ella, ejercitando las agonías ó los placeres de la más absoluta pasión.

¿Qué había de malo en eso? ¿Ó en ella? El silencioso castigo que Rebekah se infligía la agotaba. Se había refugiado mucho tiempo en desesperantes rechazos. ¿Y con eso? ¿Qué ganó? Porque aquel hombre en particular la excitaba.

No respondas, se exigió a si misma.

Una buena arma para utilizar sería el humor. Ella levantó una de las manos, la pasó por su mentón y después se rascó la cabeza.

Ah, estás solo en la ciudad, un sábado a la noche, y entonces te acordaste de mí – ¿qué estaba diciendo, por todos los santos? Felizmente, un hombre del calibre de Jace no se dejaba avergonzar

por poca cosa. – ¿Y si hubiera hecho otros planes?

¿Los hiciste?

No. –Rebekah apreció su propia honestidad.

Excelente.

No cuentas con ventaja. Aún no dije "si".

Pero lo dirás.

Era increíble la seguridad de Jace en el arte de la conquista. Y la verdadera cuestión, entre tantas otras, tan tontas, era sólo esta: ¿qué tenía Rebekah que perder?

¿Podemos negociar una ida al cine? –él preguntó.

Hecho.

Vencedor, Jace sonrió y meneó la cabeza.

¿Manejas tú ó yo?

Ella consideró la propuesta como una gentileza, después que él se aprovechara de las muchas veces que ella lo alcanzó al hotel. Consultó el reloj.

No te preocupes. Conozco la ciudad mejor que tú. Paso por tu hotel a las siete.

Jace se adelantó para ayudarla a bajar y cerrar la puerta de hierro Fue dispensado.

Déjalo. Creo que ya he hecho eso unas mil veces.

¿Qué tal si lo hacemos juntos?

Así fue y, sin ponerle ningún doble sentido a la frase Rebekah entró en la furgoneta y partió. Jace quedó atrás, llamando un taxi. Ninguno de los dos notó al hombre sentado dentro de un auto, a treinta metros de allí. Y si lo hubiesen notado, precisarían mirar atentamente para determinar su identidad. Un gorro enterrado en la cabeza y lentes de sol de patillas largas propiciaban un buen disfraz a Brad Somerville.

Rebekah comenzó a arreglarse para salir. Después de la ducha caliente, escogió pantalones y una casaca negra, sobre una blusa roja, dentro de lo que constituía su patrón para compromisos sociales. No se olvidó de los tacos altos y, después de darse un maquillaje discreto, descendió al garaje del edificio.

Su MG se encontraba en el lugar usual. Rebekah prendió el motor y lo colocó en medio del tránsito. Manejó algunas cuadras hasta el hotel de Jace.

Él emergió del hall ni bien ella estacionó en la entrada. En menos de un minuto, estaba de vuelta en el tráfico pesado.

¿Para dónde?

Darling Harbour.

Si, señor.

Según Jace, Rebekah no tenía idea de como su bonito rostro estaba iluminado. Ni de como la vaga sombra en sus ojos desaparecía cuando ella sonreía.

No seas inconveniente –él pidió.

Calma, sólo quiero hacer bien mi papel de tu chofer.

En la noche fresca y agradable, ellos comieron frutos de mar en un fino restaurante con vista al puerto de Darling. Tomaron vino blanco helado y, sin pérdida de tiempo, partieron al cine que exhibía una película premiada.

¡Excelente! –Rebekah elogió en el final de la película.

Ambos se habían comportado como hermanos durante el espectáculo. Ni siquiera se tomaron de las manos. Eso no menguó la alegría de Rebekah por su primera noche de real placer en muchos meses. Buena comida, ambiente elegante, excelente película y excelente compañía, listó mentalmente, satisfecha por haber aceptado la invitación de Jace.

Desde el divorcio, Rebekah mantenía su vida privada dentro de límites severos. El comportamiento agresivo de Brad había herido su autoestima y golpeado la confianza en los hombres. Preservarse era su palabra básica.

Ella se divirtió con la dificultad con que Jace acomodaba sus piernas dentro del MG. No era un auto hecho para hombres altos y fuertes. La eventual incomodidad, sin embargo era compensada por la proximidad que el reducido espacio proporcionaba. Se volvía difícil para Rebekah no tocar el cuerpo de Jace cada vez que metía un cambio. Eso le dio una creciente conciencia de las cualidades viriles de su acompañante. Por encima de todo estaba la intensa química sexual que los unía, en una amenaza no sólo a su libido sino a su paz mental.

¿Te gustaría parar a tomar un café?

Rebekah sopesó el ofrecimiento. Continuaba confundida, indecisa entre prolongar el encuentro con Jace y evitar cualquier acto de locura.

Ya es tarde y...

Sólo un café –Jace insistió, conciente de la tensión de su compañera. – Hay algunos lugares excelentes cerca del Ritz-Carlton. Escogemos uno y, después, puedo caminar de regreso al hotel.

Parecía razonable. Jace no avanzaba rápidamente, no proponía lazos, sólo una pausa para un café, como broche de oro a una noche apetecible.

En verdad, los bares alrededor del Double Bay poseían una clientela ecléctica, desde gente de la elite social hasta estudiantes y

punks. Eran vitrinas donde las personas se iban a exhibir, ver y ser vistas.

Fue difícil encontrar un lugar para estacionar, pero Rebekah apreció el café fuerte y aromático, mientras discutía con Jace los méritos de la película que acaban de ver. Fue una conversación generosa e inteligente.

¿Es verdad que tienes libre mañana? –preguntó él.

Si –Rebekah respondió, desviando su mirada del rostro de él.

Marqué un crucero por la bahía de Sydney. Toma seis horas y sale a las diez.

Aquel tipo de excursión era popular entre los turistas y los barcos siempre estaban llenos. El almuerzo era servido a bordo, así como la merienda.

Ven conmigo –le dice en un tono casi suplicante. – Verás grutas y maravillas que nunca imaginaste existen, tan cerca de la ciudad. Es un paseo muy relajante. Dentro del barco, el guía transmite por el alto-parlante información. Instructivas.

Jace... –ella hizo una pausa, buscando las palabras. – No puedo continuar viéndote.

¡Oh, dios! ¿Por qué?, Rebekah se preguntó mentalmente.

¿Por qué? –Jace se hizo eco de modo concreto.

Era avallasante para Rebekah pensar que su ex-marido podría causarle algún mal y, por extensión, alcanzar a Jace también.

De verdad me gusta tu compañía –él explicó. – Si esto te tranquiliza, no quiero tener sexo contigo.

Peor el remedio. ¿Con qué finalidad Jace afirmaba aquello, optando por la abstinencia? ¿Estaba siendo débil ó solo la provocaba en sus titubeos?

Si solo quisiera sexo –él agregó, – usaría el teléfono para llamar a alguien.

Rebekah no desconocía los anuncios picantes en diarios y revistas, e incluso la lista de clasificados. Probablemente, en el propio hotel, frecuentado por ejecutivos, habría algún funcionario con acceso a acompañantes bonitas.

¿Entonces? –Jace pidió una respuesta.

Bueno... —-ella aspiró aire y lo soltó lentamente. – Generalmente, los domingos me encargo de la casa, hago gimnasia y uso el tiempo restante para descansar. –era una disculpa precaria, y ambos lo sabían. Rebekah levantó las manos en el aire, en rendición, y finalmente concordó: – Es verdad.... Pero voy.

La sonrisa brillante, combinada con una mirada sombría, intrigó al griego. Él hizo un leve e indefinible movimiento con los labios.

Se permitió ironizar.
Nunca vi una aceptación tan entusiasta. De cualquier modo, gracias. Te acompaño hasta el auto.
Jace dejó dinero suficiente en la mesa y siguió a Rebekah fuera del bar, notando que ella duplicaba sus pasos. ¿De qué huía?
Buenas noches y hasta mañana –ella dijo con cierta frialdad. –Gracias por la noche tan agradable. ¿Alguien te dijo antes que eres imposible?
Raramente, y no en mi cara.
Había personas sentadas del lado de afuera, en mesitas en la calle, que siguieron a la pareja con una mirada curiosa. Incómoda, Rebekah se apresuró aún más en abrir el auto. Jace se inclinó en la ventana.
Ven a desayunar conmigo en el hotel. A las ocho. Después, vamos al puerto.
No. –ella no quiso ceder a los planes del griego. – Desayuno en casa y te encuentro en el hall, alrededor de las nueve.
Golpeó la puerta del vehículo y encendió el motor, saliendo deprisa de allí. Resistió la tentación de mirar por el retrovisor y ver si Jace la observaba.

Rebekah durmió sorprendentemente buen y se despertó con una sensación de frescura. Podría ser un día muy agradable en la compañía de Jace, pensó al acordarse del compromiso. Tomó café y escogió para vestir un jean y una camiseta, con cuidado de llevar una casaca fina de nylon. No se preocupó mucho del maquillaje ni de su cabello, los peinó perezosamente y lo recogió detrás de la cabeza con un broche.
Poco después de las nueve, Rebekah entró en el hall del hotel. Jace aguardaba por ella, vestido de igual manera de modo informal, con jeans, camisa polo y una chaqueta de cuero. Formaba, como siempre, una visión guapísima.
Él se adelantó para recibirla y Rebekah admiró como la ropa del griego moldeaba bien sus piernas, caderas y el tronco musculoso a partir de los hombros largos. Ella tragó en seco al saludarlo, pero lo mejor que podría hacer era concentrar su atención en el paseo de barco.
¿Dormiste bien? –Jace quiso saber.
¿Tenía que responder? ¿Admitiría que su imagen le ocupó la mente por buena parte de la noche, antes de dormir?
Si, gracias. ¿Y tú?
También.

Un mero intercambio de gentilezas, entre sonrisas convencionales, pero sobre la conversación flotaba la alerta de Jace sobre a no desearla sexualmente. Si la situación fuese normal, tal declaración podría ser un alivio, pero Rebekah no podía dejar de sentirse un tanto decepcionada, sino rechazada. Nuevamente vaticinó que la excursión por la bahía le cambiaría el humor para mejor.

Adoptó la estrategia de no mirarlo mucho, camino al puerto. Jace parecía seguro de lo que quería. ¿Por qué él se involucraría en un romance, aunque pasajero, si los negocios lo ocupaban y encima podía pagar por sexo?

Valorando bien, no tenía sentido. A no ser que... Rebekah alejó ese pensamiento, que Jace no la considerase suficientemente seductora. Tal vez no se sintiese de hecho atraído, apenas intrigado. Tal vez las fantasías sobre la química sexual entre los dos existieran solamente del lado de ella.

Mejor para de sufrir con eso, pensó Rebekah. Jace era el primo de Luc, su cuñado, y estaba en Sydney por negocios. Buscaba solamente compañía y, en cuanto a los besos, estaba siendo simplemente impulsivo.

Bueno, esa parecía ser una tontería más de Rebekah. Era imposible que Jace no sintiese nada cuando la tocaba y la acariciaba, que no percibiese como la afectaba al buscarla con su boca. Ella había correspondido a su excitación, y no hizo nada para esconder esa reacción, aunque mantuviese cierto recato.

Tal vez fuese ese el problema. ¿Miedo al rechazo? ¿Falta de osadía para ocupar un lugar que recelaba reivindicar como suyo?

Rebekah ya había probado el infierno con Brad. Tal vez por eso temiese el paraíso mostrado por Jace. ¿Y si él la engañase con una doble personalidad, tal como el médico y el monstruo?

Por lo menos tenía que aprovechar el día, ella se recriminó al pisar el muelle y entrar, del brazo de Jace, en el gran barco de turismo equipado para transportar cincuenta pasajeros, más la tripulación.

Hacía un calor prematuro de verano y el cielo no podría estar más azul, sin nubes. La brisa natural aumentó de intensidad cuando el barco se movió.

Lo primero que Rebekah admiró, con sorpresa, fueron las casas de lujo construidas sobre colinas rocosas, bordeadas por grutas y brazos de mar. El guía anunció por el micrófono los nombres de los residentes, ricos y famosos. Además, la bahía de Sydney estaba llena de yates, algunos grandes y sofisticados, otros menores y modestos.

Parada en cubierta contra el pasamanos, en vez de sentarse a la mesa que le era destinada, Rebekah sintió todo el tiempo la fuerte presencia de Jace a su lado. Él estaba al alcance de su mano y, cuando la tocó en el brazo, su cuerpo entero reaccionó con indomable expectativa.

A medida que el barco avanzó por la ensenada, cruzaron con un enorme petrolero y vieron la sólida pero gastada balsa usada para llevar autos de pasajeros al lado norte. Finalmente, pudieron tener la mejor vista posible del gran puente colgante de Sydney y de la graciosa arquitectura del Opera House.

Era una ciudad bonita, sin duda, con una de las más bellas bahías del mundo. Envuelta en un sentimiento de patriotismo, Rebekah sintió orgullo de ser australiana.

El sol se movía al oeste y bañaba de luz el perfil de la metrópolis, con sus torres de concreto, acero y vidrio. Todo parecía glorioso y Jace no soportó permanecer en silencio.

Bellísima vista –comentó con la voz ronca, y Rebekah dejó escapar una sonrisa de agradecimiento.

Sólo que, en vez de admirar el paisaje, Jace estaba mirándolo a ella. ¡Que locura! Ayudado por el balance suave de la embarcación el mundo le pareció sin sentido. Le costó esfuerzo mantenerse firme y de pie. En el primer momento, le echó la culpa al barco, después vio que este surcaba tranquilamente las aguas.

Rebekah se volvió al otro lado, se apoyó en las enormes tachuelas y se concentró en el pequeño navío que parecía parado allí cerca, de tan lentamente que se movía.

La mayoría de los pasajeros ya se instalara en las mesas, Jace tomó las manos de Rebekah sobre el pasamanos y la hizo alejarse un poco, dando lugar a otros turistas curiosos.

Fue un contacto rápido, sin ninguna fricción de los cuerpos, pero Rebekah estaba conciente de como sería fácil inclinarse para atrás y recostarse en Jace. La reacción natural, que esperaba, sería que él la abrazara por detrás y recostara sus labios en sus cabellos.

Por un momento, la escena imaginaria la excitó, con una mezcla de lujuria y pánico. Sintió incomodidad al respirar y, una vez más, no supo qué hacer ó decir.

El resto del paseo transcurrió normalmente, sin novedades, a las cuatro el barco atracó. Llevando a Rebekah de la mano, Jace la ayudó a desembarcar. Un nuevo roce, un nuevo sobresalto. Sus nervios la traicionaban, entrando en un flujo de expectativa cada vez que el griego se aproximaba.

Estamos cerca del acuario y me gustaría conocerlo antes de

partir de Sydney. Tenemos tiempo para una breve visita, hasta el horario de cierre.

¿Tenemos? Creo que preferiría...

¿Sientes aversión a las criaturas del mar? –él interrumpió.

No, creo que no.

¿Acaso fuiste al acuario la semana pasada y encuentras aburrido volver?

No.

¡Maldición! Además de desafiarla, él la manipulaba con increíble competencia. Sólo eso le faltaba. Ver peces, cuando ansiaba estar a solas con Jace en un cuarto. De él ó de ella, no importaba.

Eres mi guía predilecta en Australia. ¿Vamos?

Rebekah esbozó una sonrisa indulgente. Como anfitriona, debía ser gentil con los visitantes de su país. Así, acompañó a Jace y, al examinar los ingresos, verificó que tenían una hora hasta el cierre del acuario.

Tendremos que andar deprisa –lo previno.

Evitaron parar delante de las vitrinas, mirando a los dos lados mientras recorrían el largo corredor. Algunas especies raras y exóticas pudieron ser vistas, incluyendo crueles depredadores. El área interna exhalaba un aroma salado, por eso Rebekah respiró hondo cuando salió al aire libre y buscó el lugar donde dejara el auto estacionado.

Eres una excelente anfitriona –Jace elogió – aunque a veces un poco apresurada.

¿Quieres volver al hotel? –ella ignoró el comentario, ya un poco cansada.

Me gustaría explorar las Rocas –declaró Jace, notando que los ojos de su acompañante se estrechaban.

Las Rocas formaban parte de la Ciudad Vieja, bordeando el puerto y constituían en verdad un centro comercial, repleto de tiendas, bares y restaurantes.

No estás jugando conmigo, ¿ó si? –Rebekah dudó.

Claro que no. Podemos comer algo que no sea pesado, tomar café, y así completaremos el día entero juntos.

¿Piensas quedarte allá hasta la noche? –ella se refugió en su sentido común para protestar. – Tengo trabajo esperándome en casa.

¿Quieres ayuda?

Podía ser una tomada de pelo, como también un intento más directo de aproximación por parte de Jace. ¿Ya no había pensado en llevarlo a su casa? ¿En arrastrarlo hasta el cuarto?

No consigo imaginarte manejando una aspiradora ó lavando ropa.

Hice las dos cosas mientras estudiaba.

Rebekah se exigió cautela si misma. Lugares públicos eran infinitamente más seguros que cuatro paredes. Por eso, concordó en ir a las Rochas y calculó que podría volver dentro de dos horas.

El paseo duró más. Jace aparentaba total despreocupación con el horario y se demoró en la observación del lugar. Por fin, escogió un restaurante, famoso por su comida, y la pareja disfrutó también el ambiente, la música de fondo, y el café del final.

Una intimidad latente parecía crecer entre ambos, pronta para manifestarse. Rebekah se mostró ansiosa por alguna iniciativa por parte de Jace. No había porque forrar aquella relación con una fachada solemne. Lo que allí había era una primitiva sexualidad, mezclada con un instinto poderoso y fundamental: una combinación peligrosa, más de lo que una mujer herida como ella podía soportar.

Traída de regreso a la fuerza de sus sentidos, Rebekah tenía miedo de explorarla, ceder al deseo y salir lastimada. La seguridad que deseaba, no obstante, significaba alejarse de Jace, no verlo más. Existían buenos motivos para preservarse, pensó en su favor.

¿Vamos? –la voz de Jace cortó sus pensamientos.

Si, preciso comenzar muy temprano, mañana.

Él se encargó de la cuenta y la escoltó hasta el auto. Rebekah sintió el roce de Jace en su puño y sintió cierta sorpresa cuando la mano se deslizó para capturar la suya. Por un segundo, ella se paralizó, movida por su instinto de defensa. Enseguida, entrelazó los dedos con los del griego. Se sintió bien, como si crease un lazo caliente e íntimo con Jace. El deseo le pedía que se liberara, abrazarlo igualmente por la cintura, recostar su cuerpo al de él, captando toda la fuerza y el calor que le ofrecía. Por encima de todo, ansiaba ser estrechada en los brazos de Jace y besada lentamente, en un acto de devastadora sensualidad.

A pesar de eso, Rebekah aún estaba renuente en darle a Jace una señal positiva de que estaba lista para él. El pulgar del griego le acarició la muñeca y provocó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

¿Por qué no? Ella se murmuró a si misma, de forma inaudible. Ya no conseguía disfrazar la respuesta de su cuerpo a la presencia de Jace. La intrigante sensación creció cuando él levantó la mano a la altura de los labios y, más que besar, lamió entre sus dedos. Ella nunca había recibido ese tipo de caricia, y reverberó por toda su estructura, de la cabeza a los pies.

Rebekah definió lo que sentía como una especie de locura, alimentada por el deseo carnal y estimulada por una vívida imaginación. Incapaz de hablar, ella rompió el contacto al entrar en el auto y ponerse tras el volante.

¿Alivio ó fuga?

Maravilla, descubrió ella cuando, dentro del auto, Jace se inclinó, sosteniéndole el rostro y le dio un beso que convulsionó su vulnerable estructura emocional.

¿Segundos ó minutos? No tuvo idea de cuanto tiempo duró el beso ni se abstuvo de retribuirlo, cuando él hizo mención de recular. Todo lo que sabía era que, al terminar, se sentía enteramente perdida.

Él sonrió de un modo caluroso y salió del auto, decidido a caminar hasta su hotel como había anunciado. Magnetizada, Rebekah demoró en colocar el MG en movimiento.

En el apartamento, sudada de ansiedad, ni bien entró corrió a la heladera buscando una bebida helada. Vino a tomarlo a la sala y entonces notó la luz titilante del contestador automático, indicando un mensaje.

¿Sería Ana? Improbable, pues su hermana siempre había preferido llamar directamente al celular. Imaginó un nuevo enfrentamiento con Brad y decidió encarar esa adversidad, en caso contrario no dormiría en paz.

¿Cómo fue el día con tu amante? –la voz de su ex-marido sonó ronca y desagradable. – No te preocupe en cambiar tu número de nuevo. Siempre lo descubriré.

Un click terminó la llamada. Quieta, Rebekah pegada al piso, hasta que localizó el número que fuera aconsejada a llamar, día ó noche, y pasó una nueva queja contra Brad.

No fue suficiente para apaciguarla. Un sentimiento de rabia y frustración la dominaba. Ella se dio una ducha y después fue a la cama, sólo para quedarse contemplando el techo por tiempo indeterminado. Parecían haber transcurrido horas antes de sucumbir al cansancio y dormir.

Como temía, las pesadillas invadieron su subconsciente y, cuando Rebekah despertó con el sonido del despertador, fue como si no hubiese dormido nada.

## CAPÍTULO VI

Rebekah, ¡pagarás por eso!

El tono sibilante de la voz de Brad Somerville sonó más amenazador que el timbre grave que él adoptara en las llamadas anteriores.

Por causa de la pesadilla, Rebekah acabó por llegar atrasada a la florería. Inconforme, percibió que tendría que enfrentar el malestar el resto del día.

Había dos clientes dentro de la tienda. Suzie atendía a uno de ellos, mientras el otro examinaba un magnífico arreglo de gladiolos. Rebekah intentó racionalizar el problema con Brad, murmurando para si misma que él estaba violando la ley. Pura pérdida de tiempo.

La alarma de la puerta sonó y Rebekah, con alivio, vio que entraba Jace. De traje completo y corbata, indicando que estaba yendo ó viniendo de una reunión de negocios. Indicó con un gesto de su mano que Rebekah podía atender al cliente y se quedó jugando con la textura de algunas flores expuestas.

Rápidamente, Rebekah completó la atención y fue al lado de Jace. Su apariencia pálida y las ojeras preocuparon al griego. Por experiencia, dedujo que ella había dormido mal y también debía tener un cruel dolor de cabeza.

Con confianza, Jace extendió la mano para acariciar los cabellos de Rebekah.

¿Qué tal compartir una pizza en Ángelo, más tarde?

Los ojos de ella se dilataron. Todo lo que quería era llegar a casa, relajarse en la bañera, comer una ensalada y ver la televisión hasta sentir sueño.

Pretendía dormir temprano –comunicó.

Está bien. Todavía preciso de una hora de trabajo en el computador portátil y me embarco de mañana para Brisbane.

Cierto. –ella intuyó que debía rechazar la invitación, pero no lo hizo. – Entonces nos encontramos después.

¡Guau! –exclamó Suzie con genuina admiración, después de la retirada de Jace. – ¿Quién es el galán?

Rebekah explicó su conexión con el griego y la funcionaria estrechó los ojos.

¿El marido de tu hermana también es tan atractivo?

Si –ella confirmó solemne.

¿Y existen más hombres así en la familia?

Algunos.

Bueno, yo sabía que me iba a gustar trabajar aquí –dijo Suzie, riendo.

Jace reapareció en el horario de cierre de la tienda. Ya se había cambiado el trajo por ropa informal, jeans, tenis y camisa polo.

¿Todo pronto?

Por suerte, encontraron un lugar para el auto cerca de la pizzería de Ángelo. Decidieron pedir para llevar, en vez de comer allí. Así, podrían conversar al lado de un crepitante fuego en la estufa a leña.

¿Un día difícil? –Jace preguntó, sosteniendo con naturalidad la mano de Rebekah.

Un poco. Ana insistió en pasar algunas horas en la tienda, contra mi voluntad y la de Luc. Felizmente, ella admitió que Suzie podía hacerse cargo y se fue. ¿Y como fue tu día?

Soportable. –él no confesó que pasara más tiempo esperando la hora de encontrarse con Rebekah que trabajando.

El funcionario avisó a Ángelo que el pedido estaba pronto y la pizza fue convenientemente embalada. El italiano no cesaba de mirar y sonreír a la pareja, tal vez presuponiendo una intimidad que no existía.

¿Dónde vamos a comer? –indagó Rebekah, ya dentro del auto.

¿Tu apartamento? –él sugirió.

Era su territorio, que ni siquiera l a familia visitaba con frecuencia. Para reunirse con amigos, Rebekah prefería marcar encuentros en un restaurante, cine ó shopping.

Perdón, pero prefiero otro lugar.

¿Mi hotel?

Un quiosco en la playa sería mejor, pero entonces la pizza ya estaría fría.

Está bien. Vamos a mi apartamento. –ella lo encaró directamente. – Sólo quiero recordar que pretendo dormir temprano, a las nueve.

Pedido recibido y registrado –él bromeó.

Minutos más tarde, Rebekah usó diversas llaves para abrir las trabas de la puerta, bajo la mirada asombrada de Jace. Cuando entró, la gata fue al encuentro de su dueña. Poco acostumbrado al contacto humano, el felino observó al visitante con curiosidad y desconfianza.

La cocina queda a la derecha –le informó, mientras posaba la vista en el aviso luminoso del contestador automático. Su estómago dolió.

¿No vas a atender? –Jace preguntó, sosteniendo la caja de cartón

con la pizza.

Quien quiera que sea, puede esperar. –Rebekah sabía que se trataba de una llamada más de Brad y optó por oírla más tarde, sola.

Comieron en la cocina y, por suerte, Rebekah tenía una botella de vino tinto Lambrusco guardada hacía mucho tiempo. Los gestos del griego, al abrir y servir la bebida, mostraban gran familiaridad. Pero nada sustituía la tensión eléctrica que llenaba el ambiente, estimulada por el hecho de estar a solas.

¿Cuánto tiempo te vas a estar fuera? –ella no pudo pensar en más nada para conversar.

Cuatro días. También voy a Cairns y Douglas Harbour. Estaré de vuelta viernes de noche.

¿Inmuebles?

Almacenes y proyectos para shopping –él enmendó entre dos bocados de pizza. – El secreto es comprar el emprendimiento y entonces vender con un buen lucro.

Por el perfil de Jace, Rebekah no dudaba que él fuese un excelente negociante, frente a un grupo de inversores. Lideraba una especie de consorcio financiero, con ramificaciones en todo el mundo, lo que exigía su presencia personal de cuando en cuando.

Ella no sabía, no obstante, que la filial de Sydney estaba sufriendo cambios tanto como su equipo, y Jace quería tener el ojo bien abierto, estudiando personalmente las propuestas de negocios. Otro motivo para su temporada allí era definir si su atracción por la hermana de Ana continuaba fuerte como un año atrás.

A aquella altura, la respuesta se volvía fácil. Y la solución...

En la vida de Jace, las mujeres habían mantenido el mismo perfil: seductoras, prácticas y afectivamente controladas. Sus relaciones habían seguido un patrón claro, con límites hablados y reconocidos. Cierta dosis de cariño formaba la base de esos romances, pero amor eterno nunca era mencionado.

Hasta el casamiento de Luc y Ana, él estaba satisfecho con la situación. Entre las mujeres que había tratado, algunas lo hicieron pensar en matrimonio. Pero, bajo una visión más rigorosa, ninguna servía para ser la madre de sus hijos.

El año anterior, hundido en trabajo, Jace había salido poco, manteniendo aventuras con dos ó tres mujeres, a base de sexo selectivo. Eso le satisfacía la libido, pero la parte afectiva estaba realmente en el debe.

¿Café? –Rebekah ofreció, levantándose para prender la cafetera.

Gracias –él despertó de sus devaneos después de un último

bocado de pizza. – Puro, con una cucharada de azúcar.

En el armario de la cocina, ella tomó comprimidos contra el dolor de cabeza, que se había intensificado. Tragó dos de ellos, con agua, bajo la mirada crítica de Jace.

¿Dolor de cabeza? –él preguntó sin necesidad.

Si, pero nada mejor que una buena noche de sueño.

¿Eso quiere decir que ya debo irme?

No –ella contestó serenamente – Claro que no.

Él sonrió, recordándose que ella había hablado de acostarse a las nueve. Faltaba poco, lo suficiente para que Jace se posicionara frente a Rebekah y le sostuviera la cabeza entre las manos, poniéndose a masajear sus sienes. Ella abrió la boca para protestar, pero él le pidió que se quedase quieta y relajada.

Menos mal, porque Rebekah comenzó a sentirse en el cielo, ante roce de los dedos de Jace. Suspiró, sintiendo un contacto que invadía sus sentidos con fuerza mágica.

Delante de tanto calor y magnetismo, ella ya no esquivaba una entrega total. Los mismos labios que ensayaban un nuevo suspiro se abrieron a Jace, y este usó la lengua en una misión de exploración, antes de pegar su boca a la de Rebekah, al mismo tiempo que le estrechaba el cuerpo con una fricción enloquecedora.

Las manos de él ahora se deslizaban por las caderas y las apretaban contra su virilidad. Nada que ella no hubiese experimentado antes. Por eso, la curva del cuello y la punta de la oreja quedaron extremadamente sensibles a las caricias de Jace.

Entonces él hizo una pausa, presintiendo que estaba yendo demasiado lejos, demasiado rápido. Reculó un poco, dando a Rebekah espacio y tiempo para percibir mejor su excitación.

La potencia de Jace quedó evidenciada bajo la ropa, y Rebekah lo imaginó dentro de ella, moviéndose en ritmo creciente hasta el auge del placer. Una parte de su mente quería sumergirse en esa ola de pasión. Sin pensar, sin escrúpulos ni reservas. Apenas seguir aquel hombre hasta donde él pretendiese llevarla.

¿La realidad podía exceder los límites de su imaginación, de su experiencia amorosa anterior, y revelarse más envolvente que la fantasía?

La respuesta tenía que ser positiva. Jace poseía un toque, la sabiduría sexual que propiciaría a cualquier mujer una fiesta de los sentidos: una celebración salvaje y primitiva, sin alejar una dosis de aguda afectividad.

Ella quedó erizada ante el torturante deseo que pulsaba dentro de si. Anticipaba mentalmente el contacto de las pieles, lo que la

llevó a abrir los botones de la camisa de Jace. Tenía urgencia en sacársela y posar su cabeza en el tórax musculoso, presionando la piel con la boca. Estaba la deliberada voluntad de usar la lengua para acariciarlo, excitarlo con toques suaves en los pezones.

Entonces, ella esperaría por la retribución de Jace, sacándole la ropa, agachándose en busca de su intimidad y simulando con los labios el propio acto sexual.

Con la sensualidad en llamas por la fantasía, Rebekah casi no percibió que Jace reculaba, imponiendo una pausa al contacto.

¿No vas a atender?

¡Era el teléfono! ¡Que los cielos no permitiesen que fuese Brad!

El contestador automático saltó. Jace sostenía a Rebekah del brazo, indolentemente, captando con la mirada su inquietud.

Invitarlo a tu apartamento fue muy malo, querida. –la voz de Brad sonó, inconfundible. – ¿Él ya descubrió que eres una perra frígida?

Un ruido característico terminó la llamada, pero el mal estaba hecho. Rebekah sólo deseaba esconderse en su cuarto y morir. Cerró los ojos, en un gesto de autodefensa, y cuando los abrió focalizó el botón que aún quedaba prendido en la camisa de Jace.

Sintió la mano de él en su rostro, forzándola a mirarlo. Intentó apagar la sombra que sabía había en sus ojos, prestos a lagrimear.

No. –Jace la calmó, curvándose para un beso suave.

Ella se encontraba incapaz de pronunciar una palabra y sentía los ojos arder con el esfuerzo de controlar el llanto. Aún así, una solitaria lágrima se le escapó por su mejilla.

Por favor –dijo en tono ronco. – Vete.

Esta vez, sintió el pulgar de Jace secando su rostro y, enseguida, las manos de él, increíblemente tiernas, envolvieran su cabeza.

Por favor... –Rebekah reiteró, ajena a los cariños que recibía.

Mírame –él ordenó.

Los dedos de Jace se deslizaban de su mejilla al cuello, yendo y viniendo, de modo de hacer que Rebekah cambiara su línea de pensamiento.

Un nuevo llamado telefónico fue estridente, intrusivo en el silencio del apartamento. Él percibió el temblor que se apoderó de Rebekah. En pocos movimientos, fue a atender.

Si sientes amor por piel, no llames más –dijo con firmeza, antes mismo de saber quien llamaba. Dejó el receptor fuera de la base y se volvió hacia Rebekah. – Sugiero que cambies de número.

Ya lo hice –le informó. Enseguida, completó: – Y notifiqué a la policía y a mi abogado.

Claro que te recomendaron que grabases las llamadas en tu contestador automático.

Si.

Y el asedio empeoró desde que nos vio juntos en un restaurante, la semana pasada.

Ella se obvió de mayores explicaciones. La reacción de Brad era claramente una muestra de su temperamento.

¿Hay alguna posibilidad que él intente agredirte físicamente?

Creo que no –Rebekah declaró después de una pausa cargada de tensión.

¿Él tiene ó puede conseguir las llaves de tu apartamento?

Ella balanceó la cabeza negativamente, pero el miedo ya estaba instalado.

Lo compré después del divorcio y puse personalmente las trabas.

Había vivido con Ana entre la separación y la obtención legal de su libertad. Tiempos difíciles, marcados por varios incidentes que detonaban la inconformidad de Brad. Después, nunca más oyó hablar de él. Hasta la noche que cenara con Jace y el tormento comenzó de nuevo.

Sería mejor que pasara la noche aquí –él sugirió.

No, de ningún modo –ella rebatió con sorpresa.

Noté que tienes otro cuarto –Jace retrucó con un brillo de buen humor en su mirada.

Si, el segundo cuarto existía, pero ella no deseaba verlo ocupado por nadie.

Puedes ir tranquilo. Estaré bien –en verdad, Rebekah dudaba que consiguiese dormir aquella noche.

Mira, sólo un tonto culpa a otra persona por sus propias indecisiones. –Aún con la dureza de la frase, las palabras sonaron serenas en los labios de Jace, y él volvió a acariciarla cuando no obtuvo respuesta. – Además, es preciso ser un completo imbécil para llamar a una mujer frígida. –esperó un segundo para completar: – Especialmente a ti.

Jace apenas quería que Rebekah reconociese su sensibilidad a los toques y provocaciones eróticas. Su camisa abierta en el pecho era una prueba que ella tenía los nervios en su lugar y sabía comportarse como una amante desinhibida, maleable, abierta al placer. El único problema de la historia era la incompetencia de Brad para despertarla sensualmente.

Por encima de todo, él la quería a su lado, entregándose en cuerpo y alma, y no al borde de un colapso emocional.

Puedes ir –Rebekah insistió. Deseaba estar sola, segura entre

cuatro paredes, y volvió a pensar en su plan de entrar en la bañera con agua caliente, ponerse una bata y ver la televisión hasta sentir sueño.

Aún no –Jace contestó. Para él, era fundamental esperar que ella ganase algún color en su rostro y brillo en sus ojos, en vez de parecer perdida en un pozo de dolor y vergüenza. – Vamos a tomar nuestro café.

Una sugerencia tan prosaica se mostró positiva, y ella fue a apagar la olvidada cafetera. Sirvió la bebida en dos tazas que retiró del armario, y los movimientos casi mecánicos la ayudaron a reencontrar cierto grado de equilibrio. Mentalmente agradeció a Jace por su táctica.

Puede no parecerlo, pero pienso mucho en una familia normal, viviendo dentro de la rutina. Risas, criaturas ruidosas, algunas lágrimas de vez en cuando. Mi madre murió hace algunos años. Mi padre fue a trabajar a un nuevo empleo en Nueva York.

Por eso mismo, tú y Ana son muy pegadas, ¿no? –Jace basó su comentario en su propia observación y vio con satisfacción que Rebekah reaccionaba.

Es verdad. Además de socias, somos muy amigas.

Era difícil mirar a Jace sin ser golpeada por su innata sensualidad: la fuerza de su roces, la intensidad de sus besos, el ser transportada a un territorio ideal donde reinaba la lujuria.

La idea que él pasase la noche allí, en la cama con ella, la encendió nuevamente a las buenas sensaciones. La intuición le susurraba que, en caso permitiese la entrada de Jace a su vida, nada sería igual, nunca más.

¿El riesgo valdría la pena? No, si Rebekah decidiese mantener su rutina emocional, lejos de la invasión de sus sentidos, de su corazón amargado. El sentido de seguridad, al fina y al cabo, le era muy caro. Y, en aquel momento específico, carecía de fuerzas para enfrentar un desafío de tamaña grandeza.

Tú nunca hablaste de tu matrimonio –él dijo entre dos tragos de café.

En sobresalto, ella sostuvo la taza con ambas manos.

¿Qué quieres oír? – ¿Qué había sido cortejada por Brad varios meses, un noviazgo de un año y descubierto, ya en la noche de bodas, que él no pasaba de un monstruo desequilibrado, con tendencia al abuso y la agresión?

Debe haber sido un infierno –Jace comentó después de una pausa.

Tú tampoco hablaste de tus amores –dijo Rebekah, contenta por

haber encontrado una salida digna.

Algunos disgustos, nada más. Y sin mayores consecuencias.

Él tragó el resto del café y se levantó de la mesa. Le gustaría aliviar el dolor visible en los ojos de Rebekah, pero tampoco pretendía apresarla ni pasar por un nuevo violador. Llevó la taza a la pileta y dio muestras de querer salir. Rebekah tomó sus llaves y lo siguió hasta la puerta.

Voy a llevarte al hotel.

Olvídalo, tomaré un taxi.

No seas ridículo.

Jace le dio un beso en la frente, acarició la mano de Rebekah, animándola, y salió solo.

Te llamo mañana –él le avisó, sacándola de la intensión de acompañarlo.

Rebekah no protestó, pues ese era un arreglo conveniente. Podría ir más temprano a la bañera y olvidar su propia excitación.

## CAPÍTULO VII

Suzie había salido a almorzar. Las dos hermanas se encontraban solas en la tienda. Rebekah percibió la fraternal preocupación de Ana, cuando esta indagó si Brad continuaba molestando, e intentó amenizar la cuestión potencialmente explosiva.

¿Por qué la pregunta?

Soy tu hermana, ¿recuerdas? Nunca conseguiste engañarme.

Rebekah no huyó de comentar el problema, pero lo redujo a la máxima simplicidad.

Conoces a Brad. De vez en cuando, resuelve que aún es mi dueño y me asedia. Cambié mi número de teléfono y comuniqué todo a las autoridades.

¿Crees que su actitud tiene que ver con el hecho que estés saliendo con Jace?

Cuestión retórica, y ambas sabían eso.

No estoy “saliendo” con Jace –refutó Rebekah, volviendo su atención al buqué que arreglaba sobre la mesa.

Claro, claro –Ana ironizó, sin esconder su ansiedad. – Cuídate, nana. Brad está loco. Siempre lo vi como una bomba... pronta para explotarte en la cara.

Sin evitar una sensación de amenaza, Rebekah miró a su hermana.

Estoy haciendo lo que me aconsejaron –aseguró. – Ya pasaron dos años, desde el divorcio, y tengo total derecho de hacer mi vida como quiera.

¡Bravo! –la expresión de Ana se suavizó, pero no desistió de reiterar su advertencia – Tú te lo mereces, más que todos. Prométeme que me avisarás enseguida si tu ex-marido hace algo. ¿Si?

¿Quieres que firme ese pacto con sangre? –Rebekah preguntó sonriendo, para aliviar la tensión.

Como a propósito, el teléfono sonó y Ana atendió. Conversó algunos segundos, con su acostumbrada amabilidad, y entonces le pasó el teléfono a su hermana.

Es Jace.

¿Hola? ¿Cómo estás?

¿En serio quieres saber? –su voz sonó cálida e íntima, estableciendo una conexión inmediata con los sentidos vulnerables de Rebekah.

¿Qué tal el vuelo?

Estuvo bien. Sería mejor si tú estuvieras conmigo.

Ella tuvo que toser para deshacer el nudo en su garganta.

Bueno, creo que ambos estamos ocupados. Voy a colgar.

Cuídate mucho. Te llamaré de nuevo de noche, al celular.

Rebekah devolvió el teléfono a la base tan deprisa que Ana levantó las cejas, intrigada.

¿Entonces, nada que decir? –provocó.

No quiero arriesgarme a recibir una censura. –el tono de voz, por lo menos, fue de buen humor. – No hay chance.

Las dos retomaron el trabajo, que de hecho era intenso aquella tarde. Poco antes de las siete, Rebekah bajó la cortina de hierro, cerró la tienda y partió rumbo a casa, en la furgoneta. Conforme sus hábitos, planeaba tomar una ducha, comer una ensalada y tal vez ver una cinta de video antes de dormir. Había traído una película alquilada, así como también pan fresco y copias de pedidos para, eventualmente, trabajar un poco en caso el sueño demorase en llegar.

Rápidamente abrió el portón del edificio, con su control remoto, estacionó la furgoneta en el garaje y fue a los elevadores. Fue cuando oyó una voz desagradable, tiznada de rabia.

¿Te crees muy inteligente saliendo con otro hombre?

Ella se congeló, amedrentada ante la visión de Brad atrás de un pilar. Con esfuerzo, recuperó la calma y recurrió a la lógica para interpelar a su ex-marido.

¿Cómo entraste aquí?

Usa tu imaginación.

Corpulento, un poco pasado de peso, Brad era indiscutiblemente fuerte. Mantenía visible dureza en su mirar y una curva cruel en la boca de labios finos. De modo instintivo, Rebekah, midió la distancia que la separaba del elevador. ¿Conseguiría entrar y cerrar la puerta antes que él la alcanzase?

Olvídalo –dijo Brad, adivinando su intensión. – Nunca lo conseguirás.

¿Y la furgoneta? ¿Y si bajase un piso oír escalera al garaje y se trancase dentro del vehículo? Podría arrancar y salir, si tuviera tiempo para eso. Con más realismo, Rebekah concluyó que era imposible escapar y que sólo le restaban dos opciones: primero conversar, después luchar si fuera necesario.

No tenemos nada que discutir, ¿ó si? –indagó a su oponente.

Equivocado, querida.

Ella odió la sonrisa cruel de Brad, el veneno que destilaba.

Quiero que sepas que tengo un acuerdo con mi hermana. Si no la llamo en cinco minutos, llamará a la policía.

Entonces llámala. –Brad reconoció la mentira.

Rebekah abrió su cartera y buscó con su mano, en vez de su celular, un tubo vaporizador de gas de pimienta, que había tenido el buen tino de comprar en la víspera. Sin titubear, presionó el botón del spray y el chorro alcanzó a Brad directamente en los ojos. Si consiguiese llegar a su apartamento, estaría a salvo.

Mientras Brad blasfemaba, en tono cada vez más furioso, ella esperó el elevador y contó los segundos hasta su llegada.

¡Vamos, vamos! –ella quiso apresurar a la máquina, atenta al ruido de las clavijas.

Ni bien se abrieron las puertas, entró y apretó el botón del séptimo piso. Con un grito, vio que el brazo de Brad impedía el cierre de la puerta. Con la cartera, golpeó la mano de su ex-marido y presionó varios botones, a diestra y siniestra. En vano, porque la fuerza de Brad le permitió que abriera un espacio suficiente para entrar.

Ella aún sostenía el tubo de gas y lo usó de nuevo. Aún ciego por el chorro ardiente, Brad utilizó los brazos para acorralar a Rebekah dentro del elevador.

Ella lo esquivó, pasando por debajo, y su única esperanza de huir era llegar al séptimo piso y abrir el apartamento, cuyas llaves ya tenía en la mano, rápidamente.

No había donde esconderse y, después de refregarse los ojos, Brad le dio un empujón que hizo caer las llaves al piso. Él reconoció el ruido y le dio un gran cachetazo a Rebekah.

Quiero las llaves. ¡Dámelas!

Un empujón más, y ella fue a parar al piso, lo que le permitió, en un gesto desesperado, recuperar el llavero. Ahora, Brad le apretaba el brazo dolorosamente. El elevador al fin paró y Rebekah llegó a la puerta de su casa, con su ex-marido en su persecución.

¿Qué está pasando? –se oyó una voz femenina. – ¡George, ven acá!

Tanto ruido había despertado la atención de su vecina, Másie, que salió al corredor, gritando de espanto y esperando por George, su compañero, ex-luchador de box y todo músculos. Él inmovilizó a Brad con una "moña" y lo llevó al solo. Allí permaneció, conciente de su fuerza.

Másie llamó a la policía, ayudó a Rebekah a entrar, llamó a un médico y, con imprevista experiencia, trajo una máquina fotográfica para sacar fotos y obtener pruebas de la situación.

Rebekah no discutió, aceptando de buena voluntad la ayuda de su amiga y de George. Estaba familiarizada con los procedimientos

legales y, cuando la policía llegó, dio a los oficiales una detallada declaración. Tendría que ir a la jefatura en las próximas horas, a fin de firmar la queja.

El médico también fue y constató apenas algunos golpes. Aconsejó el uso de hielo y recetó un calmante.

Diligente, Másie se encargó de todo, mientras George acompañaba a los policías al hall, con Brad esposado.

¿Quieres que llame a tu hermana? ¿A tu cuñado?

Haré eso más tarde –Rebekah aseguró.

Creo que alguien deberías quedarse contigo esta noche. Ó si no que fueras a dormir a casa de tu hermana.

Estaré bien, no te preocupes.

Claro –la otra bromeó, dudando. – Estás pálida como un fantasma y fría como un bloque de hielo. Si fuera por mí, te llevaría al hospital.

Rebekah esbozó una sonrisa, juzgándose capaz de convencer a Másie que tenía el control de la situación.

Prometo llamar a Ana ni bien salgas.

Humm. Creo que lo primero que debes hacer es darte un baño caliente y comer algo. Tengo la cena pronta y me ofenderé si la rechazas.

Gracias –Rebekah capituló y reuniendo lo que le quedaba de energía, se levantó de la silla y se metió debajo de la ducha. El chorro de agua caliente la reconstruyó y, cuando volvió a la cocina, descubrió a su vecina calentando un plato simple pero muy apetitoso de arroz con carne asada.

Tu hermana llamó mientras estabas en el baño –Másie informó.

¿Y se lo contaste?

Ella tenía que saber. Ya está viniendo para acá. –llevó el plato a la mesa. – Siéntate y come.

Si, mamá –Rebekah bromeó, más relajada.

Hasta podría serlo, si me hubiera casado antes. Pero tú precisas a alguien que te proteja.

Contigo y George del otro lado del corredor... –ella probó la comida y cerró los ojos, maravillada. – Ahora sé porqué George se casó contigo.

No cambies de tema. Precisas de un hombre en casa.

¿Crees que no puedo cuidar de mí misma?

Másie continuaba al lado del fuego, donde calentaba agua para hacer té. El timbre de la puerta sonó.

Llegó la caballería –Rebekah ironizó nuevamente, revelando un inesperado buen humor.

Ana y Luc entraron, con expresión afligida y de decisiones tomadas.

Tú vuelves con nosotros. Sin discusión –afirmó su hermana.

Espera a que termine de comer –Luc secundó. – Parece muy sabroso.

Está bien, no quise apresurarte. ¡Oh, mi Dios! ¿Qué está pasando?

Ustedes realmente me quieren, ¿no? –Rebekah cuestionó, en el momento en que se oyó el timbre del teléfono celular.

Luc se adelantó a la mesa donde Másie había vaciado prácticamente todo el contenido de la cartera de su vecina, hasta encontrar el aparato.

¿Puedo atender? –sin esperar respuesta, tomó el celular y fue hasta un rincón de la cocina, donde mantuvo una conversación a media voz, que duró unos minutos. Cuando volvió, pasó el teléfono a su cuñada. – Es Jace.

Ella cerró los ojos, en un intento de ganar más fuerza y murmuró un agradecimiento al cielo. Aún a la distancia, pudo sentir la rabia de Jace en relación a Brad. Tuvo que repetir varias veces que estaba bien y que él no debía se molestar.

Dame tu palabra que pasará algunos días en casa de Luc y Ana – le pidió.

Esta noche si –ella concordó, propensa a confesar que ya había sufrido mucho más que aquello. Por precaución, se despidió y colgó. No quería prolongar el contacto con el hombre que le generaba tanta perturbación emocional.

Másie retiró el plato de la mesa, mientras Rebekah aprontaba una pequeña maleta con ropas y objetos personales. Ansioso, Luc apareció en la puerta del cuarto.

¿Pronta?

Ella agradeció a su vecina, le hizo un cariño a la gata, cuya reacción se reforzó, y salió acompañada de su hermana y su cuñado. En el auto, rumbo al barrio lujoso en que vivía, Luc hizo la pregunta que estaba retenida en su garganta:

¿Te gustaría hablar sobre ello?

No. –Rebekah fue firme, decidida a olvidar los hechos.

Ana refregó sus manos y su voz sonó con extraña dureza.

Esto no puede pasar de nuevo –sentenció.

Era bueno tener la atención de la pareja y dormir en su impecable mansión perfumada, con vista a la bahía de Sydney. Petrus, el viejo criado, mezcla de mayordomo y gerente de asuntos domésticos, la trató como si fuese una pieza de porcelana y, en

cuestión de minutos, sirvió té para todos.

Luc las acompañó por algún tiempo y después, con una mirada cómplice a Ana, pidió permiso para salir y encerrarse en la biblioteca, para trabajar un poco en el computador, le dio un beso a su esposa y acarició el rostro de su cuñada.

Rebekah permitió que Petrus llenase su taza nuevamente mientras Ana continuaba ansiosa por detalles de la situación.

Cuéntame exactamente lo que ocurrió –insistió.

Revivir el episodio fue emocionalmente desgastante para Rebekah.

¡Canalla! –Ana maldijo. – Luc y Jace deberían darle una lección.

¿Por qué Jace? ¿Qué tiene él que ver con todo esto? –Rebekah respiró hondo hasta calmarse. –La ayuda de Luc es suficiente. Del resto, me encargo yo.

Dicho y hecho. Pero no deberías ser tan orgullosa.

Ana...

Es el momento de mostrar las armas. Luc y Jace no tendrán problemas con eso.

Mira... –el problema estaba escapándose del control de Rebekah, lo que la afligía demasiado.

No, mira tú –Ana declaró enfáticamente. – No quiero despertar cualquier día de estos con la noticia que estás en el hospital ó en el cementerio. Como sabes, Brad es violento, parece completamente loco. –ella tomó las manos de su hermana. – Cuando se separaron, yo estaba allí, ¿recuerdas? Sé todo. Y Jace es el primer hombre con quien sales en mucho tiempo. Eso hizo que Brad dejara su escondite y te persiguiera. Pero nadie puede lastimarte otra vez. ¡Nunca!

Rebekah notó una lágrima rodando por el rostro de Ana.

Está bien, nana. Calma. La policía apresó a Brad para un interrogatorio.

Si, pero, ¿y cuándo salga? ¿Quieres más contusiones y costillas rotas, sin hablar del trauma y el shock psicológico? Fue una suerte que Másie y George hayan acudido en tu ayuda. ¿Y si no estuvieran en su casa? –ella elevó la voz. – Es imposible vivir así.

Rebekah entendió la preocupación de su hermana. Podía ser una víctima de Brad, pero Ana también había sido lastimada.

No me mostraste el resultado del ultra-sonido. ¿Cuál es el sexo del bebé?

¿Cambiando de tema? –Ana sonrió, comprensiva. – Ven a mi cuarto y velo tú misma. Aún no se puede saber si es niño ó niña, pero de cualquier modo, vas a ser tía.

Ana tenía una cinta de video con la reproducción de las

imágenes. Fue conmovedor ver el feto en movimiento. Luc, por lo que Rebekah supo, no se cansaba de verlo. Y allá estaba él, viendo el video por cuarta ó quinta vez.

Después, ella sugirió que todos fuesen a dormir. Luc ayudó a su cuñada a levantarse e ir al cuarto, en el piso superior, Ana los siguió escalera arriba, ya menos aprehensiva.

Mañana pasas el día en la cama –dijo. – Suzie es competente para encargarse de la tienda y prometo pasar más tiempo allá. Simplemente no vas a trabajar.

Veré como me siento por la mañana –retrucó Rebekah. En verdad, ya se sentía cómoda apoyada en Luc. Imaginó a Jace abrazándola como hacía su cuñado y pasando los labios calientes por su rostro.

Está arreglado, entonces. Voy a ayudarla a ponerte el pijama.

Al oír eso, Luc recogió sus manos y se retiró. Petrus había preparado el cuarto de huéspedes, de frente a la calle, pero no se escuchaba ruido alguno. Rebekah anticipó que dormiría bien aquella noche.

Cualquier cosa, me llamas. Sabes donde es nuestro cuarto –Ana reiteró.

Si –todos los huesos de su cuerpo parecían doler – Voy a tomar el analgésico y dormiré como un bebé.

De hecho, cayó en un largo sueño, por algunas horas, pero despertó de madrugada sintiendo como si hubiese sido atropellada por un tractor. Lo que no estaba lejos de la verdad, pensó. Prendió la luz y se examinó en el espejo, tocando cada golpe. Su rostro, por lo menos, fue evitado, al contrario del resto del cuerpo. Era incomprensible que ninguna costilla se hubiese quebrado en el ataque de Brad. Brazo y antebrazo presentaban hematomas.

Nada bonito, se lamentó Rebekah. Se consoló con la idea que, en pocas semanas, las marcas oscuras desaparecerían y todo volvería a la normalidad, inclusive su poder de olvido.

Era demasiado temprano para cambiarse de ropa y bajar, en busca del desayuno. Volver a la cama sería inútil, y Rebekah tomó algunas revistas para ojear. Esperó hasta ver, por la ventana, que Luc salía de la casa a las ocho de la mañana, seguido luego por Ana.

Se aprontó en pocos minutos y se deparó con Petrus en el comedor, arreglando la mesa. El hombre la saludó efusivamente.

¡Buen día! Ana insistió en que nadie la perturbase en el cuarto. ¿Qué desea para desayunar?

De nada valdría decir que estaba sin hambre.

Apenas jugo de naranja, tostadas y café –detalló, para decepción

del criado.

Permítame sugerir un plato de huevo con panceta ó cerdo. Usted debe alimentarse bien.

No te preocupes. Tráeme solamente lo que pedí. –no obstante, Rebekah vio la bandeja de frutas frescas en el centro de la mesa y seleccionó una banana.

El diario del día estaba a disposición, y ella pasó las páginas leyendo las caricaturas y el horóscopo. Así entretenida, repitió el café. Enseguida, tomó el teléfono y llamó a la parada de taxi, cuyo número conocía de memoria. Estaba pasando la dirección cuando Petrus volvió y la oyó.

¿Pretende ir a algún lugar? –preguntó, intentando no parecer irrespetuoso.

Preciso pasar por mi apartamento y darle de comer al gato. Gata, en verdad.

El sr. Luc no la dejaría tomar un taxi. Yo la llevaré en el auto que queda en el garaje, cuando quiera.

¡Imagínate, Petrus! Puedo muy bien hacerlo sola.

Discúlpeme, pero debo insistir. ¿Puedo volver a llamar a la parada de taxis y cancelar?

Era más cómodo y práctico, sin duda. En veinte minutos, ella entró al jeep que Petrus usaba para hacer sus vueltas, cargando su maleta.

Pretendo quedarme en mi apartamento, Petrus –Rebekah le avisó.

Estoy seguro que esa no es una buena idea, señorita... A mis patrones no les va a gustar.

Prometo llamar y explicarles.

Ella convencería a Ana y ésta lidiaría con Luc. Sin problemas. Aún mejor, pues en media hora pretendía estar en la tienda.

Continuo creyendo que usted se está precipitando –dijo Petrus al estacionar frente al edificio de Rebekah.

Gracias por haberme alcanzado –ella le sonrió y entró.

Nada como estar en casa, ponderó.

La gata Millie, satisfecha después de un pote más de ración, saltó al regazo de su dueña, quién sonrió ante la escena tan doméstica y gratificante. Bastó media hora para que Rebekah se cambiara de ropa y emprendiera camino hacia la tienda.

Tú no deberías estar aquí –dijo Ana irritada, cuando su hermana irrumpió puertas adentro de Flores & Buqués.

Sé todo lo que me vas a decir –Rebekah se defendió. – Pero es mucho mejor ocuparme en algo útil que quedarme alimentado mis

frustraciones.

Contrólate, se exigió a si misma. Aquella frase era parte de los consejos profesionales que recibiera años antes, de una psicóloga.

Completa el horario de la mañana –Ana concedió. – Después, te vas.

Completaré el día –le corrigió en tono amable. – Me voy a casa cuando esté pronta para eso.

Eres una cabeza-dura incorregible.

Y te quiero mucho, también.

Pasmada en medio de la discusión, Suzie pasaba de mirar de una a otra para a otra hermana.

¿Debo salir ó precisan de un testigo para la denuncia?

Quédate –ordenaron Rebekah y Ana al unísono.

El sonido del teléfono ayudó a restablecer la paz en la tienda, junto con el número usual de clientes para un día de la semana. Ya avanzaba la tarde cuando Rebekah terminó de preparar un arreglo y llamó al portador para hacer la entrega.

En aquel momento, la señal electrónica de la puerta sonó, indicando la entrada de alguien. Rebekah no creyó en la que veían sus ojos: Jace.

Shock y sorpresa fueron solamente dos de las emociones que la sacudieron. No precisaba especular sobre las razones de su llegada, ya que debería estar en Brisbane. A no ser que hubiese concluido más pronto sus reuniones y contactos. En ese caso, no obstante, él estaría sacando sus conclusiones de los negocios.

Por un instante disfrutó de la figura de Jace parado, exhalando un poder silencioso, vagamente amenazante. Después, él avanzó para saludar a Ana y sólo entonces se dirigió a Rebekah, que regaba las orquídeas de un enorme buqué.

Los nervios acusaron una serie de complejos sobresaltos.

¿Qué tendría que decirle ella? Como Jace ya sabía todo, informado por Luc, todo lo que ella dijera sería redundante, superficial. Por eso, decidió callarse, debajo de la contemplación admirada y afectuosa del empresario griego.

Toma tu cartera –él afirmó por fin, llevando dos dedos junto a los labios de ella. –Sin discusión. Si es necesario, puedo llevarte a la fuerza.

Rebekah se deshizo de la mano masculina.

No tienes derecho a darme órdenes.

Por ahora, voy a asumir ese papel por propia voluntad.

En verdad, la voz dulce y suave apagaba cualquier sensación de desubique. La sensualidad latente entre los dos volvió a reinar.

Vete, Jace. Sólo estás empeorándome las cosas.

Él demostró que no cuestionaba ser perfectamente capaz de cumplir la amenaza anterior, a pesar de la resistencia de la mujer.

¿Cómo me descubriste aquí? –ella cuestionó.

Por eliminación. Busqué a Luc, después a Petrus, después a Ana.

Rebekah encontró en el rostro de su hermana una sonrisa cómplice. Aquello no pasaba de una conspiración, dedujo.

Hay mucho trabajo por aquí. –ella añadió un argumento final.

Nada de lo que Suzie no pueda ocuparse –intervino Ana.

Entonces vamos –Jace insistió. – Busca tu cartera.

¿Por qué "vamos"? Tengo la furgoneta, si resolviera irme.

Dije "sin discusiones".

Quieres que te siga como un corderito inocente. –por orgullo y amor propio, Rebekah no seguiría ni siquiera al hombre que adoraba. Tenía que admitir que su corazón le dolía y la cabeza le pulsaba. Además de eso, volvía esa incomodidad en las partes golpeadas por Brad y aún cubiertas por vendajes.

Alquilé un auto y está estacionado justo en frente.

Espero que te den una buena multa –ella vaticinó mientras finalmente agarraba su cartera y sonreía sin ganas a las otras dos.

Entró al auto y vio que Jace maniobraba rápidamente, para escapar del castigo por estacionar en una zona prohibida.

Nada de lo que está pasando es problema tuyo. –declaró Rebekah ni bien se integraron al tráfico de la ciudad.

Estás equivocada. Mi relación contigo me autoriza a...

¿Qué relación? –le cortó.

No desprecies lo que ya es tuyo, pedhaki mou.

El afectuoso "mi niña", pronunciado en griego, conmovió Rebekah.

¿Cancelaste tus reuniones y volaste de regreso a Sydney porque te sentiste responsable por mí? ¡Es ridículo!

No me parece. –Jace se volvió, intentado besarla. Rebekah estaba tentada a confesarle que había sufrido agresiones peores en el pasado. – ¿Qué estás queriendo probar? Tus ojos muestran un dolor que no es sólo físico.

¿Debería contarle todo?

No quería quedarme sentada, rumiando sobre el asunto. Tampoco aguantaba estar sola.

Jace paró el auto en la entrada adyacente al edificio de ella.

Aquí está bien –dijo Rebekah con la intensión de decirle que se fuera.

Bien nada –él reaccionó. – Dame tus llaves.

No hay necesidad de que entres.

Ella era realmente una persona terca. Tal vez, si la besara, sus opiniones cambiarían, pero el sentido de protección de Jace prevaleció.

Tu ex-marido ya salió de prisión.

Rebekah oyó la noticia sin sorprenderse, pero con palpable miedo. En el pasado, Wilma Somerville, la rica madre de Brad, había interferido en dos ocasiones, en defensa de su hijo. Amenazara a Rebekah con tomar represalias en caso volviera a denunciarlo. Y encima la acusara de provocar las agresiones.

Convencida por Ana, ella había levantado una queja en la jefatura, solo para ver a Brad detenido y suelto enseguida por un abogado muy hábil. Bien orientado, él prometió al juez tratarse con un psicólogo, a fin de dominar su rabia explosiva. Ni bien Brad se vio libre de la prisión y el juicio, lo que se repetía ahora.

¿Pretendes entrar primero para ver si está esperándome cerca del apartamento? –provocó.

Algo así.

En la puerta del elevador, ella le dio a Jace el manojo de llaves.

Me parece que Brad no sería tan estúpido.

No puedo dejarte correr ningún riesgo –él afirmó, sonriendo con confianza, pero evitando mirarla a los ojos.

Al entrar en el apartamento, Jace no pudo dejar de notar el ambiente relajado, marcado por el gusto peculiar de Rebekah en materia de decoración. La gata Millie estaba acostada en el sofá de la sala, observando al visitante con solemnidad.

¡Millie! –Rebekah alejó al felino de allí, preocupada por el sofá y la alfombra. La gata siguió hasta la cocina, que era su lugar. Antes, no obstante, tuvo que esperar que el felino se enroscase en las piernas de Jace, de quien recibió una caricia en las orejas que parecía deliciosa.

Debe ser tu encanto natural –comentó con extraño humor.

Ahora siéntate y relájate, por favor –él pidió.

¿Relajarme? ¿Contigo aquí? Sólo si te vas.

Piénsalo mejor.

¿Cómo? –ella preguntó con los ojos decididamente cansados.

La independencia es muy buena –Jace argumentó. – Pero no significa estar sola.

Escúchame... –Rebekah estrechó la boca, deseando verse libre de Jace y de las tentaciones que él traía.

Tú ya me pediste que me fuera antes, y mira lo que pasó. –el tono de decepción fue claro en la voz del griego.

¿Quién te dio permiso para meterte en mi vida?

La decisión fue mía.

Bueno, eso te absuelve de cualquier responsabilidad sobre mí. Puedes irte.

No.

Si ella ya estaba enojada, ahora se puso furiosa.

Es improbable que Brad haga cualquier tontería, mientras es vigiado por la policía. Ni la mano de un abogado conseguirían liberarlo, en caso de reincidencia.

No estoy preparado para arriesgar tu cuello, Rebekah.

Ella pensó en darle un cachetazo, lastimarlo como ella fue lastimada. Pero se trataba del hombre equivocado para recibir su furia…

Tal vez quieras instalarte aquí todo el día –protestó.

Ese es el plan –Jace retrucó con cinismo.

Fue entonces que Rebekah recordó que él había traído su computador portátil. ¿Pretendía realmente trabajar y pernoctar allí?

¿Trajiste trabajo para hacer en mi casa? –ella buscó una confirmación.

Puedo trabajar en cualquier lugar. ¿Por qué no aquí?

La rabia pareció bullir dentro de ella.

¿Asumiste el papel de niñera? ¡No lo creo!

Eso está fuera de negociación –Jace respondió con dureza en su mirada.

Sin pensar, Rebekah abofeteó al griego.

CAPÍTULO VIII

Una gama de emociones conflictivas se reflejó en el rostro de Rebekah, y Jace adivinó cada una de ellas.

¡Dios! ¡Lo había abofeteado! A sus ojos, ella estaba al nivel de Brad.

Lo siento mucho –se disculpó en tono casi inaudible.

¿Estás mejor ahora? –él le preguntó con inesperada amabilidad.

No. –Rebekah recurrió a la honestidad como purgación a su acto agresivo.

En consecuencia, ella no notó el leve brillo de buen humor en las profundidades de los ojos de Jace.

Compré algunas roscas rellenas, de camino a la tienda –él le informó. – ¿Por qué no tomamos un aperitivo? Después, puedes descansar mientras trabajo en mi laptop.

No soy una inválida que precise tanto descanso –Rebekah protestó, deseando sinceramente quedarse sola en el apartamento. La presencia de Jace la perturbaba. Todo él la perturbaba.

Sin aguardar una orden, Jace fue a la cocina, colocó los platos en la mesa y arregló las roscas en una bandeja. También prendió la cafetera.

En un increíble silencio, comieron y bebieron. Después, Rebekah se acomodó en el sofá, con una revista en las manos, mientras Jace ocupaba el escritorio en el canto de la sala.

Ella debía haberse dormido un poco, pues despertó de repente, sintiéndose reestablecida, bien dispuesta pero lastimada. Una mirada de reojo al reveló que eran casi las cinco de la tarde. Le sorprendió constatar que había dormido tanto, más de lo que pensaba.

Jace apagó el computador portátil al primer movimiento de Rebekah, se aproximó y se quedó a los pies de ella. Pero la muchacha se levantó del sofá y caminó por la sala con extremo cuidado, pareciendo controlar las oleadas de rabia que había causado tanto disgusto al griego.

¿Te sientes bien? –él preguntó.

Rebekah aparentaba estar mejor, y sus facciones habían recuperado el color y vigor natural, aunque los ojos aún guardaran una preocupante sombra.

Si, gracias.

Bien. –él volvió al computador y retomó su trabajo.

Al cambiarse de ropa, poniéndose un jean y una camiseta, Rebekah desistió de maquillarse.

Imaginó que, tan pronto Jace se fuera, ella llenaría la bañera de agua caliente y se sumergiría dentro, con una revista en las manos.

Millie apareció, queriendo comida, y Jace casi no notó a la gata, concentrado en el monitor. Percibió, no obstante, el pasaje de Rebekah por la sala, rumbo al área de servicio, donde sacó la ropas de la secadora, la dobló y la puso de lado.

Pedí comida china –él informó minutos después. – Espero que te guste.

Ella se volvió lentamente, exhibiendo una mirada decepcionada.

Pensé que ibas a volver al hotel.

Pues pensaste mal.

Mira, estoy bien, puedes irte tranquilo.

Me voy a quedar. No quiero dejarte sola. –Jace cerró el programa en el que trabajaba y la tapa del computador.

¿Por qué no? No deberías estar aquí.

Ya discutimos eso. Sólo me iré mañana temprano.

Ella apuntó hacia la puerta del apartamento, específicamente al conjunto de trabas.

No hay peligro de que alguien entre aquí.

Me voy a quedar. Tienes un cuarto extra.

¿Y ella podría dormir sabiendo que Jace estaba del otro lado del corredor?

A no ser –él completó – que me invites a compartir tu cama.

El evidente toque de broma acabó por irritarla.

¡Cuanta pretensión! –criticó.

El timbre sonó y, después de un instante de titubeo, Rebekah fue a atender, presuponiendo que se trataba del repartidor del restaurante chino. Por las dudas, Jace siguió atrás de ella, hasta la puerta.

Realmente, la comida había llegado y ellos se sentaron a la mesa y comieron en silencio. Cuando terminaron, Rebekah buscó en el armario un juego de sábanas, almohada y toallas. Entregándoselo todo a Jace.

Ya sabes donde es tu cuarto. Ponte a gusto para tomar un baño ó ver televisión. Ya me voy a acostar. Buenas noches.

Callada, ella verificó si la llave de su cuarto funcionaba bien, tomó el baño de inmersión y se metió en la cama, luego de apagar la luz.

Rebekah corría, pero no ganaba distancia en su intento de llegar a un escondite seguro. Todo estaba muy oscuro, excepto por una rendija de luz. ¿Dónde estaba? Nada allí era familiar. Altos árboles,

grama húmeda, espinas que se clavaban en sus piernas. Olor a vida y muerte, que ella asoció al ciclo de la naturaleza.

Una tempestad se formó, rayos iluminaron el cielo negro. Atrás de Rebekah, restó el eco de un pasaje desesperado hacia el refugio entre las piedras. Se sintió seguida por algún enemigo, y la imagen de Brad le pobló la mente. Volvió al aire libre, tropezó con un tronco caído y gritó al caer al piso. Se levantó y continuó corriendo, no obstante su perseguidor estaba cada vez más cerca.

Entonces, milagrosamente, el campo se abrió, la vegetación desapareció, ella llegó a un jardín florido, enmarcado por una casa con todas las luces encendidas, como un farol que le ofreciese abrigo.

Ella aceleró su ritmo, pero inexplicablemente, no conseguía reducir la distancia hasta la casa, que permaneció fuera de su alcance por algún tiempo. Con desesperación, de repente ella se vio ante la puerta de la iluminada mansión, girando el picaporte y rezando para que no estuviese trancada.

Su alivio fue enorme cuando la puerta se abrió al primer intento. Al volverse, no obstante, Brad estaba allí, con su brazo impidiendo que cerrara. Rebekah gritó, sin esperanza, y usó todo el peso de su cuerpo para bloquear que entrara. Como su fuerza no fue suficiente, decidió correr hacia la escalera interna, de donde llegaría a un cuarto y trancaría la puerta. Se derrumbó en la cama, pero de algún modo Brad consiguió entrar y ella gritó de nuevo cuando él extendió las manos para tocarla. Lo oyó maldecir y después pronunciar su nombre. Era obvio que pretendía violarla.

La escena comenzó a cambiar. Rebekah identificó su viejo cuarto, en su propio apartamento, y la voz que la llamaba poseía un acento americano. El semblante del hombre, que no era Brad, detonaba angustia y, aún así, cordialidad.

Con los músculos tiesos, Jace la sacudió por los hombros. La pesadilla había terminado.

¿Qué pasó? –ella murmuró. – ¿Qué haces aquí? Es tarde y...

Estaba teniendo un mal sueño y gritaste –él se emocionó al decirlo. – ¿Quieres beber algo? ¿Agua? ¿Coñac?

Sólo entonces, erizada, Rebekah se acordó enteramente de la pesadilla y tomó conciencia de la proximidad de Jace, sin camisa al borde de la cama. Ella se cubrió con la sábana hasta el mentón, escondiendo la fina camiseta que usaba.

Había una sensación de latente intimidad, que afloraba a la superficie para imponerse con inexorable energía vital. Tal vez bastase una señal, un movimiento, y Rebekah contuvo la

respiración, incapaz de sacarle los ojos de encima su huésped provisorio.

Por favor... –daría todo para verlo lejos.

No en tanto, al pensar en eso, ella tuvo una extraña sensación de pérdida, de abandono. Tensa, pasó sus dedos por entre sus cabellos, mientras Jace volvía con un vaso de agua helada.

Algunos tragos después, Rebekah depositó el vaso en la mesa de luz y nuevamente deseó que Jace se fuera.

¿Quieres conversar sobre el sueño? –los ojos de él se concentraron en su boca.

No específicamente.

Él extendió una de sus manos, acarició los suaves cabellos y descendió los dedos a la marca roja que aún persistía en su brazo. La refregó como si pudiese hacerla desaparecer, y con eso le provocó un escalofrío a Rebekah.

¿Cuántas veces él te golpeó?

A ella le gustaría contestarle que no le importaba, pero se calló. Si respondiese, tendría de admitir que las lágrimas de Brad, en aparente arrepentimiento por sus actos, y la promesa de nunca más repetirlos, habían llevado a Rebekah a perdonarlo. Hasta la próxima vez.

¿Y eso importa?

Si –Jace confirmó en tono suave, ya llevando su mano al rostro de Rebekah, en un roce sensual.

Es mejor que vuelvas al hotel.

Esas palabras no disfrazaron una fuerte conmoción. En el fondo, Rebekah anhelaba que Jace se acostase a su lado, trayéndole seguridad y protección. Ó, más que eso, un delirio de los sentidos a flor de piel.

Ella se forzó a analizar esa necesidad avallasante. Sus ojos lagrimearon por la luz de la lámpara que él prendiera. No había espacio para más nada, excepto el reinado de los instintos. Batalla fútil, controlar la percepción del deseo, el calor y la pasión.

Jace le besó la piel desnuda de un hombro, cerca del cuello y después el otro. Una embriagante sensación la envolvió, mientras el griego constataba una dolorosa excitación al contacto con aquella epidermis de seda, delicadamente perfumada. Lo que él quería era hacerla olvidar el inepto roce de Brad, sustituirlo por el suyo y mostrarle el intenso placer que podría unir a una pareja en completa complicidad.

Las palabras podrían esperar. En aquel momento, las sensaciones táctiles prevalecían, y el leve temblor de Rebekah indicaba que ella

deseaba más, cayendo en un gradual abandono. Él resolvió acelerarla por medio de un beso que alejó cualquier inhibición y la impulsó a la pura búsqueda del éxtasis.

Evocativa y erótica, la situación ahora ganaba una punta de avidez que dejó a Jace aún más rígido. Ambos tenían prisa por asumir y vivir la química sexual que los unía.

Él profundizó el beso, deslizó sus labios por el cuello delicado y acarició los senos bajo la camiseta de dormir. Ansiosamente y por primera vez, Rebekah deslizó las manos por el tronco desnudo de Jace, trazando sus contornos y provocando un gemido de placer.

Con presteza, él le sacó el resto de la ropa y entró en la cama. Con cuidado, le retiró la camiseta, admiró los senos perfectos y se impresionó con algunos hematomas restantes en la región. Los besó uno por uno, como si de esa manera pudiera borrarlos, y entonces posó los labios en la parte más sensible de su compañera, después de alejar el tejido que la cubría.

Ella gimió al recibir la íntima caricia.

Al contrario que su ex-marido, Jace parecía empeñado en satisfacerla, con prioridad sobre su propio placer. Al mismo tiempo, le gustaba succionarla y ella se sintió que le debía una retribución. Fue con lujuria, no obstante, que Rebekah cambió de posición y recorrió con sus labios todo el cuerpo de él, hasta alcanzar su ingle.

Él gritó y se regocijó ante la liberación del rígido músculo.

Se posicionaron para completar el acto, pero había una increíble cualidad en cada gesto ó movimiento, una primitiva urgencia que no excluía el encanto ni la entrega emocional.

Cuando Jace al fin la poseyó, Rebekah vivió sensaciones como nunca sintiera en su vida. Gimió de placer al sentir que su pareja aumentaba el ritmo y alcanzaba el clímax, junto con ella.

Rebekah se entregó al placer como si su cuerpo fuese un instrumento musical, obediente a su maestro. Tampoco jamás había imaginado algo así.

Jace permaneció dentro de ella y le besó el cuello, mientras ella pensaba que todo había sido como debía ser: una celebración de lujuria que en nada se asemejaba a los actos forzados con su ex-marido. Estaba feliz, recorrida por escalofríos de fascinación.

Sonriendo, Rebekah apretó a Jace contra si, sintió las nalgas de él contraerse ante el roce de sus manos, y después el retomar de los movimientos en busca de un nuevo auge. Encantada, ella siguió el ritmo de él.

Después, recibió un beso agradecido y, exhausta, se aniñó junto a él adormeciéndose.

De madrugada, semi despierta, tomó conciencia de algo a su lado. De alguien. Recordó todo y murmuró una autocensura. ¿Qué había hecho?

La pesadilla, los gritos, Jace y el sexo. ¡Maldición! El recuerdo más vivo era ese último, los momentos de placentera unión carnal con el griego.

No te levantes –dijo él al oído de Rebekah, haciéndole más espacio a ella en la cama.

El pedido fue asimilado como una orden incómoda, tanto como la inquietaba la mano de él tomando posesión de su seno.

Por favor, déjame salir.

Los labios de Jace recorrieron la curva sensible de la nuca de Rebekah.

Quédate conmigo, ágape mou. Mi amante –le tradujo.

En realidad, ella caviló, Jace era quién debía irse.

La noche pasada fue...

¿Un error?

¡Dios! Ella cerró sus ojos y revivió la mejor experiencia de su vida. No podía culpar a Jace de nada, cuanto más lo pensaba más fuerte era su independencia.

No, de ningún modo. –consiguió sonreír.

Tu honestidad es conmovedora –él comentó.

No puede pasar de nuevo –ella agregó, sintiéndose incómoda. Jamás había sido promiscua. Brad fue su primer y único hombre.

¿Por qué no, se fue tan bueno?

Él se mostró incrédulo, y ella se apresuró en deshacer cualquier compromiso.

Porque si, si yo no quiero más...

Jace paró a medio camino, cuando se preparaba para darle un beso a Rebekah.

Para, por favor. –era una reprimenda, y ambos lo sabían. –¿Cómo puedes no querer esto? –pegó sus labios a los de ella y enseguida los bajó a sus senos. – ¿Y esto? –succionó sus pezones, mientras medía la reacción con los dedos posados en concha entre las piernas de su pareja.

Con espanto, ella notó que Jace estaba excitándose nuevamente y aquellas caricias no les bastaban, a ninguno de los dos. Nunca serían suficientes, pensó, besándolo con languidez.

Es tan bueno, estar así con él. Ambos eran adultos y libres. Ella, por lo menos, no tenía a nadie. Pero, ¿y Jace?

Tal vez Rebekah no estuviese preparada para tanta experiencia, tanta confianza en si mismo, tanto poder de seducción. Tal vez él

sólo se divirtiese con ella.

No –Jace declaró, como si una vez más adivinase sus pensamientos. – Tuve algunas mujeres, pero ninguna que representase un compromiso serio.

Realmente me lees la mente.

La tuya no es difícil de interpretar. –con una sonrisa, Jace salió de la cama y rumbeó, totalmente desnudo, hacia la ducha.

Rebekah sintió placer en admirar su cuerpo bronceado, la espléndida musculatura de la espalda. Pensar en la intimidad que habían compartido trajo una nueva ola de calor, un incandescente deseo de repetir todo.

En pocos minutos, no obstante, la rutina sería retomada. Se bañaría, se cambiaría de ropa y asumiría su lugar en la tienda. Él viajaría de nuevo a Brisbane y a otros destinos. ¿Cuánto tiempo estaría fuera? ¿Una semana ó más?

Rebekah percibió que debía reprimir esa línea de pensamiento. Lo que debería hacer era reunirse con Jace, entrar con él en la bañera, decirle que la noche había sido excelente y, cuando fuera posible, podrían repetirla.

Para ella, no había duda de que aquel fue un breve interludio amoroso. Ansiar por una relación seria y profunda era simplemente ridículo.

Además, su vida estaba definida y planeada. Trabajar con flores y buqués constituía su prioridad. Era dueña un negocio prominente, un buen apartamento y un auto último modelo.

Mejor no contar con más nada, ni siquiera con un hombre en el cual pudiese confiar. Una compañía casual, de vez en cuando, sería menos estresante. ¿Por qué tener esperanzas de un nuevo marido, de lindos hijos a los cuales amar?

Bueno, no se trataba de cualquier marido, sino de ese hombre: Jace.

La reflexión la dejó perpleja. ¿Se estaría enamorando?

¿Rebekah? –ella oyó el llamado, procedente de la ducha.

Preciso trabajar –contestó – Tengo que ir a la tienda.

No ahora –Jace refutó. – Ven acá. Dame apenas media hora más.

¿Sólo media hora? –No era mucho.

Levantándose con esfuerzo, Rebekah constató que Jace había llenado la bañera y la esperaba entre burbujas de espuma. Ella no tardó en entrar y darle al griego el placer de tocarla por todo el cuerpo mientras la enjabonaba. Casi tan bueno como la escena en la cama, ella concluyó.

¿Media hora? Demoró casi una, hasta que Rebekah, peinada,

vestida y maquillada, ocupó el MG y se adentró en las calles de la ciudad. En el asiento del pasajero, Jace sonreía, satisfecho y callado, hasta despedirse con un beso en la mejilla, frente al hotel. El abrazo fue más efusivo, y ella se estremeció en el pecho de él, sin ninguna inhibición.

Era una buena señal. Jace estaba seguro que podría acostumbrar a Rebekah al más intenso amor.

CAPÍTULO IX

El sol ascendente coloreaba el paisaje prometiendo calor a medida que el día avanzase. Rebekah cubrió la distancia del hotel a la tienda en poco tiempo.

La furgoneta de Flores & Buqués estaba estacionada en el fondo, lo que significaba que Ana ya había completado la travesía matinal para las entregas más urgentes. Era algo que a ella le gustaría haber hecho, si nada, ni nadie, le hubiesen causado un atraso.

El aroma mezcla de flores llenó sus narinas al abrir la puerta y respiró, disfrutando las agradables fragancias.

No deberías estar aquí hoy –Ana reclamó. – Por lo menos, no de mañana. –ella examinó a su hermana con una mirada panorámica más aguda. Meneó la cabeza. – Hay algo diferente en ti.

Estoy bien, sólo eso. –Rebekah cruzó la tienda en dirección a su mesa de trabajo, donde Suzie adelantaba los arreglos del día.

Demasiado bien, me parece –completó Ana. – Estás casi flotando en el aire.

El alma buena de su hermana y su perspicacia no le ganaron a Rebekah.

Una larga noche de sueño hace milagros, es eso.

Tanto como una larga noche de amor –Ana provocó. – No precisas ponerte colorada –sonrió maliciosamente, aunque satisfecha. – Debe ser Jace, ¿no?

Aquel griego, según Ana, era el hombre ideal para romper las barreras emocionales que Rebekah había erguido. Si Jace, no obstante, estuviese sólo aprovechándose de su hermana, para después abandonarla y partirle el corazón, ¡ella lo mataría!

¿Me vas a contar? ¿Es Jace ó no?

Es si –Rebekah lanzó una mirada reprobadora a Ana. – Pero no te diré ni una palabra más.

Aguafiestas –la acusó la otra. – ¿Cómo están los hematomas?

Algunos días más, y habrán desaparecido.

Prepárate. Tal vez te lleve una semana ó dos –Ana corrigió. – ¿Sabes que Luc contrató seguridad privada para vigilar nuestra casa?

Era comprensible. Luc no arriesgaría por nada la piel de su mujer y de su hijo en gestación.

Ahora, ¡a trabajar! –Rebekah propuso, animada, yendo al lado de Suzie.

El día probó ser más movido de lo usual. El teléfono sonó varias veces, la mayoría pasando pedidos. Una de las llamadas, no

obstante, vino de la policía local, pidiendo su ida a la jefatura, junto con su abogado, a fin de esclarecer ciertos puntos de la declaración anterior sobre la agresión practicada por Brad.

Jace llamó al mediodía y al final de la tarde. Bastó el sonido de su voz para colocar el corazón de Rebekah a un ritmo más rápido que lo normal.

Disfrazadamente, durante el trabajo, ella se acordaba de todo lo que ambos habían compartido la noche anterior y aquella mañana. Rehizo sus cálculos, concluyendo que, en vez de dos años, se había abstenido sexualmente por casi tres años. Consecuencias de la conducta de su ex-marido, no de falta de sensibilidad en sus nervios y tejidos. Los picos de placer que había escalado con Jace constituían una prueba de eso. Ella no era frígida, y cada clímax intenso la hacía pensar en uno nuevo.

Para su alivio, Brad no dio señales de vida. Era lo que se esperaba, al final. La madre, el abogado de él y la policía debían haberlo alertado sobre los riesgos legales de otra agresión personal.

En retrospectiva, Rebekah se recriminó por no haber notado a tiempo la personalidad tortuosa y posesiva de Brad. Él se comportara como un consumado actor, de modo de engañar a todos. Menos su madre y los consejeros médicos ó jurídicos contratados para sacarlo de prisión.

Inesperadamente, Jace entró en la tienda cerca del horario de cierre.

Para Rebekah, fue una visión familiar y una presencia cálida, conforme le confesó su corazón. El griego besó a Rebekah en la frente, después que Ana y Suzie salieron. Esperó que apagara la computadora, bajara la cortina y activara la alarma. Restaba un detalle intrigante.

¡Que sorpresa! ¿No viajaste?

No. Decidí quedarme y encargarme de los negocios de aquí, de Sydney. ¿Cómo estás?

Extrañándote, quiso decirle, mostrándose llena de energía.

Muy bien –afirmó simplemente.

¿Que tal ir a comer frutos de mar y ver el crepúsculo en la bahía Watson?

No precisas hacer nada de eso. Quiero decir, no te sienta obligado a nada.

¿Ni a llevarte a cenar? –él le extrañó el argumento.

Actuar como mi guardaespaldas –ni bien terminó de abrir el auto y Jace se instaló en el asiento del acompañante.

Parece que quieres discutir de nuevo. –el tono esponjoso del

griego llevó a Rebekah a izar sus defensas.

No es eso. Sólo no debes sentirte comprometido porque...

¿Porque tuvimos sexo?

No había sido apenas sexo. Rebekah se había entregado a Brad algunas veces, en los pocos meses en que vivieron juntos. La noche anterior, no obstante, ella hizo el amor, según sus criterios. Existía un mundo de diferencia entre ambos conceptos.

¿Vas a prender el auto ó no? –Jace la presionó con peligrosa suavidad.

Ya. –ella suspiró antes de girar la llave del encendido del MG.

Jace captó el leve temblor en el canto de la boca de Rebekah. Quedó indeciso entre sacudirla por los hombros ó besarla apasionadamente.

Si ese fuera el caso, discutiremos nuestra situación durante la cena –propuso.

El restaurante que Jace sugirió había sido, en los viejos tiempos, una casa de baños para atender turistas y visitantes de la bahía, después de nadar ó hacer un picnic. Con una buena reforma, se transformó en un lugar acogedor, con excelente menú y magnífica comida.

Su ubicación, en una bonita playa, permitía escuchar el romper de las olas.

Por el ventanal, podían ver reflejos del sol poniente en el agua agitada. Un poco después, la luz natural cesó y la luna llena se mostraría sobre la bahía en todo su esplendor. Sumando todo, era el escenario perfecto para un interludio de amor.

Contento por haber conseguido mesa junto al ventanal, Jace pidió vino de la casa, mientras Rebekah consultaba el menú. Escogió un risoto de camarón, precedido de una basta ensalada, pero el griego acabó pidiendo un plato más sustancial de frutos del mar.

Estabas hablando de obligaciones, de compromisos... –él comenzó, ni bien el mozo se retiró. Se recostó en la silla para reforzar lo que decía, anhelando que Rebekah reviera sus opiniones. – Mi interés por ti es puramente personal. No esconde un sentido de responsabilidad ó de lealtad, extensivo a toda una familia. Tampoco se trata sólo de protegerte de tu ex-marido.

¿Cómo defines lo que compartimos anoche? ¿Sólo sexo, sin ningún lazo emocional?

Golpeado por la cuestión, con la cual no contaba, Jace fijó su mirada en su compañera.

No lo sé.

El mozo los interrumpió al traer las entradas y llenar dos copas de vino. Fue muy bienvenida la interrupción, en el entender de Jace.

Quiero quedarme esta noche contigo –él prosiguió después. – Ó en mi suite del hotel ó en tu apartamento. Me da igual, siempre y cuando posamos estar juntos por largas horas, sin interferencias.

¿No estás queriendo demasiado? –ella osó preguntar.

¿Crees que estoy jugando contigo ó sólo divirtiéndome? ¿Usándote para saciarme de sexo y después desaparecer? Di claramente lo que piensas, Rebekah.

¡Oh, Dios! Él no había vacilado en hablar y ponerla contra la pared.

Sin duda, era un adversario temible. ¿Podría transformase también en agresor?

Aún no lo sé –ella declaró, superando el miedo. – Sea como fuere, la nuestra es una relación por tiempo limitado.

¿Por qué?

Tu vida está en Nueva York. La mía aquí.

A pesar de los ojos estrechos por la duda, Jace adoptó un tono suave.

¿Y eso impide un compromiso? –le sostuvo la mirada.

¿Cómo defines tú un "compromiso"? ¿Vendrías a Sydney entre una negociación y otra? ¿Ó yo me tomaría una semana de vacaciones para visitar Nueva York? –Rebekah se sintió animada y no pudo parar. – ¿Podríamos encontrarnos a medio camino? ¿Disfrutaríamos nuestro buen entendimiento sexual y después nos despediríamos en cualquier aeropuerto, para tomar vuelos diferentes a lados opuestos del mundo?

Él mantuvo silencio algunos instantes, lo que la dejó nerviosa.

¿Terminaste? –la voz detonaba decepción

Si. –Rebekah tomó los cubiertos y comenzó a comer, conciente que sus manos temblaban.

Era suficiente mirar a Jace y recordar vívidamente el fervor de sus besos, el roce de sus dedos, su boca deslizándose por su cuerpo. Consideró indecorosos tales recuerdos, así como las olas de calor que sentía recorrían sus venas, acelerando el latir de su corazón.

El grado de intimidad que tuvo con Jace hizo sonrojar a Rebekah.

Después de la noche anterior, su vida nunca más sería la misma. Ella admitía esa verdad a si misma, pero no tenía intensión de exponérsela a él.

Aún no te agradecí –dijo mezclando la azúcar con el café que

daba por terminada la cena, después de declinar el postre.

¿Agradecer qué, específicamente?

¿Por haber venido en su auxilio? ¿Por haber desistido de viajar al interior y permanecer en Sydney? ¿Por ponerla por encima de importantes reuniones de negocios?

Por preocuparte de mi seguridad –Rebekah se definió, sin parecer convincente. – Fue mucha gentileza de tu parte.

¿Gentileza? Jace pesó el concepto, que no correspondía a la verdadera dimensión de sus sentimientos.

Es bastante educado de tu parte decir eso, pero debo volar a Brisbane mañana bien temprano y seguir rumbo a Costa Dorada. Vuelvo en esa misma noche.

¿Y cuándo vuelves a Nueva York?

El domingo.

Eso le dejaba apenas unos pocos días. Rebekah intentó predecir sus sensaciones después que Jace la dejase. Aunque defendiera una vida independerte, tal vez no estuviese preparada para ella.

¿Cómo podía ser tan indecisa? Había rechazado la presencia de Jace muchas veces, y ahora no quería que él se fuera. No tenía el menor sentido.

Con anticipación, lo extrañó y sintió un vacío interior. Puso el café de lado, incapaz de tragarlo.

Jace percibió su malestar, que se expresaba en sus facciones.

Rebekah era más bonita de lo que pensaba, una gran mujer dotada de sin igual dulzura. Probablemente, no tenía conciencia de la facilidad con que él captaba los misterios de su alma. No era mentira que pudiese leerle la mente, durante los últimos días.

¿Podemos irnos? –Jace no aguardó respuesta e hizo una seña al mozo pidiéndole la cuenta, en efectivo. Enseguida tomó a Rebekah de la mano y la condujo hasta el auto.

Puedo dejarte en el hotel –ella dijo cuando ya se aproximaban a Double Bay.

No desistes, ¿eh? Sólo resistes, con perdón por la pobre rima.

Tengo que estar en el mercado de flores a las cinco de la mañana –explicó Rebekah. Luchando contra un creciente peso en su interior. – Preciso dormir.

Está bien, entonces dormiremos. –Jace se mostró impasible.

Creo que...

Ya lo hicimos y nada malo pasó –él la cortó. – ¿Por qué no dices de una vez que no quieres compartir una cama conmigo?

Rebekah abrió la boca para rebatir, pero ninguna palabra escapó de sus labios. Tal vez fuese mejor que Jace pensase así. No en tanto,

negarlo explícitamente sería como negarse a si misma.

En un asomo de osadía, ella no paró en el hotel y siguió, llevando a Jace a su apartamento.

Inquieta, Millie la recibió con maullidos de protesta, pues no había sido bien alimentada aquel día. Rebekah trató de llenar una vasija con ración y acariciar a la gata. En el contestador automático, la luz titilaba y el display indicaba tres mensajes grabados. Accionando el botón, Rebekah oyó a su padre, que llamaba de Nueva York, después a Ana con un asunto cualquiera de trabajo, y por fin Brad Somerville con su voz sibilante y rabiosa, escupiendo maldiciones contra Luc y Jace, amenazando a su ex-mujer con una venganza.

No lo apagues –recomendó Jace. – Y deja la cinta correr en caso de Brad llame de nuevo.

Llamará, con certeza.

Las grabaciones servirán de prueba en el tribunal, en caso sea necesario.

Por amor a la paz y a su propia piel, Rebekah luchaba consigo misma para denunciar Brad de nuevo. Su madre y sus abogados formaban un adversario de respeto.

Voy a la ducha –ella anunció, dejando a Jace en la sala.

Minutos después, Rebekah apreció la ducha de agua caliente y la espuma aromática del jabón que usaba. Tal vez ya lo esperase, y por eso no se sorprendió con la entrada de Jace en la ducha, callado y sin ropa.

Ella ni siquiera tuvo oportunidad de protestar, si es que quisiera, pues el griego se apoderó de su boca con un beso provocativo, que la erizó.

No deberías estar aquí –consiguió decir, mientras enjuagaba sus cabellos.

La respuesta de Jace se limitó a una sonrisa cínica y al avance de sus manos por el cuerpo de ella. Él buscó el mejor ángulo para repetir el beso y despertar sensaciones a las cuales ninguna mujer normal se rehusaría. La tocó en los puntos más sensibles, bajo una camada de espuma, y la escena se tornó definitivamente erótica.

¿Hasta cuando podría entregarse a aquellas caricias sin ir más lejos? Pensó Rebekah, magnetizada por el contacto físico con Jace. El rostro de él, con su bella estructura ósea y ojos verdes, anunciaba el paraíso. La florista sintió deseos de posar la cabeza en el largo hombro masculino y simplemente descansar allí, segundos, minutos, horas. Podría estrecharlo en los brazos e imaginar que nadie más, a no ser ella, lo tocaría así.

Igualmente posesivo, Jace pasó a masajear la nunca de Rebekah, cerca de la curva del cuello. En conjunto con la ducha, fue una fricción agradable. El griego luego identificó la tensión en los músculos de ella y, con el movimiento de sus dedos, consiguió relajarlos. Rebekah suspiró de gratitud y cerró los ojos, exultante con la generosidad de su pareja. Él parecía dispuesto a hacer todos los esfuerzos para satisfacerla.

¿Mejor ahora?

Si, gracias.

Ella movió la cabeza, tomó el jabón y, en retribución, enjabonó a Jace en la espalda y después de frente, deteniéndose en las partes íntimas de su anatomía. Pocas cosas en el mundo podrían ser más voluptuosas.

Déjalo... –él pidió, excitado, con visible rigidez y algún rubor en sus mejillas.

¿Demasiado tímido?

No, continúa –Jace corrigió, reclinando la cabeza para atrás producto del placer.

Incentivada por el pedido, ella lo encaró a los ojos.

Quiero acariciarte un poco más, después prometo que voy a dormir.

Instintivamente, las manos de él acariciaron los senos de Rebekah, tirando de los pezones erectos. Puro fuego, que crepitó más fuerte cuando Jace se inclinó y le besó la base del cuello, saboreando la piel mojada. Enseguida, volvió al busto y lo succionó en todos los puntos, mientras manipulaba con los dedos su recoveco más íntimo. Ella tuvo que recular, electrizada, para no terminar con la tortura allí mismo. Jace absorbía sus gemidos y se hacía eco de los mismos, cada vez más excitado.

A su vez, Rebekah forzó a su pareja a agacharse e usar la lengua en lugar de los dedos. Le agarró después, la parte más sensible, con movimientos gradualmente más rápidos. Ambos llegaron al clímax compartiendo la sensación de subir a las alturas. Al soltarse, tuvieron que recostarse en la pared de azulejos para no caer, aturdidos con el grado de lujuria que habían alcanzado.

Más tarde, con una toalla enrollada a la cintura, Jace usó otra para secar el cuerpo de Rebekah. Las marcas causadas por la agresión de Brad estaban rojas por causa del agua caliente, en contraste con la blancura de su piel. Él rumió una blasfemia, mientras delicadamente la secaba. Hubiera seguido maldiciendo, jurando venganza, si ella no le hubiese interrumpido al presionar un dedo contra sus labios.

No piense en eso. Ya pasó.

Él pasó el brazo atrás de sus rodillas, la levantó en vilo y la cargó hasta la cama, donde la instaló. Antes de empujar la sábana y la manta, se deslizó también encima del colchón, apretando a Rebekah contra si.

La extenuación trajo a los dos un sueño fácil, hasta que el despertador sonó alto, aún de madrugada.

Quédate ahí –Jace pidió antes de apagar la alarma, saltar de la cama y ponerse l calzoncillo. – Haré café mientras te arreglas.

Él agarró a Rebekah de la muñeca y le un beso rápido. Sin querer atrasarlo, ella tomó ropa interior limpia y fue rumbo a la ducha.

La bebida caliente y aromática ya estaba siendo filtrada en la cafetera cuando ella entró a la cocina y se sirvió una taza, evitando mirar a su compañero en silencio.

Con el torso desnudo, la espléndida musculatura, los cabellos desalineados, la barba de un día ensombreciendo su semblante, Jace formaba una imagen inspiradora de las más locas fantasías. Rebekah percibió que lo extrañaría mucho.

¿Algún problema? –Jace preguntó al notarse observado.

Él era el problema, y de los grandes. Problema que sólo sería más grande en los días que faltaban hasta la despedida y su regreso a los Estados Unidos.

Domingo. La palabra parecía reverberar dentro de la mente de Rebekah. En el domingo, Jace partiría. Durante dos noches habían estado juntos, y ya no podía imaginarse en la cama sin él.

¿ Cómo se involucró con alguien, tan deprisa? No tenía sentido. Nada que implicase un futuro en común con Jace tenía sentido.

Ella terminó de beber el café, enjuagó la taza y le avisó que ya precisaba salir, mientras pasaba la correa de su cartera por el hombro.

No has respondido mi pregunta todavía –él dijo.

Sería insensato admitir que lo extrañaría, que su corazón se partiría un poco cuando Jace viajase.

Adoré que durmieras aquí –fue lo máximo que Rebekah consiguió expresar, en tono tímido, como si la frase le exigiese un tremendo esfuerzo.

Siempre perspicaz, él captó la confusión que la acometía.

¿Tienes un juego extra de llaves? Me gustaría levarlo para usarlo a mi regreso.

Rebekah sacó de la frutera el llavero de reserva y se lo pasó a Jace. Después, cruzó la puerta sin mirar atrás.

El garaje estaba frío con el aire de la mañana, silencioso como una tumba. Todo parecía extraño, y ella contuvo un escalofrío al ponerse tras el volante.

En el apartamento, Jace trancó la puerta y fue a la ventana a acompañar la salida de su pareja.

De algún modo, el alejamiento de Rebekah lo afectaba. Más de lo que, al principio, pretendía reconocer.

CAPÍTULO X

Como siempre, el viernes fue movido en la florería. Numerosos pedidos y entregas urgentes se acumulaban. Y todavía había dos casamientos agendados para el sábado.

Nos gustaría que tú y Jace vinieran a cenar –invitó Ana tan pronto llegó. – Luc habló con su primo, antes que yo saliera, y él dijo que la decisión es tuya.

A Rebekah le encantó la invitación.

Gracias. Por mí, iremos. ¿A qué hora?

¿Qué tal a las siete? Petrus avisó que haría platos típicos griegos.

¿Mousaka? –ella adoraba la combinación de carne molida con berenjena.

Entonces, voy a llamar a Luc y confirmarlo.

A partir de ahí, Ana se encargó del teléfono y el computador, mientras Rebekah y Suzie sacaban los pedidos a ritmo acelerado. A la hora del almuerzo, salieron a una comida rápida, y al final del día la lista de compromisos estaba plenamente atendida.

Terminamos –dijo Suzie con satisfacción. – ¿Puedo irme?

Claro. Te veo mañana.

Para no quebrar un hábito que de a poco se establecía, Jace vino a esperar a Rebekah al cierre de la tienda. Ella le pasó las llaves del MG, mientras se encargaba de manejar la furgoneta. Ana había salido antes, para encargarse de los preparativos de la cena en familia.

Hubo tiempo para una escala en el apartamento de Rebekah donde ella tomó un baño apresurado y se cambió de ropa. Surgió en la sala con un vestido simple, azul topacio, mínimo maquillaje, cabello atado y tacos altos. Rápidamente, seleccionó y cambió el contenido de la cartera del día a otra cartera, sin manija.

Jace estaba entretenido con el noticiero, pero notó la presencia de ella y se volvió para observarla. La sonrisa cálida que exhibía reveló la aprobación y alegría.

¿Pronta?

Ella apagó el televisor y, en pocos minutos, estacionó el MG delante de la casa de Luc y Ana. Petrus les abrió la puerta antes que tocaran timbre. La pareja los recibió con alegría, llevando sus visitantes a la sala.

Tenemos tiempo para una copa antes de cenar –Ana declaró, sirviendo whisky con hielo para todos.

Poco después, fiel a la expectativa de Rebekah, Petrus sirvió la entrada y una sabrosa mousaka, complementada por finas fetas de

carne de carnero. A la hora del postre, presentó un budín de frutas surtidas.

Rebekah, que se limitara a apenas algunos tragos de whisky, prefirió tomar agua mineral en vez de vino tinto que los demás tomaron. El teléfono sonó y Petrus atendió, pasándoselo a Luc. Después de un breve diálogo, él colgó y volvió a la mesa, con apariencia y tono muy serios.

Era la policía, informando sobre un asalto en Flores & Buqués. Parece que alguien rompió el vidrio de la ventana de atrás, con una piedra, y entró. –Luc hizo una pausa para observar la reacción de Rebekah. – El canalla fue detenido e identificado.

¿Brad? –era más una afirmación que una pregunta. Luc balanceó la cabeza afirmativamente.

Tenemos que poner una ventana más segura, con una reja de hierro –sugirió Ana, aparentemente calmada. – ¿Hubo algún destrozo más?

Por buenas razones, las hermanas se preocuparon con los arreglos en curso para los pedidos del sábado.

Voy a pasar por allá, con Rebekah –informó Jace, levantándose mientras Luc tomaba la guía telefónica clasificada y buscaba los servicios de algún cerrajero de emergencia.

En el trayecto, Rebekah suplicó mentalmente no encontrarse con daños irreparables. Dejó el auto en el lado opuesto de la calle, ya frente a la tienda había una patrulla policial, con dos ocupantes.

Ella presentó llaves y documentos que probaban la propiedad del establecimiento. Con la ayuda de Jace, destrancó y levantó la cortina ondulada de hierro. Entonces, sufrió una conmoción.

Todo era una sola confusión, cercada por mucha suciedad. Floreros quebrados en el piso, flores pisadas, tierra por todas partes, canillas abiertas inundando el piso y formando un lodazal.

Se sintió mal, inconforme con el nivel de venganza que Brad practicara. Peor, él pasaría mucho tiempo detenido y, por la extrema maldad que se propuso, el próximo paso sería atacarla personalmente una vez más.

¿Estaría Brad tan seguro de su impunidad? Rebekah dudó que su madre y el abogado consiguiesen liberarlo tantas veces. Desde ese punto de vista, era mejor que su ex-marido hubiese destrozado la tienda, y no su cuerpo. Tal vez fuera el momento de insistir para que el juez lo mandara a un tratamiento psiquiátrico, que a esa altura todos reconocían como necesario.

Los policías terminaron los procedimientos y sacaron fotos, mientras el cerrajero llamado por Luc ya media la ventana

damnificada. El lugar luego fue liberado para la limpieza.

Había una sensación de irrealidad en todo aquello. A Rebekah le gustaría que el episodio no pasase de una pesadilla, de la cual acabaría despertando. Con metódica eficiencia, se puso a recoger las rosas amasadas, al mismo tiempo que hacía una lista de reposiciones urgente en el stock. Ahora se trataba de trabajo a mano, y la florista se esforzó para dejar las consideraciones intelectuales para otro momento.

¿Cómo quieres que te ayude? –Jace se ofreció.

Barre y junta los pedazos de vidrio, yo los pongo en la basura.

Trabajaron juntos y, en verdad, la faena duró menos de lo que imaginaban en un primer momento. Rebekah llamó a Ana, para pasarle un informe personal, después verificó todas las cerraduras y precedió a Jace camino al auto.

Gracias por la ayuda –dijo en tono sereno, poniéndose el cinturón de seguridad.

¿Pensaste que te dejaría venir y encargarte te de todo sola?

La voz de Jace contenía un timbre especial, que ella no quiso examinar en aquel momento. Mantuvo silencio durante el corto trayecto de regreso a su apartamento.

En casa, fue directo a su cuarto. Se sacó los zapatos, toda la ropa, y se cubrió con una bata de seda. La cama frente a ella nunca le pareció tan tentadora, en el sentido de proporcionar un largo descanso y sin sueños.

Hice café. –al oír a Jace, que sostenía una taza en el vano de la puerta, Rebekah se volvió e intentó sonreír, pero sólo consiguió parecer extremamente infeliz.

Él depositó la taza en la mesita y avanzó para abrazar a Rebekah. Esperaba tener permiso de pasar la noche allí. La perspectiva de dejarla, pálida y triste, le molestaba.

Fue terrible para ti, ¿no? –Jace descansó su mentón en lo alto de la cabeza de Rebekah, en un intento de protegerla y animarla. Sintió, no obstante, el temblor que recorría el delicado cuerpo.

Él no quería parecer un bruto, forzando una nueva escena de sexo en aquellas circunstancias. Le pasó el café, que ella bebió con placer, reconfortada. Pensó en colocar una película simple en el video reproductor y así permitir que ella se calmara definitivamente.

Al sonido del teléfono, Rebekah se estremeció aún más, de frustración y susto. Jace se apresuró en atender, en la extensión telefónica del cuarto, alejándose de ella contra su voluntad.

Deja que yo me encargo y quédate calmada.

Rebekah acompañó la conversación, inesperadamente breve, y sólo oyó, a intervalos, algunas cortas palabras de confirmación. Se mantuvo quieta después que Jace colgó.

A pesar de su estado, ella no fue insensible al vigor aparente en la figura masculina. La amplitud de los hombros, la postura, además del rostro guapo, exhalaban la conciencia de un poder singular. Energía física, mezclada a la sensualidad, ayudaba a componer una figura carismática, que cualquier persona prefería tener como amigo en vez de adversario.

Era Luc –él reveló. – El juez negó fianza a Brad y él tendrá que responder al juicio preso.

El alivio de Rebekah fue palpable. Su ex-marido había ido demasiado lejos y la red de protección legal que construyera no fue capaz de liberarlo.

Entonces, terminó –Jace le garantizó serenamente. – Las pruebas recabadas en la tienda y tu declaración personal lo mantendrán cierto tiempo en la cárcel ó en una prisión para enfermos mentales.

Su madre es influyente –comentó Rebekah, con intensión de prepararse para lo peor.

Fue una bendición. Ni su abogado obtuvo cualquier regalía. Brad no va a molestarte más.

Tú no puede estar seguro de eso.

Si, puedo. –Jace adoptó un tono inflexible. – Porque yo no lo permitiré. Brad Somerville no llegará cerca de ti y, cuanto más lo intente, más pondré la ley sobre él, hasta que sea imposible que te lastime en la vida.

Rebekah asimiló el comentario con renovada esperanza, pero también tenía que tomar en cuenta que Jace no estaría siempre a su lado. El domingo, él le diría adiós y tomaría un avión para Nueva York.

Creo que ya es hora de dormir –él agregó.

Una vez más, estás leyendo mi mente. –ella balanceó la cabeza y rió con voz ronca.

Cierto, que te acuestes es una orden. –Jace otra vez la tomó en brazos y la devolvió a la cama. Con la fuerza que tenía, consiguió sostenerla con una de sus manos y apagar las luces del cuarto con la otra.

Todavía puedo caminar –ella protestó.

Dame ese placer –Jace rebatió de inmediato.

No en tanto, fue él quien le dio placer a ella, al acariciar sus cabellos hasta que se durmiera. Y fue así que Rebekah olvidó la pequeña tragedia de las últimas horas.

Más que agitado, el sábado se mostró febril en Flores & Buqués. Además del material a ser entregado en dos iglesias, para los casamientos del día, Rebekah y Ana recibieran la clientela habitual y tuvieron que explicar el motivo de cierto desorden ó suciedad aún presentes en el local. Aún siendo discretas en sus explanaciones, ellas oyeron palabras de apoyo e incentivo.

A la propia Suzie no le habían dado muchos detalles. Trabajó bien como siempre, pero pasó el día angustiada, mirando a todo momento hacia la ventana nueva, enrejada, como si aguardase que surgiera por allí un asaltante.

Rebekah terminó las actividades más tarde de lo normal y corrió a los brazos de Jace, que la esperaba del lado de afuera. Rió de alegría cuando él la apretó con fuerza y le dio un beso candente, en plena calle. Se tomaron de las manos y caminaron hasta el auto estacionado.

¿Él habría planeado algo especial para su última noche en Sydney?

Ella anhelaba que sí. Podría vestirse formalmente, si Jace se lo pidiese, y salir para una noche que quedase grabada para siempre en su corazón.

El griego no la decepcionó. Aguardó que se aprontara, en el apartamento, y una hora después estaban en uno de los más lujosos restaurantes de la ciudad, bebiendo champagne de primera. El ambiente era acogedor y la comida, fantástica. Todo lo que Rebekah había esperado para terminar el día.

No en tanto, subsistía un contenido triste en aquel programa. Sería la última comida juntos, por un buen tiempo. La última vez que compartirían una cama y la realización de sus fantasías.

A no ser que... No, ella no podría seguirlo a los Estados Unidos, comprando su pasaje en el aeropuerto. Sus dos existencias, estilos de vida, lugares de residencia estaban demasiado separados para permitir una relación exitosa.

Claro, tenían como comunicarse, por fax, teléfono, correo electrónico. Realista, Rebekah sabía que en tales situaciones los contactos iban ralentizándose, semana tras semana, hasta eventualmente cesar. La distancia imponía el olvido.

La noche avanzó y Jace se mostró apresurado en llegar al apartamento.

Él le hizo el amor de un modo tierno y, aún así, arrasador, en la experiencia más sensual de la vida de Rebekah. Fue excelente, inolvidable, como ella había anticipado.

Cabecearon abrazados por no más de tres horas, entonces despertaron e intercambiaron caricias hasta el momento de ir juntos a la ducha.

Voy a preparar el desayuno –anunció Rebekah después.

Lo haremos juntos –Jace declaró, esperando que ella se vistiese.

Jugo, tostadas, panceta con huevos, café fuerte: muy apetitoso, pero Rebekah no se sintió dispuesta a comer nada, mientras practicaba mentalmente una cuenta regresiva hasta el momento de llevar a Jace al aeropuerto.

Conversaron bastante, recordaron los buenos momentos vividos en común. Extrañamente, no obstante, gracias a un sistema de bloqueo, ella ya no recordaba casi nada cuando Jace fue a cambiarse de ropa y ella se quedó en la cocina arreglando la mesa.

Él volvió llevando la maleta que había traído a la casa de ella, después de recoger en el baño su estuche de viaje y peinarse con esmero.

Sin aviso, Jace largó el equipaje al piso y enlazó a Rebekah, estrechándola en sus brazos y mirándola directamente a los ojos. Una caricia en sus cabellos, otro en la nuca, y entonces él le cubrió la boca con sus labios, en un beso hecho para permanecer en la memoria.

Enseguida, Rebekah lo encaró en silencio, con miedo de que cualquier palabra dicha quebrase el encanto del momento y le provocar las lágrimas largamente reprimidas.

Cásate conmigo.

¿Había escuchado bien? La sorpresa la hizo demorar hasta reencontrar su voz. Objetivo difícil, con Jace tocando su cuerpo y rondando sus pensamientos sin tregua.

No puedes estar hablando en serio –consiguió articular.

Estoy si. Muy en serio.

Rebekah era lo suficientemente madura para no dejarse engañar por palabras. Su casamiento con Brad había sembrado en ella emociones indeseables: shock, confusión y miedo. Con las dos primeras, aún podía lidiar. Pero la última debía ser borrada para siempre de su vida.

En el fondo, le gustaría gritar un “si” incondicional. Sólo que su lucidez demandaba una respuesta diferente, que Jace no le dio chance de pronunciar.

Tú me conquistaste desde la fiesta de casamiento de Luc y Ana. En aquel mismo día, pensé en raptarte y llevarte conmigo a Nueva York. Después, concluí que no era el momento exacto, no para ti.

¿Y crees que ahora lo es? –ella desafió en tono amargo.

Quiero que lo sea. La cuestión es: ¿tú aceptas?

Jace…

Yo te amo –él afirmó con ternura. – Hasta que la muerte nos separe, como dicen los votos matrimoniales.

Jace necesitó de un esfuerzo adicional para no retener a Rebekah cuando ella reculó. Tenía el poder, y lo sabía, de convencer a los demás de todo lo que quisiera, pero no sería justo. Abominaba cualquier decisión que ella lamentara más tarde.

Quiero formar parte de tu vida, así como tú ya formas parte de la mía –insistió.

A Rebekah faltaba una última gota de coraje para aferrarse a aquella oportunidad de ser feliz y aceptar la propuesta. La perspectiva de no ver nunca más a Jace era aterradora. Pero, ¿casamiento?

Ella le sostuvo la mirada, conciente que se trataba de un hombre de insospechada integridad. Nada parecido a Brad, si eso le sirviera de estímulo.

En todo caso, un paso de aquella magnitud sería una osadía. Rebekah no se creía capaz de darlo, no en aquel momento. Lo más sensato sería dejar correr algunos meses, acostumbrándose a la idea, ver si Jace mantenía su convicción a larga distancia.

No me vengas con condiciones, Rebekah.

Era impresionante como él conseguía adivinar sus pensamientos. Más impresionante, aún, como superaba cualquier obstáculo personal y le ofrecía su más completa complicidad.

Yo también te amo. –la franqueza era el mejor camino. – Pero no puedo casarme ahora.

Rebekah notó la curva de decepción en la boca de Jace y en la sombra de sus ojos. Era un riesgo conciente el que corría, capaz de despertar en el hombre amado un control impalpable, una barrera inquebrantable.

La semana que pasamos juntos… –Rebekah prosiguió en un murmullo. – No voy a soportar la pérdida de todo lo que compartimos.

Ella se sentía agonizante, como si toda su sangre fuese drenada de su organismo.

¿Pero? –Jace provocó.

Rebekah fue incapaz de responder en ese mismo instante y guardó una pausa. Los músculos faciales del griego se pusieron rígidos al contemplarla.

Debes saber que considero un “no” inaceptable –él complementó.

Jace…

Él recuperó el asa de la maleta y la empujó hasta la puerta.

Ya arreglé todo en el hotel. Voy directo al aeropuerto.

Yo te llevo.

No. –Jace paró para besarla, pero de modo breve y duro. Volvió sobre sus pasos, paró y se volvió para una última mirada, demorada y firme – Si cambias de idea, llámame –atravesó la puerta y la cerró tras de si, silenciosamente.

Rebekah permaneció parada en medio de la sala, en perplejo silencio, luchando contra el deseo de correr tras él. Demoró demasiado en decidirse y, cuando salió al corredor, el elevador ya estaba bajando, llevando a Jace fuera de su vida.

Le pareció que pasó un siglo hasta que reunió fuerzas para volver al apartamento. Se derrumbó en un sillón, enterró la cabeza en sus propias manos y liberó las lágrimas. Lloró por lo que acababa de perder.

Pensó muchas veces en llamar al aeropuerto y llamar a Jace por el alto parlante. Ya no le molestaba exponerse de esa manera. Lo importante era no cortar la feliz conexión que habían establecido. No en tanto, se vio sin energía para buscar el número en la guía y discarlo. Al consultar el reloj, concluyó que era demasiado tarde, aún para llamar al celular. A aquella altura, Jace habría embarcado y, por las normas de seguridad, apagado su celular.

Millie fue a su regazo, anidándose allí en la posición más cómoda posible. Ronroneó al notar la tristeza de su dueña, que le acariciaba el pelaje distraídamente, sin mirar. Las lágrimas continuaron.

Ella ignoró el pasaje del tiempo. No sabía si estuvo sentada, llorando, minutos ú horas. Finalmente, decidió encargarse un poco de la casa y distraerse de esa forma. Buscó la aspiradora y la usó frenéticamente.

Comer era algo que no le entraba en la cabeza. A las siete, recogió el material de limpieza y prendió el1 televisor, buscando un programa ó película que le llamase la atención.

Debía haberse dormido en el sofá, porque de madrugada se despertó con el sonido del despertador desde su cuarto. Se levantó y corrió a apagarlo.

## CAPÍTULO XI

Un nuevo día. El primero sin Jace. ¿Dónde estaría en aquel momento? ¿Ya habría llegado a casa ó estaba en su escala en Los Ángeles?

¡Por Dios! ¿Cómo pudo rechazarlo? ¿Qué había hecho?

En el mercado de flores, Rebekah siguió mecánicamente la rutina de elección, sin su usual entusiasmo por los pétalos frescos y aromáticos. De noche, otra rutina. Tomó una ducha, comió poco, sólo para engañar el estómago, y se acostó no en su cama, sino en el cuarto libre. Ocupar la habitación que había compartido con Jace se volvió insoportable.

Pasaron cuatro días, cada cual más angustiante que el anterior. Rebekah ya no comía ni dormía normalmente.

En el quinto día, Ana decidió que no podía dejar a su hermana tan abandonada. Entonces resolvió intervenir.

¿Qué te está pasando? –suspiró hondo antes de proseguir: – No me digas que extrañas a Jace. Es algo mucho más grave que eso.

¿Qué podría ser más grave? Rebekah no supo si reía ó lloraba. Evitó ambas actitudes y fue directo al punto.

Jace me pidió casamiento y yo no acepté.

¿Lo qué? –la expresión de Ana fue de absoluto espanto.

Dije “no” –reiteró. – Por ahora.

¿Cómo “por ahora”? ¿Jace te pidió casamiento y tú lo rechazaste? ¿Te enloqueciste?

No, sólo tengo miedo –ella calificó con imprevista franqueza.

¿Miedo de amar, de ser amada? ¡Vamos!

Un poco de todo. Él vive en Nueva York, tiene sus negocios allá. Es muy lejos de casa.

Cuando existe amor –Ana insistió – siempre se encuentra un modo… Pero, ¿lo amas de verdad?

Si –respondió Rebekah, reteniendo el aliento.

Entonces, ¿qué haces aquí? Sabes que, por más falta que hagas, no eres insustituible. Toma el próximo vuelo y ve tras él.

En su mente, Rebekah fantaseó la escena del reencuentro. Sería algo mágico, digno de un cuento de hadas.

La tienda...

Suzie y yo nos haremos cargo.

Luc...

Deja que yo me encargue de Luc. Claro que apoyaremos tu decisión.

Pero Flores & Buqués es...

¿Nuestra? Continuará siéndolo, ó podemos vender, ó contratar a alguien más y cambiar el nombre en tu honor. “Florería Rebekah”, ¿qué tal?

Dedicamos prácticamente la vida entera a este lugar... –ella no se permitió sonreír ante aquella idea de su hermana.

Por eso mismo. Tal vez sea el momento de un cambio. Tendré que dedicarme más a mi marido y a mi bebé que está en camino. Ellos serán mi vida.

Ana respiró profundamente y fue a la computadora, donde accedió a un website de agencias de viajes por medio de nerviosos toques en el teclado.

¿Qué estás haciendo?

Reservando un vuelo para Nueva York.

No puedo ir.

Si, puedes. –los dedos se levantaron en una caricia al rostro de su hermana, después volvieran a digitar. – Pronto, está hecho. – Ana informó, satisfecha al recibir en el monitor la confirmación de su pedido. Nombró la compañía aérea, el número de vuelo, la hora exacta del embarque. – Viajas mañana temprano. El pasaje estará en el mostrador de la empresa, debidamente pagado con mi tarjeta de crédito.

Los hechos se atropellaban, demasiado deprisa para gusto de Rebekah. Abrió la boca para protestar, pero Ana se adelantó:

No digas nada, sólo haz tu maleta. Sé valiente. ¿Qué tienes que perder?

En su mente, Rebekah focalizó la maleta vacía en el armario y definió la ropa que llevaría. Tendría que dejar todo pronto para la mañana siguiente. Una duda atroz, no obstante, volvió a castigarla. ¿Y si Jace ya estuviese en otra ciudad? ¿Quién aseguraba que él no tenía otra con quien pasar sus horas libres? ¿Luc podría verificar esos detalles, por teléfono? Fue lo que le pidió a Ana.

Nada de eso. Sorprende a Jace. Tienes la dirección de su apartamento y de su oficina. Si no estuviera en ninguno de esos lugares, podrás llamarlo al celular.

Ana consiguió colocar a su hermana en estado de alta ansiedad.

¿Sería correcto hacer lo que pretendía? ¿Jace aún la deseaba? Las cuestiones ocuparon la mente trastornada de Rebekah por el resto del día y de la noche. Dos veces, casi canceló la reserva del viaje al otro lado del mundo.

Agonía y éxtasis, pensó ella tristemente a la mañana siguiente, cuando el avión ganó altura. Apostar a la incertidumbre, a un

eventual rechazo, no ayudaba en nada. Si hubiese oído a su corazón, en vez de a la razón, todo aquel trastorno habría sido evitado. Diciendo “si”, ya estaría feliz al lado de Jace, en vez de estar llena de problemas. Todos la comprenderían, si partiese de repente con el hombre amado.

¡Maldición! ¡No pasaba de una idiota! Se castigó repetidamente durante el largo vuelo, pero al llegar, los procedimientos de desembarque y el pasaje por el control de Inmigración suavizaron un poco su dilema. Rebekah tomó un taxi al hotel que le fue indicado por Luc.

Si cambias de idea, llámame.

Ella no había llamado, ni tampoco Jace. ¿Cómo la recibiría? Su decisión de venir a Nueva York en persona tal vez causase incomodidad, un sentimiento de obligación ó compromiso que a ella no le gustaría imponer.

Nerviosa, llegó al hotel, se registró y subió al cuarto, cuya vista daba al Central Park. Admiró durante algunos minutos el paisaje que poco conocía y se mostraba un poco hostil, con su perfil de edificios altos y un día gris. Sacó de la maleta apenas lo esencial para cambiarse después de un baño.

Llámalo, pidió su voz interior, que no se calló mientras Rebekah se arreglaba. Al menos, ella se sintió fresca y bien dispuesta con ropa limpia.

Era imperioso controlar la ansiedad, para conseguir digitar el número de Jace, que vio en el visor de su celular.

Su mano, ya trémula, se balanceó un poco más cuando ella oyó su voz.

Dimitríades.

En su audición, distorsionada por los nervios, el tono sonó duro, inflexible.

¿Jace? –Rebekah tuvo de forzarse a hablar.

¿Dónde estás?

Aquí en Nueva York, en un hotel.

¿Dónde exactamente? –indagó el griego después de una pausa.

Al lado del Central Park. –un esfuerzo más, y ella le pasó el nombre del hotel, agregando el número de su cuarto.

No te muevas de ahí. Ya estoy yendo.

Rebekah colgó y recogió su celular. No tenía la menor idea de donde se localizaba la oficina de Jace, cual era su distancia del hotel. Bueno, ni siquiera sabía donde estaba él al atender. Simplemente se le olvidó preguntar. Le podría tomar una hora ó sólo algunos minutos encontrarla.

¿Sería el momento de aprovechar el intervalo para hablar con su padre, que vivía en la ciudad? ¿Ó de llamar a Ana, en Sydney? Desistió posponiendo los contactos para el día siguiente. Sobretodo porque, calculando la diferencia de huso horario, Rebekah concluyó que debería ser tarde en la noche en Australia. Mejor enviar un texto por fax, antes de dormir.

El tiempo pasó y la tensión no le dio tregua. Sintió su estómago roncar por falta de alimento, pero por otro lado no tenía apetito. Las manos no paraban quietas por más de dos segundos. Pidió un jugo de frutas al servicio de habitaciones y, poco después, casi terminó la bebida cuando el timbre sonó.

Rápidamente, ella se libró del vaso y destrancó la puerta.

Jace parecía ocupar todo el espacio entre el marco. La mirada de Rebekah se mantuvo atrapada en la figura de él, como dominada por una fuerza hipnótica.

Por un momento, ninguno de los dos se movió. Todo el ambiente a su alrededor había desaparecido de su visión periférica. Allí había apenas un hombre y una mujer, frente a frente, y nada más.

¿Puedo entrar?

La frase quebró el encanto y ella lo dejó pasar.

Claro.

Él cerró la puerta cuidadosamente tras de si. Temerosa, Rebekah no ignoraba que poco tardaría Jace en reconocer su estado de nerviosismo e inseguridad. Probablemente, la experiencia de él le diría lo mejor para lidiar con eso.

¿Quieres que te pida un café ó un jugo? –Rebekah ofreció.

Una bebida alcohólica sería más apropiada. Ella no imaginaba lo que él había pasado esa semana ni la angustia que enfrentara en los cuarenta minutos que demoró en llegar al hotel.

No es mi prioridad, de momento.

¡Que infierno! Después de todo, Rebekah no fue allí para oír un debate verbal. Si él quería una iniciativa, a tendría.

Sin pensar dos veces, lo empujó por la corbata, inclinó la cabeza y ofreció su boca firmemente. Su corazón y su alma estaban mezclados en el mismo impulso, satisfaciendo la necesidad interior que había sido negada por tanto tiempo.

En segundos, Jace reaccionó. Sus manos la tomaron por los hombros, después le recorrieron la espalda y la cadera, y para entonces él ya dominaba la situación, estrechándola contra si. Los labios suplicantes de ambos tenían un poder magnético. Solamente unidos podrían sustituir a la fuerza del sentimiento.

¿Por qué tardaste tanto en venir? –él preguntó al acariciar el

rostro de Rebekah.

Estupidez –murmuró Rebekah con su acostumbrada sinceridad.

Jace sonrió y ella lanzó sus brazos en torno a su cuello, flanqueando el camino a la boca y el resto del cuerpo. Las ingles quedaron presionadas, una contra otra, y Rebekah quedó exultante de alegría al constatar la excitación del griego.

¿Me vas a decir lo que estoy esperando oír ó tendré que arrancártelo?

Si. La repuesta a tu pedido es “si”.

Las bocas al final se encontraron en un beso ardiente y el contacto alcanzó los picos de la magia y la ternura que ella había imaginado.

¿Cuándo? –preguntó.

¿Cuándo qué? –Rebekah indagó, definitivamente distraída por la torturante proximidad.

Haz de mí un hombre honrado –le dijo – Y lo antes posible.

Los dedos de Jace ya jugaban con los botones de la blusa de Rebekah, a un ritmo lento.

¿Comienzos del año que viene? –ella propuso, sin pensar mucho en detalles como iglesia, invitados y fiesta de casamiento.

Al final de esta semana –Jace murmuró, mientras libraba a Rebekah de la blusa y posaba los labios en el cuello de ella. – Una ceremonia simple y tradicional, en Sydney… Ya di entrada a los papeles, cuando estaba en Australia.

Estás loco –dijo Rebekah, cuando Jace abrió el cierre de su sostén.

Loco de amor por ti.

Gracias por todo. –vio que él levantaba la cabeza y prestaba atención, curioso. –Gracias por creer que vencería mis dudas y aceptaría el amor que siento por ti.

Jace volvió a besarla, delicadamente esa vez.

No imagina como fue de difícil…

Para mí también.

Ella pensó en las noches mal dormidas, cuando despertaba y veía que Jace no estaba en la cama a su lado. Recordó todavía el sobresalto que sentía cada vez que el teléfono sonaba, las comidas que dejara de hacer por causa de su corazón oprimido. Finalmente, tomó conciencia que, sin el hombre amado, su vida ya no valía la pena ser vivida.

Es injusto. Yo así y tú vestido. –ella avanzó las manos al saco de él, sacándoselo, y enseguida atacó la camisa, que no tuvo dificultades en retirar.

¿Quieres alguna ayuda?

Vibrando de felicidad y tensión sexual, Rebekah disfrutó la visión de Jace enteramente desnudo delante de ella. Llena de iniciativa, lo arrastró hasta la cama, donde lo cabalgó observando los ojos dilatados de pasión. Era imposible resistirse.

El instinto gobernó sus acciones y ella saboreó cada centímetro de la piel masculina, entre gemidos y escalofríos. Embarcada en una fiesta sensual en que no existía ningún límite ó inhibición.

Después, fue el turno de Jace posicionarse sobre ella, demostrando urgencia en su ataque. Rebekah gritó de placer y juntos consiguieron satisfacer el deseo que los aturdía.

Vino el clímax, estar exhaustos y el reposo, marcados por una cualidad mágica. Entre besos suaves y roces, Rebekah liberó toda la sensibilidad de la que era capaz y que le despertaban las ganas de llorar.

¿Tienes hambre? –Jace preguntó, con el rostro enterrado en la curva de su cuello.

Hambre de ti... –ella sintió que el griego sonreía con la mejilla escondida.

¿Cuándo te alimentaste por última vez?

En el avión.

¡Pero eso fue hace horas! Precisas comer bien. Voy a llamar al servicio de habitaciones, después tomo una ducha rápida y me visto. Puede tomar una siesta, si prefieres.

Él la besó en la frente y se levantó de la cama. Rebekah permaneció despierta. Se cubrió con la bata, fue al frigobar y abrió media botella de champagne, cuyo contenido dividió en dos copas. Jace volvió de la ducha enrollado en una toalla.

Por nosotros –ella lo abordó, pasándole una de las copas.

Aunque sorprendido, él no ocultó la pasión que se evidenciaba en su mirar.

Yo te amo –completó Rebekah durante el brindis.

Y tú eres todo para mí –él afirmó, enlazando el brazo derecho con el de ella –Más de lo que siempre quise tener.

Era cada vez más difícil reprimir las lágrimas, pero Jace besó los párpados húmedos de Rebekah y contuvo su llanto, susurrando un “no”.

El viaje aéreo, la permanente tensión, el acto de amor habían golpeado el equilibrio de Rebekah, ella no lloró compulsivamente sólo por respeto al pedido de su amado. No pudo evitar, no obstante, que dos gotas saladas rodasen por su mejilla. Jace sin demora las secó con sus labios.

Él había elegido una comida leve, que no demoró en ser entregada Por primera vez en la semana, Rebekah comió con apetito.

Poco después, vencida por el cansancio, se reclinó en el sillón de la salita, casi cediendo al sueño, y Jace tuvo que cargarla en brazos hasta la cama. Esperó que durmiera y entonces se deslizó fuera del colchón, arreglando la cabeza de su amada en la almohada. Hizo una serie de llamadas por el celular y volvió a la cama, donde estrechó a Rebekah contra su pecho y se durmió también.

El poder del dinero y del prestigio le quedó claros a ella al día siguiente. Jace hizo todos los arreglos inherentes al casamiento y consiguió dos lugares en un disputado vuelo para Sydney, a la mañana siguiente. Impresionada con el sentido de organización de él, Rebekah supo que Ana y Luc habían ofrecido su casa para la ceremonia y la fiesta. Petrus tenía carta blanca para contratar los abastecedores del buffet, mientras Ana haría la lista de invitados.

Muchos llamados después, su hermana le informó que había visto y reservado un fino vestido de novia, faltando apenas las acostumbradas pruebas y ajustes, para hacerse ni bien Rebekah llegase.

El hecho es que todo parecía un milagro.

Hasta el tiempo colaboró, con un sol brillante en un cielo sin nubes. Una brisa suave amenizaba el calor.

¿Pronta?

Era Ana, entrando en el cuarto y verificando como había quedado el vestido. Todo perfecto. Satén color crema, con apliques y bordados del mismo tono, y un alto cuello envolviendo el de la novia. La tiara de perlas, complementada por un velo corto, había quedado linda en lo alto de la cabeza de Rebekah. Las únicas joyas eran un colgante de brillantes y aros a juego. Por fin, para una florista como Ana, el buqué de pimpollos de rosas no podría ser más chic y discreto.

Si, pronta. –Rebekah se volvió hacia su hermana y la abrazó con evidente afecto. – Gracias por todo.

Vamos, fue un placer –dijo la otra. – Ahora, vamos poner el espectáculo en marcha.

Luc esperaba la novia al pie de la escalera, a fin de conducirla al jardín, donde se reunían los invitados. Además de las sillas alrededor de las mesitas con toldo, había una extensa alfombra roja que llevaba hasta la tienda armada para la ceremonia.

Estás hermosa –Luc la saludó al tomarla del brazo. Cruzó una mirada con su esposa, viendo que Ana aprobaba todo con una sonrisa.

Rebekah sintió un nudo en la garganta, pero aquel no era el momento para llorar ni tener miedo.

Juntos caminaron hacia el altar, atravesando el jardín con pasos cortos, al compás de la marcha nupcial. Los invitados se disponían en fila, de cada lado de la alfombra roja, y observaban a la novia embelezados.

Entonces, Rebekah vio a Jace esperándola en el altar improvisado, de smoking negro y corbata de moña, todo elegancia. No contuvo la sonrisa cuando vio la guiñada divertida que él le dio.

A pesar de simple, la ceremonia fue conmovedora, y nuevamente Rebekah tuvo que reprimir el llanto en el momento en que Jace colocaba la alianza de oro en su dedo.

Fotógrafos contratados accionaron sus cámaras y a los flashes les siguieron las voces mezcladas con felicitaciones. Una lluvia de pétalos de rosas acompañó el trayecto de regreso de los dos, ahora como marido y mujer.

Los novios apenas cortaron la torta, tomaron un trago de champagne de la misma copa y entraron a cambiarse, ya que tenían marcado el viaje.

Ana ayudó a su hermana a sacarse la tiara y el velo, y después abrió el cierre del vestido color crema. Rebekah se sintió aliviada sin aquel traje formal. Vistió un cómodo trajecito claro, se calzó los zapatos de taco medio y entonces se volvió, sonrió y afirmó:

Voy a extrañarte terriblemente, nana.

Espero que no tengas mucho tiempo para eso –Ana dijo maliciosamente. – Podemos hablar por teléfono ó e-mail, y además Jace me prometió que ustedes nos visitarían dos veces por año, como mínimo.

La expresión de Rebekah se volvió un tanto sombría.

Un mes atrás...

No mires el pasado, vive apenas el presente y el futuro. –dijo su hermana con un beso sonoro en su mejilla. – Apuéstale a la suerte y sé feliz.

¿Desde cuándo eres tan sabia? –Rebekah provocó, riendo cuando en verdad quería llorar.

Las dos se abrazaron fuertemente.

Si lloras, te doy un pellizcón.

¿Eso es amor fraternal? –Luc interrumpió, surgiendo en la puerta al lado de Jace. – ¿Divide y vencerás?

Concuerdo plenamente –el recién casado confirmó, avanzando hasta enlazar a su esposa por la cintura y traerla cerca de él. –¿Pronta, agape mou?

Si. –Realmente estaba pronta para seguir a Jace hasta donde él quisiese.

Abrazados, alcanzaron el auto con chofer que los aguardaba, con destino al aeropuerto.

Te llamaré de Paris –Rebekah aseguró a su hermana.

Cuídala mucho –Luc intervino, con la mirada puesta en Jace.

Todos los minutos de cada día –el otro prometió.

Ahora vete –Ana pidió, y esta vez era ella quién estaba al borde de las lágrimas.

Dos hermanas, dos destinos, ponderó Rebekah ni bien el auto partió. Jace le notó la preocupación.

Calma, vendremos a Sydney con frecuencia. Y, claro, el próximo viaje será para el bautismo de tu sobrino.

Algo profundo, estrictamente femenino, se apoderó de Rebekah: instinto de maternidad. No pretendía estar mucho tiempo sin hijos. Había soñado con eso muchas veces.

¿Ya te dije cuanto te amo? –Jace interrumpió el devaneo.

Ella lo sabía, y por eso dormía tranquila de noche. Nunca se cansaría de oír aquellas palabras. Palabras que su marido repetiría por el resto de la vida.

Sí, lo sabes, prepárate para un beso.

¿Aquí dentro, en frente de un desconocido?

No es nada malo. No consigo esperar.

Veamos –Rebekah cortó el avance de él, contando con los dedos. – Un largo vuelo, con escala en Los Ángeles... Treinta y seis horas hasta llegar a Paris.

Cuarenta y ocho –le corrigió, con fingido desconsuelo. – La escala en Los Ángeles acostumbra a ser demorada.

Está bien, piense en otra cosa. –Rebekah rió, encantada. –Sácame las manos de encima.

¿Me estás desafiando?

No. –ella se puso seria – Nunca haré eso, en mi vida.

De cualquier modo, Jace se contuvo con algún esfuerzo y esperó que, llegando al aeropuerto, el chofer saliese a buscar el equipaje al maletero. Entonces, empujó a Rebekah junto a él y la besó con extrema devoción, con tanto vigor que ella perdió la noción del tiempo y el espacio.

Entraron de manos dadas al hall de embarque. Juntos, lado a lado, como Rebekah siempre soñó.

EPÍLOGO

Sydney en primavera le recordó a Rebekah el comienzo de la estación de las flores, llena de vitalidad y color. Árboles y arbustos, jardines y canteros florecían como en un renacimiento de la naturaleza.

La grama en torno de la bella casa de Ana y Luc estaba cuidadosamente cortada y mostraba un verde intenso, que acentuaba la paz del lugar.

Era un día glorioso, con el cielo claro. Ninguna nube tiznaba la alegría de aquella promisoria jornada.

Un llanto de bebé atravesó el aire cálido, con saludable energía, en protesta contra el salpicar de agua bendita. Era la ceremonia de bautismo de Marcus Lucien Dimitríades. Con tres meses de edad y fuertes pulmones, la criatura llenaba de orgullo a sus padres, Ana y Luc.

¡De verdad que es un encanto! –exclamó Jace mientras enlazaba la cintura de su mujer, Rebekah. Ésta le retribuyó con una sonrisa, pronta para concordar, pero entonces vio que su marido la miraba a ella, no al bebé que su cuñada sostenía en brazos.

Casi un año después de su casamiento, aún había ocasiones en que ella sentía el impulso de pellizcarse, para saber si estaba viviendo un sueño ó la realidad concreta.

Definitivamente, es real –Jace agregó, una vez más leyendo sus pensamientos, y le dio un beso en la frente. Rápido, pero suficiente para que Rebekah captara el calor y la ternura involucrados en el breve contacto.

Te amo –ella susurró con tono ahogado, y luego percibió que el brazo de Jace la apretaba con vigor.

Enseguida, él le tocó delicadamente el vientre con la mano.

Ciertamente, sabes elegir los mejores momentos para expresarte.

¿Y eso te incomoda? –Rebekah provocó, excitada por la pasión evidente en los ojos del griego. – Si fuera el caso, puedes vengarte más tarde, en la cama. No voy a protestar.

Entonces, espérame...

Aún en la noche anterior, hacía pocas horas, Rebekah había vibrado en los brazos de Jace, saciada con un acto más de amor.

¿Le contaste a Ana nuestra novedad?

Rebekah apoyó la cabeza en el hombro de de él, sin olvidarse de presionar los labios en el cuello de su marido, con excitante suavidad.

Hoy fue un día especial para ella. Dejé para contarle mañana, a

la hora del almuerzo.

Entrelazaron sus dedos, dentro de una complicidad total y maravillosa.

Rebekah estaba embarazada, y un hijo que la pareja pudiese ver crecer representaba una bendición divina. Ella y Jace compartirían entonces las alegrías y preocupaciones de los cuidados del bebé. Y por encima de todo, lo amarían incondicionalmente por el resto de sus días.

¿Nada que lamentar? –indagó Jace, con otro toque disfrazado en el vientre de la nueva gestante.

Nada –Rebekah garantizó. – Tú y el bebé son mi vida, mi presente y mi futuro. Todo.

El pasado, la sombra de Brad y de un casamiento infeliz ya no existían.

Así como tú lo eres todo para mí –Jace remató.

La fiesta de bautismo comenzó, y para ellos fue una celebración más de la vida y del amor.